

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 27 - 27 febrero 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 272

EL PUEBLO QUE MEJOR Y MAS RIE DEL MUNDO

LA DIVERSION SANA TAMBIEN ES UN
ARTICULO DE PRIMERA NECESIDAD



5.000
CINEMATOGRAFOS con
3.000.000 DE BUTACAS

10.000.000. DE ESPAÑOLES
ASISTEN TODOS LOS
DOMINGOS AL
FUTBOL



LA DIVERSION SANA TAMBIEN ES UN ARTICULO DE PRIMERA NECESIDAD

EL gran conjunto de hombres y de mujeres de España tiene todos los días unas horas, unos minutos o unos segundos dedicados a la diversión. Divertirse, en el más puro y estricto sentido de la palabra, ha pasado a ser, en la moderna concepción de los tiempos, artículo de primera necesidad. Una necesidad tan de primer orden como pueda serlo el alimentarse, el vestir adecuadamente o el vivir bajo techo. El hombre, la mujer y los niños, cuando se divierten, cuando se distraen, se olvidan de las diarias preocupaciones, de los cotidianos deberes y obligaciones, y contemplando cualquier juego o practicándolo ellos mismos, sentados frente al pasar de las gentes o paseando por las avenidas o por las carreteras de los pueblos y de las ciudades, regeneran, de una especial manera, sus facultades productoras o trabajadoras y se colocan en condiciones de empezar a producir de nuevo, al día siguiente, dentro de unas horas o, apurando el término, no más pasados quince minutos, los suficientes para llegar a la fábrica, a la oficina o al lugar, en suma, del trabajo.

El fenómeno es, en sí, muy importante. Tan importante que una gran cantidad de industrias, de negocios y de actividades están dedicadas a servir esta necesidad de descanso del espíritu; descansan que, en algunos casos, se convierte en un mayor esfuerzo mental. Pero como se hace a gusto y como el proceso se verifica, muchas veces, sin darse uno cuenta, pues todos tan contentos. Al fin y al cabo, el estar contento es el símbolo más perfecto de que uno se ha distraído por completo; por completo y además bien.

CINCO MIL CINEMATOGRAFOS FUNCIONAN CASI TODOS LOS DIAS

El cine es, sin duda, la gran fuerza mayor, en cantidad, de la diversión de los españoles. En España hay cerca de cinco mil cinematógrafos, con cerca de tres millones de butacas disponibles para que otros tantos espectadores se dispongan a entretenerse con las hazañas de Víctor Mature despedazando un león, o la irresistible expresión conquistadora de Gregory Peck enamorando a la guapa de Ava, o el encanto de Silvana Mangano bailando la danza de moda. Al cine van todos, sin distinción de categorías económicas ni intelectuales.

El cine es el espectáculo por antonomasia de los tiempos modernos. Ir al cine se decide, en la calle, en un instante. Basta consultar la cartelera.

—Vamos al Kursaal, que echan una película que no hemos visto —dirán en Barcelona.



Los bolos en sus dos aspectos—el clásico y el moderno—son una de las diversiones que desde el Norte se han extendido por toda España

—Podemos sacar las entradas para el Rex, que hoy estrenan —argumentarán en Valencia.

—No nos queda más remedio que ir al Proyecciones—explicarán en Palencia, por otro lado.

Y de esta manera irán apareciendo, uno por uno y entre todos, los cines de estreno de las capitales españolas. El Palacio de la Música, en Madrid; el Real Cinema, en Las Palmas; el cine Colón, en Cuenca; el Fraga y el Rosalía de Castro, en Vigo, y el Saboya y el Coliseo España, en Castellón y Sevilla, respectivamente...

Además, tenemos los cines de sesión continua—que comienzan a las cinco de la tarde y, como complemento, los mañaneros, de las diez de la mañana—de las grandes poblaciones. En los cines de sesión continua proyectan, por lo general, dos películas. Ellos son los que engordan el número de las salas cinematográficas de España.

Por la tarde, en las provincias, son casi todos: el Casablanca y el de las Delicias, en Vigo; el

Cinema Rábida, en Huelva; el Rex, en Burgos; el San Fernando, en Sevilla; el Buenos Aires, en Bilbao; el Bellas Artes, en San Sebastián; el Cinema Goya, en Valladolid, y el Novedades, en Pamplona.

El cine ha llegado hasta los últimos rincones. Ya no son los pueblos mayores e importantes los que tienen sus cines. Son los pueblos pequeños, los pueblos de dos mil, de mil, de setecientos y casi de quinientos vecinos, los que tienen su local de proyección.

—En mi pueblo—oíréis decir a un vecino de El Barco de Avila—acaban de inaugurar el cine Lagasca.

—Pues en el mío—comentará un salmantino vecino de Ledesma—vamos al cine San Miguel a ver las películas.

Y los mínimos lugares de doscientos o de cincuenta vecinos, perdidos por las tierras solitarias de Castilla, por las ardientes de la Andalucía, por las norteñas de Galicia o de Asturias o por las luminosas del Levante, también tienen sus cines. Una vez por semana, o dos a lo sumo, en un local habilitado. Y, ya los más modestos, es un hombre que trae una camioneta, que busca un corralón grande, que extiende una sábana, que enchufa su portátil proyector de los tiempos primitivos del cine y que echa una película muda. A los artistas no los conoce nadie, ni al director, ni al guionista. Lo más, a veces, Charlot—el Charlot de los tiempos primeros—asoma sus andanzas ingenuas y poéticas. La gente se ríe, el hombre de la camioneta va viviendo y los coleccionadores de películas no saben qué piezas arqueológicas, de la casi edad de piedra, van exponiendo su antológica línea por esos pueblos olvidados y diminutos.

LOS PASEOS TIPO «NORRIA» DE LAS CIUDADES

La segunda diversión, en importancia, o tal vez la primera, es el paseo. Pasear, igual que ir al cine, lo hace todo el mundo. Pasear es sentirse espectador de la vida misma; es, quizá, asistir a un espectáculo sin igual, que nunca se repite. Nada de lo que pasó hace un instante volverá a suceder. Tal vez por esto el paseo sea en todos los pueblos y en



El salto, entre los deportes de nieve, también tiene sus adeptos



Las carreras de caballos son punto de cita para los aficionados al deporte hípico. Estas son las taquillas de apuestas del Hipódromo de la Zarzuela

de Ordoño II, en León, o la calle de la Reina, en Lugo; o la de Carretería, en Cuenca; o la plaza de Santa Teresa, en Avila; o el paseo de Méndez Núñez, en Almería, entre la inmensidad de España.

La técnica es la misma. Y la paz de espíritu, la misma también. Los adioses se prodigan de la misma manera y los paseos arriba y abajo, abajo y arriba, son todos los días sensiblemente iguales. De estos paseos, la verdad, nacen muchos noviazgos. Noviazgos que son más difíciles de obtener en los paseos de las enormes y grandes capitales. Es mucho más fácil adquirir marido o mujer a la primera—aunque haya que decir muchas más veces adiós—en el tránsito a través del paseo de Cánovas, de Cáceres, o del Espolón, de Burgos, que por la Gran Vía madrileña o por las barcelonesas Ramblas.

Queda, ahora, el paseo de los pequeños pueblos, el paseo de Romanones, de Guadalajara; de Navarredonda de la Sierra, de Avila; de Minaya, de Albacete; de Casti de Tierra, en la tierra fría de Soria; de Lagunarrota, en Huesca; de Cerecinos del Carrizal, en Zamora, o por el camino del pueblo de eufónico nombre de La Granada de Riotinto, allá por la minera provincia de Huelva. En estas carreteras, en estos caminos, la masa verde y roja de los abrigos de las muchachas, en el invierno, o la idéntica tonalidad de los vestidos simples, en el verano, semeja un paisaje de Cézanne, de Corot o de nuestro Benjamín Palencia.

DE LOS DEPORTES. EL FUTBOL EN PRIMER LUGAR

En un orden de gradación inmediato están los deportes. Primero, por el número de espectadores, el fútbol.

Gran parte de la historia de la tarde de los domingos de muchos españoles—y españolas—es la historia del partido de turno o la historia de la victoria o derrota del equipo local. Los campos de fútbol de los equipos de Primera, Segunda y Tercera División de Liga, y de los de Primera, Segunda y Tercera categoría regional tienen, enmarcado en su nombre, una historia. En muchos de ellos el relato es antiguo.

todas las ciudades de España algo que no puede faltar, sobre todo de siete y media a nueve de la tarde.

El signo del paseo lo marcan las ciudades provincianas. No quiere decir ello que en las grandes capitales o en los pueblos menores no se pasee, no. Lo que ocurre es que, en ellas, el paseo tiene un más típico sabor, una como consustancial esencia labrada a lo largo de muchas y muchas generaciones.

El paseo vespertino se desarrolla de dos maneras, por la forma y lugar de hacerlo, distintas. Se pasea dando vueltas alrededor de una plaza o yendo y viniendo a lo largo de una calle o de un paseo propiamente dicho.

Ambas maneras de caminar constituyen lo que dicen ser paseo tipo «noria». Estamos, por ejemplo, en la plaza Mayor de Salamanca, o en la plaza Mayor de Segovia, o en la plaza del Castillo de Pamplona, o en la plaza Mayor de Arévalo, o en la plaza de Pizarro de Trujillo, o en la del Gran Capitán de Córdoba. Los muchachos pasean en una dirección y las muchachas en otra.

—Adiós, Emilia—dicen al pasar por primera vez.

Siguen dando vueltas y vueltas.

—Adiós, Emilia—dicen al pasar por veinteava vez.

Y cuando llevan tres años diciendo adiós a Emilia todas las tardes, el muchacho se considera comprometido y va y tiene que casarse con la Emilia de sus adioses. Bueno, esto es en broma. Lo cierto es que en esas horas se charla en grupos; se olvida uno de los estudios, de los trabajos y de las obligaciones y contempla el paseo, igual y distinto todas las tardes, de los habitantes masculinos y femeninos, varones y mujeres que viven en paz y contentos en la capital de sus amores.

Otras veces el paseo se verifica a lo largo de una calle. Estamos en el caso de la de Trapería y Platería, en Murcia, o la de la Pez y la de las Barcas, en Valencia, o la del Comercio, en Toledo, o la del paseo de la Independencia, en Zaragoza, o la de la avenida de España, en San Sebastián, o la de la calle Mayor, en Guadalajara, o el paseo de Pereda, en Santander, o la calle de San Francisco, en Castellón, o la calle Corrida, en Gijón, o la calle Dato, en Vitoria, o el paseo Colón, en Irún, o la calle de Santiago, en Valladolid, o la calle de la Feria, en Jumilla, o la calle Real, en El Ferrol, o la calle



Estampa de un día de campo. La escena en Navarra



Las terrazas de los cafés, cuando llega la buena estación, son lugar de distracción y de reposo. Una forma como otra cualquiera de diversión: el dejar correr el tiempo



El baile español de cualquier región—Andalucía y el Norte en este caso—es la más tradicional diversión en el aspecto de la danza

el tradicional organillo cumple su misión, cual es la de llevar el ritmo a las parejas. Los casados bailan poco, entre otras cosas porque el marido continúa todavía la partida de dominó que empezó a las tres de la tarde o porque el último vástago de la familia, que vino hace cuatro meses tan sólo, reclama con hora fija su alimento. Los novios, eso sí, bailan siempre juntos. Quiere ello decir que no cambian jamás de pareja. Hacia las diez de la noche se toca la última pieza de este baile, que se celebra en un local que, indifectiblemente, suele llamarse el Casino.

Las salas de fiestas son, quizá, el polo opuesto de estos bailes de pueblo minúsculo. Colocadas estratégicamente por las calles y por las avenidas de las ciudades hay una porción de salas de baile. Haciendo memoria, ¿quién no conoce —aunque sólo sea de nombre— Pasapoga, Casablanca, Alazán y La Casuca, en Madrid; Rigat, Bolero y el Paralelo en bloque, en Barcelona; Rialto, en Valencia; Capitol, en Albacete; el Parque Japonés, en Gijón; Titos y Jack el Negro, en Palma de Mallorca, y el Aero Club, en Santander, por ejemplo?

Entre ambos están los «guateques». Claro, los «guateques» no tienen nombre oficial reconocido. Tal vez se clasifiquen por el número y la calidad de las jovencitas —entre los muchachos— o por el dinero y el tanto por ciento de ingenieros que hay en los jovencitos —entre las muchachas—.

EL TEATRO SIGUE SIENDO POPULAR

De las diversiones de menor público, por la cantidad, se encuentra el teatro. En España —a pesar de que los precios son mucho más elevados en relación con el cine— el teatro sigue siendo eminentemente popular. Conserva todavía la línea que hizo de nuestro pueblo, en el Siglo de

Oro, el primer espectador de teatro del mundo. Los teatros —78 en el total de España— están clasificados por géneros. A la zarzuela va un público especial, lo mismo que a la revista, que a la tragedia o que a la comedia intrascendente. Aunque luego, en muchas ocasiones, se entremezclen y confundan. Al teatro —quizá por tradición— se va despacio, con la entrada sacada de antemano y pensando, pausadamente, la obra a contemplar. No pasa lo mismo que en el cine. Cuando se sienta uno en la butaca del Gran Teatro, de Cáceres; del Campoamor, en Oviedo; del Teatro Falla, de Cádiz, o del Pérez Galdós, de Santa Cruz de Tenerife, parece que uno, en aquellos momentos, adquiere conciencia de hombre ilustrado, de notario, para la historia de la dramática, de algo que puede ser decisivo. Y sí, al caer el telón, la obra ha demostrado una cierta categoría, uno clasifica rápidamente al autor, como si al día siguiente tuviese —el espectador— que realizar un concienzudo examen de literatura.

EN LOS CAFES SE REUNEN LOS MISMOS SEÑORES

Quizá ya sólo nos quede—en este gran grupo de diversiones— el café. Bien es cierto que hay todavía otros muchos aspectos, de menor cuantía, que harían grandemente larga la lista. Tales son las romerías, las fiestas populares y patronales de cada localidad, la extensa gama de deportes de mar —aunque hemos mencionado algunos— y más y más facetas, ya que cada hombre, aunque sólo sea por mirar el vuelo de un pájaro, puede distraerse. Pero el café, la taber-

na o la tertulia es el último gran grupo que nos resta.

Los cafés en España —definiendo así un local con mostrador, mesas, sillas y camareros— cumplen la misión de reunir a los mismos señores a casi las mismas horas del día. Y si apuramos un poco, para hablar de lo mismo. O para jugar a lo mismo. Así, los cafés de todos los lugares se parecen, en más o en menos, al Español de Arriendas, en Asturias; al Mercantil de Baeza, en Jaén; al Alcázar de Navalcarnero, en Madrid; al Círculo de Labradores, en Sevilla; al Círculo de la Amistad, en Córdoba; al Club Cocherito, en Bilbao; al Café de la Marina, en San Sebastián; al Mundial, en Badajoz; al de Soria, en Guadalajara; al del Chaval, en Logroño, o al Montaña, en Gerona, la catalana ciudad, partida por el río. Allí se juega al dominó, al mus, al subastado, a la brisca y, algunas veces, al póker.

Como derivación de los cafés están las cafeterías. Estas son, en todas las ciudades, de creación muy reciente y a ellas la gente va, más que nada, a merendar rápidamente, mientras llega la hora de entrar en el cine.

En España una institución importante son las tabernas. Tan institución, que tiene su puesto y todo en la historia de la versificación española. Enumerarlas sería tanto como contar pedacitos de la historia de todos los hombres. Y los hombres también tienen derecho a divertirse.

* * *

He aquí un apunte sociográfico de tan importante aspecto nacional como es el de la diversión de unos habitantes. Es esto un baremo de la alegría sana de un pueblo. Cuando veintiocho millones de habitantes se divierten honradamente es que las cosas fundamentales marchan y marchan bien. A esto se llama bienestar. Ni más, ni menos.

José María DELEYTO

Derecha: El paseo sirve para el tránsito de soltero a casado. Izquierda: El fútbol arrastra una gran masa de espectadores



CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON EUGENIO GONZALEZ

A LGUIEN pretenderá corregirme su apellido, sustituyéndolo por el de Suárez, pero ya tengo preparada la respuesta si se me pide la rectificación, aunque usted ha de confirmar su conformidad conmigo. Yo he de responder: «Eugenito no ha de dejar de llamarse González mientras su semanario no venda los ocho millones de ejemplares que distribuye cada domingo el periódico de sucesos inglés «News of the World». Ni nuestra escandalosa criminalidad ni la morbosidad de nuestros lectores alcanzan los records británicos y ni siquiera las marcas francesa e italiana, sino que ustedes tienen que repetir de cuando en cuando el crimen del huerto del francés, la desaparición de las niñas en la calle de Hilarion Eslava o el atraco y asesinato en el expreso de Andalucía. La crónica negra es tan escasa en nuestro país que se cuentan los mismos relatos espeluznantes, como se cuentan los mismos chascarrillos entre cazadores y la infancia resiste la persistente narración de Blanca Nieves.

Después de la guerra, casi ha desaparecido la profesión de abogado criminalista y, en medio de la proliferación de revistas técnicas dedicadas a todo, hasta no existe la verdadera e idónea revista de criminología, a pesar de ese instinto tan desarrollado típicamente entre las porteras (aun cuando en las colas de los compradores de su semanario había más inquilinos que porteras) hacia la sangre y el articulado del Código Penal. Durante la guerra hubo un refinamiento de la maldad al lado de la barbarie de las pasiones sueltas y al aire libre. En los capítulos de ese libro, que deberá leerse en las escuelas para escremento previo de quienes se dispongan a vivir sin amar a Dios y al prójimo; en ese libro, que es la Causa General de la España libertaria, masónica, ugetista y bolchevizada en trance de cometer locuras y barbaridades, hay capítulos por donde rezuma el horror de las venganzas tribales, del retroceso al infrahombre, del hombre pecador que merece todas las penas del infierno, pero hay capítulos en los que no se descubre el rastro de la saña celtibérica, de la «pinchaila» en la que se entretenían los días de fiesta los solteros de la Alta Extremadura o del tumulto pánico de las romerías que terminaban como el rosario de la Aurora o los balles de candil, sino que en esos capítulos podría recrearse el público de la Prensa extranjera, cuya entraña no se estremece por los crímenes pasionales (la mató porque era mía y la primavera nos miraba como una euménide, etc., etc.), prefiriendo el estrangulador, el torturador, el suero de la verdad, el respeluzno y el escalofrío que trasciende de la atmósfera de las checas.

Cuando la química del narcoanálisis, la electromecánica de los aparatos diabólicos (progreso de ambos de la civilización tecnológica), junto con la ordenancista organización germánica, se pusieron al servicio de la enorme potencia del mal que es el Imperio soviético, surgieron las checas como objetos de exportación que podían prosperar, aun donde en el subsuelo no latiese

la perversidad eslava. Con las Brigadas Internacionales llegaron a nuestro país las checas para tortura e infortunio de los buenos españoles que carecen de imaginación maligna. ¿No hay en el suceso y en los alrededores de la mano cortada un soplo sobrecogedor que aún cupura en el recuerdo de las checas de Barcelona y de las andanzas de aquel Carnicero de Albacete que fué André Marty? Cada minuto tiene su filosofía, como aprendemos en las hojas de los almanaque, y cada tiempo presenta su moral o su moraleja, aparte de la inmutable y sempiterna moral cristiana. Cuando el episodio de Azaña iba representando la tragedia de Séneca «Medea» por los pueblos, hubo una madre desnaturalizada, doña Aurora Rodríguez, que destruyó con un tiro en las sienas a su hija Hildegart, como Medea devoraba a sus hijos. Los esparcimientos teatrales del cuñado de Azaña fermentaron en un ambiente en que el marxismo corroía a la familia, explotando criminalmente. Acaso también la tremenda carga psicológica que hay dentro de una novela como «El cero y el infinito» ha estallado a sangre fría en la mutilación de la lengua, de los ojos y de la mano. Esta literatura no nos pertenece, señor don Eugenio González, y la rechazamos como un género, como una aberración importada. El autor de la novela «El cero y el infinito», Arturo Koestler, es un judío centroeuropeo que habita en Inglaterra y que siempre ha sido protegido y pagado por los ingleses, a cuyo mandar se ha puesto. Ni la requisitoria del hebreo contra el tormento de la checa, ni la checa en sí, son españolas, sino que son la floración de una técnica en la que se alían la máquina con el psicoanálisis, la cirugía con las Sociedades protectoras de plantas y animales. Israelita era Marx, israelita es Koestler, israelita era Freud, israelita era Voronof, el taumaturgo que rejuvenecía a base de injertos glandulares de monjes, perros o demonios; porque la representación más perfecta de Satán es la figura lasciva de un mico.

Señor don Eugenio González: Londres, o París, o Berlín, o Roma le ofrecen la posibilidad de las tiradas accensionales y vertiginosas, porque en estas ciudades se suceden los crímenes ininterrumpidamente, puesto que hasta puede decirse, con exageración, que la sociedad está constituida sobre el crimen, dando pretexto para que la máxima criminalidad soviética extienda sobre y bajo tales cimientos sus tentáculos. En España, en cambio, la salubridad es óptima, como le anuncia cada mes el parte de la Dirección General de Sanidad del Ministerio de Gobernación. Padecimos la invasión de la guerra y de las checas rojas, y de tarde en tarde surge un sucio rebrote, que los españoles condenamos y extirpamos. Como ya están muy vistos y muy requetesobados el huerto del francés, el expreso de Andalucía y la calle de Hilarion Eslava, señor don Eugenio González, no hay más remedio que escarbar en la viejísima picardía española con fundamento senequista y ascético, y ocuparse del timo de las gallinas, que es la renovación del mito y de la fábula de la gallina de los huevos de oro.

DOS HOMENAJES A "AZORIN"

POESIA ESPAÑOLA incluye en el sumario del número 24, que acaba de ponerse a la venta, cinco sonetos de Francisco Javier Martín Abril, bajo el título de «POEMA DE AZORIN EN CINCO TIEMPOS». A continuación se publica «ALMA ESPAÑOLA», adhesión del poeta Raimundo de los Reyes al homenaje que

Siela ha tributado al autor de «Los Pueblos»

POESIA ESPAÑOLA

se publica todos los meses y se vende a DIEZ PESETAS

UN COMPROMISO DE HONOR

CON la medida y discreción necesarias, pero también con absoluta objetividad, se ocupaba EL ESPAÑOL—número 271—de uno de los fenómenos más bochornosos que se registra hoy con cierta intensidad en algunos países extranjeros. La documentación que sirvió de base y fundamento a nuestra información es, además de suficiente y rigurosa, de una contundencia terminante.

Con frecuencia nos hemos referido a la salud espiritual de nuestra Patria. La defensa a ultranza de tan magnífico tesoro moral constituye para nosotros una honrosa obligación inexcusable. El hecho de que los que se desvían en un vicio tan repugnante y antinatural hayan llegado a establecer entre sí conexiones y contactos que permiten hablar de la existencia de una verdadera Internacional, en cuyo seno mueven y manipulan sus resortes los agentes del comunismo y de la masonería, nos obligaba, en conciencia, a ponerla al descubierto ante nuestros lectores. Así lo han entendido éstos, y a través de innumerables cartas, llegadas a nuestra Redacción de todos los puntos de España, nos manifiestan, en tonos más o menos celtibéricos, su penetración con la actitud, intención y decisión de EL ESPAÑOL en este problema.

Hay, no obstante, una mínima parte que han reaccionado rasgándose las vestiduras, por estimar que no era procedente ocuparse de este asunto. Damos por descontada la rectitud de intención de quienes así opinan, pero no podemos aceptar su sistema de criterios. El silencio es algunas veces un procedimiento útil. Ahora bien, cuando el vicio se organiza y puede servir de caballo de Troya a enemigos declarados de Dios y de España, creemos que el más elemental sentido de autodefensa, que el más elemental instinto de conservación, aconseja que lo oportuno es descubrir su existencia y sus propósitos.

Este enemigo podría intentar algún día forzar las fronteras del mundo de ideas y valores morales, dentro del cual vivimos los españoles, y hemos de reconocer que no la ignorancia, sino la conciencia vigilante y bien orientada será la que nos seguirá manteniendo victoriosos contra la podredumbre y el mal.

Nos importa nuestra fortaleza económica, y pruebas claras de la preocupación constante de EL ESPAÑOL por cuanto a ella afecta hay en todas sus páginas.

Declaramos sin rodeos, y frente a cualquier género de pacifismos claudicantes, que un ejército con temperatura moral alta, depurada y bien dotado es pieza clave e imprescindible.

Representa para nosotros un compromiso de honor contribuir, desde nuestro modesto plano, a la consecución de un orden social tan exigente con los deberes de justicia y equidad como demandan los principios y cristianas aspiraciones del Movimiento Nacional y el signo supremo de nuestro tiempo.

No hurtaremos nunca el apoyo al robustecimiento de las instituciones sociales sobre las que descansan la vida y estructura políticas de la nación.

Serviremos siempre lealmente a cuanto signifique fórmula sana de unidad y cohesión interior.

Pero entendemos que el gran motor, la mejor reserva y la más sólida garantía de nuestra prosperidad individual y nacional en todos los órdenes radican en la conservación y en la potenciación de nuestras fuerzas morales. Al servicio de esta moral, ajustada a la ley de Dios, sentó plaza desde su primer momento EL ESPAÑOL, el semanario de los españoles para todos los españoles.

EL ESPAÑOL

LA FUERZA DE LA RAZON

ENTRE el Marruecos anárquico y feudal de principios de siglo, en el que el poder del Sultán, mediatizado por las facciones en pugna, era sólo un remedio de autoridad, y el Marruecos de hoy, pacífico y progresivo, hay radical: s diferencias: las que ha marcado la continua acción española. Esta profunda transformación ha exigido una tarea tan amplia como paciente, que, tras la difícil empresa de pacificación, se ha ido consolidando, en graduales y fructíferos empeños, hasta la positiva situación actual.

Llevar la paz al territorio marroquí supuso para España costosos sacrificios e inquietudes constantes. Las cabilas guerreras, secularmente fuera de la autoridad y dependencia de los sultanes, opusieron dura resistencia. Superada la etapa de pacificación, España, aplicando los principios de generosidad y justicia, bien acreditados a lo largo y a lo ancho de su historia civilizadora, emprendió una labor de paz que no tardaría en dar frutos. La economía del país, deficitaria, obligaba a una constante ayuda de la Nación protectora si se quería elevar el nivel de vida de una población cuya existencia transcurría en condiciones infimas. Paralelamente al impulso de las menguadas fuentes de riqueza se desarrollaba una eficiente acción sanitaria en las poblaciones y en el campo y se rescataba del analfabetismo a la mayoría de los habitantes. Esta labor protectora producía también, como resultado de una convivencia cordial y comprensiva, una comunidad

de sentimientos que tendría significativa expresión en la participación sin reservas de los marroquíes de la Zona en nuestra guerra de Liberación, como si de una común empresa se tratara. España, a su vez, ha sentido como propios los tristes sucesos ocurridos en la Zona vecina por cuanto afectan gravemente a la unidad del Imperio marroquí, tan pacientemente labrada y celosamente defendida por ella en todo momento. La presencia española en Marruecos ha sido siempre una garantía de respeto a los derechos, libertades y personalidad del pueblo marroquí. Para nosotros los Tratados no han sido nunca papel mojado; nos marcaban obligaciones y derechos que no podíamos quebrantar sin faltar a las normas de honor y caballerosidad que en cualquier caso deben prevalecer en los conciertos entre naciones. España, como ha dicho el Caudillo, «no puede aceptar situaciones de hecho que, en pugna con nuestro sentir, lo están también con la moral internacional y con la letra y el espíritu de los convenios concertados, seguros de que la fuerza de la razón acabará triunfando sobre la sinrazón de la fuerza». Fiel a la unidad del Imperio y al sentir del pueblo marroquí, tan sincera y clamorosamente manifestado, España ha puesto de relieve su rotunda repulsa a una acción violenta y arbitraria que ha quebrantado los fundamentos políticos del Protectorado.

EL ESPAÑOL

BERLIN EN



Muchachas berlinesas trabajando en una vía ferroviaria

EN LOS CENTROS DE DIVERSION, EL TEMA MAS EXPLOTADO ES LA CONFERENCIA DE LOS "CUATRO" GRANDES

LA POLITICA DEL BERLINES ES UN CONTINUO VOLVERSE DE ESPALDAS A LA REALIDAD

ESTA conferencia de «los cuatro grandes» es probablemente la cosa más humillante que les ha ocurrido a los berlineses desde hace mucho tiempo. No hay que olvidar que Berlín es la marca de Brandeburgo, la ciudad del Gran Elector, algo así como la Castilla la Vieja de los alemanes.

Cualquier pueblo que no fuese el berlinés hubiera reaccionado desmoralizándose o lanzándose a la calle; por eso es tanto más conmovedora la dignidad tremenda de esta ciudad medio derruida, ocupada por tres enemigos y sitiada estrechamente por el cuartito. Yo creo que la fuerza de una raza está más en lo que puede aguantar sin perder la calma que en lo que puede conquistar perdiéndola; Berlín hoy día vive su vida aparentemente como si nada ocurriese; la procesión, claro, va por dentro.

Lo primero que choca en los berlineses es lo amables que son. Recién llegado de Londres, donde el camarero servicial es cosa que pasó a la historia, resulta duro verse metido en un mundo de gente que se inclina al paso de uno, le ayudan a quitarse y ponerse el abrigo, se desviven por servirle a uno y le dicen adiós cordialmente cuando uno se va, aunque no haya tomado más que un café y monopolizado una mesa durante horas, e incluso aunque no haya dado propina.

La Policía, tres cuartos de lo mismo; el otro día yo tenía un ojo malo porque se me había metido en él una mota de polvo y hube de lanzarme a la calle a las tantas de la noche en busca de

una farmacia. El primer policía a quien pregunté me llevó a la más cercana, pidió lo que yo necesitaba y me explicó cómo había que aplicarlo al ojo malo. Yo podía haber sido francés, o inglés, o ruso, pero no importaba.

Al salir de Londres, un conocido mío me dijo que es que el alcalde de Berlín había estado pidiendo a los berlineses que colaboraran al éxito de la conferencia con su amabilidad y buena conducta. Así es, en efecto; la proclama del alcalde de Berlín está en todas las esquinas de la ciudad, pero a mí no hay quien me convenza de que la cordialidad de Berlín es cosa provisional.

UN IDEAL COMUN

El vínculo real que une a Bonn con Berlín es el de la reunión de ambas Alemanias en una sola. Berlín acaba de ampliar la cuota de refugiados orientales, a pesar de que ya está sobrecargado de gente y hay poco trabajo, con objeto de convertir la ciudad en una especie de plaza fuerte del «irredentismo» alemán. La mayoría de los refugiados orientales que cruzan la frontera urbana son campesinos prusianos o de la Pomerania que trabajaron la tierra desde que nacieron; desde Berlín, la mayoría de ellos son evacuados a la Alemania occidental, y de ordinario encuentran empleos bien pagados en la industria pesada. Al verse en mejor situación social y económica, muchos de ellos se olvidan de que existe otra Alemania que la que habitan ahora, y si, liberada la zona soviética, pudieran volver a sus campos a darle al arado, du-

do mucho de que lo hicieran. Así, pues, el Gobierno de Bonn prefiere dejar a la mayoría de ellos en Berlín, donde viven de forma inestable, suspirando por su provincia, no muy lejana, y manteniendo viva la causa de la unidad.

En las afueras de Berlín hay campos de refugiados donde, muy ayudados por los americanos, las autoridades federales les tratan lo mejor que pueden. Para ser refugiado, sin embargo, no basta con cruzar la frontera y entregarse; se les somete a durísimos interrogatorios y se comprueba en la medida de lo posible cada una de sus respuestas; así se trata de evitar la infiltración de elementos soviéticos en el occidente alemán.

Aparte del sector francés, que es residencial, pequeño y tranquilo, el Berlín occidental está limpio de toda traza visible de ocupación: ni un soldado, ni un cartel, nada; los únicos policías que transitan por las calles son los del Gobierno de Bonn; se cambian de turno a la prusiana, con taconazos secos y mano al chaco.

La zona oriental, por el contrario, está infestada de soldados rusos, bien encapotados de fieltro y ensombreados de piel; con o sin armas. La frontera interurbana está abierta, excepto alguna calle cortada con alambradas para impedir el paso de vehículos; el Metro la cruza todos los días y cientos de obreros y empleados la pasan a diario de casa al trabajo y del trabajo a casa.

Podrían fugarse, y de hecho se fugan muchos; lo que ocurre es

CLAROSCURO



La gente forma «cola» ante los establecimientos de víveres

que tienen que irse con lo puesto y dejar detrás cuanto poseen; alguno hubo que, intentando escaparse, se metió un cepillo de dientes en el bolsillo. Un «vopo» («Volkspolizei») de los que hacen «aduanas» en la frontera interurbana se lo encontró, dedujo que lo quería para lavarse los dientes a la mañana siguiente, en lugar de volver al sector soviético a pasar la noche, y lo detuvo. Los aduaneros occidentales se limitan a impedir el paso de estraperlo y de propaganda:

- «Keine handelsware?»
- «Keine handelsware.»
- «Darf passieren.»

La verdad es que cortar la ciudad en dos sin crear una situación insostenible, incluso en la zona soviética, les sería muy difícil a los rusos. Ambos Berlín fueron planeados para ser una sola gran ciudad y se complementan; para enlazar dos estaciones del sector soviético, el Metro cruza una y hasta dos veces el sector americano; algunas calles han tenido que continuar transitables porque si no los vehículos rusos

tendrían que dar una vuelta larguísima para ir de un extremo a otro de la misma calle. Hay miles de berlineses que viven contentos en el sector oriental, porque es más barato, a condición de poder ir a trabajar al occidental, donde los sueldos son más altos.



Esta fotografía recoge una dolorosa escena de los últimos sucesos en Berlín durante el pasado año



Una de las características más acusadas en Berlín es la gran propaganda mural que existe

La frontera «zonal» (o sea el campo, fuera de Berlín) linda con el sector occidental por varios puntos, y ahí ya es otro cantar. Apenas concluye el sector y comienza la zona empezamos a ver una larga y tupida fila de alambradas que se extienden hasta perderse de vista; de un lado, el sector occidental, sin alambradas, la carretera en uso, las casas habitadas; del otro, la zona rusa, tierra quemada, sin árboles, con las casas demolidas, su lado de la carretera criando musgo y las pa. trullas de «vopos», con fusiles y grandes perros atraillados, que hacen la ronda todo a lo largo de la frontera.

Berlín, pues, tiene para el Gobierno de Bonn un valor moral incalculable. Es la Pomerania, es Brandeburgo, es Dresde, y no sólo eso, es también la Prusia Oriental, y muchas más cosas.

LA «ZONA» RUSA DE BERLÍN

Yo estuve visitando la zona rusa el otro día en un coche militar americano. Lo primero que me llamó la atención es lo desolado y cochambroso que estaba todo; la gente, mal vestida en general, nos miraba pasar con rostros inexpresivos; los carteles políticos, escritos en letras blancas sobre fondo rojo, nos metían por los ojos consignas chillonas y manidas.

Los occidentales que pisan la zona soviética (y más aún los que, como yo, tienen el peligro que supone un pasaporte español) tienen terminantemente prohibido hablar con la gente o sacar fotografías de guardias o soldados uniformados; igualmente les está prohibido fumar en recintos públicos. Varios periodistas españoles se han aventurado, como yo, en el sector ruso, y todos confiesan que al hacerlo se jugaban la vida. Uno entró, compró unos cigarrillos, se sentó en un «café del Estado» y volvió a puerto seguro; otros dos fueron a las conferencias de Prensa soviéticas, y me aseguraron que cada vez que el portavoz o los ujieres les miraban, el corazón les daba un vuelco. Por cualquier motivo nimio, un «vopo», o quien fuese podía acercárseles, pedirles el pasaporte y... «Espérame en Siberia, vida mía», que diría Jardiel Ponceña.

En plena ex capital de dos imperios alemanes está el «Memorial de Treptow», que es un monumento colosal erigido por los rusos, con dinero y mano de obra alemanes, a sus caídos en la batalla de Berlín. Es un recinto enorme, bien pavimentado; por una escalinata imponente se llega a un mirador, en el que se extiende un vasto cementerio, con losas en bajo relieve, en donde yacen los «héroes de la Unión Soviética». La larga balconada está flanqueada por dos inmensas banderas rojas humilladas, tan altas cada una de ellas como un edificio de tres pisos, hechas con mármol rosa de la Cancillería de Hitler. En el centro del cementerio hay un soldado ruso de bronce que hace añicos la cruz gamada con un espadón de dos filos.

La avenida de Stalin es la atracción turística obligada del sector rojo (y digo «obligada» porque en las excursiones que organiza el «intourist» es lo único que te enseñan). Es el «Wohnungparadis», «la primera calle socialista de Alemania», etc. La avenida de Stalin es, en resumi-

das cuentas, una magnífica calle residencial moderna, con dos filas de casas de pisos sólidas, de piedra, bien construidas y artísticamente concebidas. La calle es amplia, bien pavimentada, con grandes farolas metálicas y un «Centro deportivo» donde, cuando yo pasé por ahí, estaba celebrándose una Exposición de no sé qué. Todo ello lo domina una gran estatua de Stalin, en medio de un parque que si ahora está nevado y frío no es por culpa de los comunistas.

Pero la «Stalinallee» es la única calle decente del Berlín oriental; lo demás es una sucesión de ruinas sucias y chabolas endeables que deprime.

En el Berlín occidental, por lo menos, se han descombrado todas las zonas bombardeadas; los escombros y el cascote lo transportan a las afueras y van formando colinas artificiales, que luego cubren bien con tierra y árboles. Berlín, como se sabe bien, es una ciudad plana. No pasarán muchos siglos sin que un arqueólogo perspaz las excave y reconstruya muchas cosas de nuestro mundo que ya no existan.

«LOS CUATRO GRANDES»

El paso brusco que han dado los berlineses de sus sueños de «diberrase» a estas realidades ha vuelto a despertar en ellos el viejo complejo de inferioridad que Hitler quiso destruir.

La mayoría de los alemanes, apenas le conocen a uno, se ponen a hacerle confidencias y a contarle su vida. Yo ya me sé el disco de memoria; tantas veces lo he oído en las dos semanas que llevo de vivir en Berlín: la zona soviética, las barbaridades de los rusos cuando entraron, el hambre y la inquietud de la guerra fría, todo ello acaba por volverse muy monótono y dejar de impresionarla a uno.

Todos ellos eran «gente bien» en la Alemania oriental antes de la guerra, todos tenían algún aristócrata en la familia (el snobismo de los burgueses alemanes es increíble), todos ellos tienen algo de sangre extranjera (francesa, a ser posible), pero nunca americana o inglesa.

La gente aquí odia a los ingleses y toma a broma a los franceses; a los rusos les tienen miedo por las circunstancias actuales, pero no, por ejemplo, de la forma que los franceses se lo tienen a los alemanes. Los americanos son los que mejor parados salen, y la santa preocupación que Dulles ha mostrado por el futuro de Alemania, todo a lo largo de esta conferencia, no podrá menos de influir aun más favorablemente en los berlineses.

Porque una de las facetas más humillantes de esta conferencia es que, con la excepción de Foster Dulles, ninguno de los «grandes» vino a Berlín a resolver el problema alemán: los rusos vinieron a conseguir que los occidentales reconocieran los regímenes de Pekín y de Pankow y a ver si conseguían separar a Francia del bloque occidental o, por lo menos, enfriarla. Los ingleses vinieron a asegurar la paz, pero no necesariamente mediante la reunificación de ambas Alemanias; los franceses vinieron a recitar un disco que tenía poco que ver con sus intenciones reales.

Todos vinieron un poco a la fuerza, con Churchill a la zaga.

Los berlineses, pues, sintieron que el problema —para ellos trágico y vivo— de la unidad de Alemania no era más que un cebo o un juguete en manos de «los Grandes». Y ello hace tanto más admirable la dignidad con que lo han sobrellevado.

Menos interés que nadie tenía Molotov, como se demostró con su vuelta en redondo justo cuando el debate alemán podía producir buenos frutos. Con el tiempo quizá lleguemos a averiguar qué es lo que ocurrió en el Kremlin aquel miércoles histórico de enero de 1954, y Dios sólo sabe «los grandes». Y ello hace tanto larga o a la corta, pero hay un argumento que debió pesar mucho en el ánimo de Molotov: el «irredentismo» alemán.

En efecto, mientras Alemania sea Alemania reivindicará por lo menos sus fronteras de Versalles, y con un pueblo tan poco estable como el alemán Dios sabe cuánto más. Partiendo de esta premisa es más seguro mantener a Alemania débil y dividida que ponerla en situación de recobrar el resto dándole un poco más de territorio. Hasta qué punto Bidault piensa como Molotov en este asunto es cosa que yo no quiero examinar.

En los últimos días de la segunda semana de esta conferencia, recién puesta a remojo la unidad de Alemania, ya preocupaba más el desenlace que pudiéramos llamar «diplomático» que la seguridad de que Alemania iba a seguir viviendo provisionalmente por Dios sabe cuántos años todavía. «Si los rusos no ceden—pensaban los occidentales—la C. D. E. continuará; por el contrario, si ahora ceden en Austria las consecuencias serán fatales para el Ejército europeo».

Y, entretanto, medio mundo vive provisionalmente: Berlín vive provisionalmente, Alemania occidental vive provisionalmente, Corea vive provisionalmente y la Indochina no tardará en establecerse en un régimen de vida igualmente provisional.

Hasta qué punto todo este temerario manejo diplomático irritaba a los berlineses lo prueba que las autoridades aliadas no descontaban un levantamiento súbito de protesta en ambos Berlines. Y se sabe que en la Alemania y el Berlín oriental los rusos han concentrado fuerzas para hacer frente a lo que sea. Molotov mismo vino a decirlo el sábado de la semana pasada.

«WIR SIND ALLE BERLINER»

Las autoridades federales de Berlín llevan a cabo una vivísima campaña contra la división en que vive la urbe, y el Gobierno de Bonn les ayuda con alma y vida. Radio Berlín envía sus programas al «otro» Berlín y los titula «todos somos berlineses». En cuanto un chófer ruso se descuida le pegan en el motor del coche un letrero que dice: «A pesar de todo esto sigue siendo Berlín», y luego allá él que se las arregle para explicar a sus superiores cómo es que no se dio cuenta.

Todo el Berlín occidental es



El berlinés siente una gran indiferencia por todo lo que no sea el «medio» de vida



En el Berlín occidental son numerosos los campos de refugiados evadidos de la zona rusa y que son atendidos lo mejor posible por las autoridades aliadas

una vasta célula de sabotaje contra los «ivanes», como aquí llaman a los rusos. Las entidades federales alemanas, montadas a toda prisa en Berlín con esto de la conferencia, tienen terminantemente prohibido hacer propaganda antirrusa; pero el que quiera datos o facilidades para escribir artículos contra la Unión Soviética, pongo por caso, puede contar con ellos a ojos cerrados. Ayer, sin ir más lejos, recibí yo un folleto muy bien hecho en el que todo lo que ocurre en la zona soviética está implacablemente relatado en un alemán clarísimo y en orden alfabético. Mi dirección la tomó el Gobierno de Bonn de la lista de periodistas que hay en Kathrein Haus, el centro de Prensa, porque es el único sitio donde la di. Kathrein Haus tiene prohibido hacer propaganda antirrusa, pero no tiene prohibido facilitar la tarea a los que la quieran hacer. Pero el berlinés odia a la Volkspolizei (policía popular del Gobierno oriental alemán) mucho más que a los rusos; los considera renegados y traidores al propio país. En Berlín a los «vopos» les llaman «el quinto ocupante»; son un ejército en toda regla, disfrazado vagamente de policía urbana y rural, pasando por policía aérea, policía marítima, policía fronteriza, etc, hasta contar más de 250.000 polizontes. Bien armados y bien cuidados por los comunistas, los «vopos» estos son la mejor garantía de que «el orden reina en Varsovia», como decía el otro.

—Mírale a ese pobre desgraciado—me dijo una vez un perio-

dista alemán señalando a un «vopo» que dirigía el tráfico muerto de frío. Estábamos esperando a que Molotov saliese de la Embajada soviética, en Unter Den Linden, y éramos en total unos cincuenta periodistas—, mírale, chupando frío sin saber ni siquiera por qué ideal lo chupa.

Y, en efecto, el rostro anodino del pobre «vopo» no expresaba otros ideales que el de volver a casa pronto y desentumarse.

«DIE UNZERSTORBARE HAUPTSTADT»

Berlín no solamente está medio destruido por las bombas y la lucha callejera (mucho, pero que mucho más bombardeado que Londres); en Berlín hay poco trabajo, y los sueldos, en general, no están en proporción con los precios. Medio Berlín vive en la miseria o poco menos.

La gente que pudo conservar su casa o que tuvo la suerte de que sólo fuese destruida a medias, todavía puede poner una pensión o un hotel. La mitad de las casas particulares de la Kurfürstendamm (como la calle de Serrano en Madrid) son ahora pensiones más o menos de lujo. La dueña de mi hotel es una baronesa, mujer de uno de esos Junkers prusianos que nacían generales.

Estas casas berlinesas son sólidas y amplias; muy bien amuebladas y cómodas, porque el clima lo exige así. El sistema de calefacción es magnífico, mucho



La vida en el sector oriental es bastante difícil. Estas mujeres esperan pacientemente una solución a sus problemas existenciales

mejor que el de Londres (que es fatal) y que el de París. En el momento en que escribo esto estoy en mangas de camisa, en una habitación desde cuyas ventanas se pueden ver las calles heladas, los escaparates escarbachados y los pocos transeúntes embozados hasta los ojos. En mi cama no hay mantas, sólo la sá-



Un drama humano y corriente. En la estación de Berlín se encuentran casualmente madre e hija después de diez años de separación

vana y un edredón; pero es que con la calefacción ardiendo toda la noche no hacen falta.

Como consecuencia de la miseria, Berlín está lleno de trotacalles.

Los cafés y salones de té están llenos de chicas jóvenes que no son de vida airada; pero que si las invitas a cenar corresponden como pueden. La alemana media tiene un hambre histórica después de haber pasado seis años a media ración; moralmente fué siempre mas bien laxa; pero la guerra y sus consecuencias (¡cuatro Ejércitos de ocupación!) han hecho muchos estragos.

La gente, en general, va mal vestida, no tanto como en el sector rojo; pero mal vestida. Cuando el dinero anda escaso lo normal es economizar en comida y en ropa.

De todo esto en la Alemania occidental ni se sabe ni se quiere saber. Se leen las estadísticas: de cada tres berlineses, uno sin trabajo; la mitad de los berlineses viven de rentas o de pensiones. En la Alemania occidental, en cambio, ya no hay caras hambrientas ni existe la preocupación continua del que, a pesar de los pesares, se sabe sitiado por el enemigo.

Un berlinés me contaba ayer que cuando él volvió a Berlín después de la guerra, el barrio entero en donde estuvo su casa había desaparecido sin dejar rastro.

—Todo mi pasado, toda mi niñez se han ido para siempre—me decía—; yo ya no puedo ver una fechada o abrir un libro y recordar mi niñez, como todos ustedes. Aun no he conseguido ni siquiera localizar exactamente donde estaba mi casa.

La causa principal de esta miseria es la escasez de dinero, y de esto, los precios, que en Berlín son altísimos: echar una carta por avión cuesta alrededor de

diez pesetas; comer a mí me viene a costar entre treinta y cuarenta cada comida, y eso que procuro escoger cosas baratas; una cerveza cuesta, como poco, seis pesetas. El café, aunque es mucho mejor que el de París o Londres, cuesta unas doce pesetas la taza. Ayer fuimos Moya (el corresponsal de «Madrid») y yo con unas chicas a una especie de «boite» literaria muy simpática que se llama «Die Volle Pule» («El Barril Lleno») y por un café, una Coca Cola y dos vasos de vino de Mosel, que es como vino de Rioja en España, nos cobraron más de cien pesetas; y eso sin música ni baile, sólo por sentarnos en unos bancos que crujían de puro existencialistas que eran.

Y es que los berlineses (y los demás alemanes, me figuro están pagando la ocupación de los tres poderes occidentales, están pagando las reparaciones a Israel, están pagando la reconstrucción material y económica de su país, están pagando la comida diaria a una turba de fugitivos que huyen todos los días del sector ruso sin más que lo que llevan puesto. Y claro, lo pagan en cada copa que se toman, en cada cosa que compran y casi en cada paso que dan, en forma de impuestos que hacen subir los precios y bajar los sueldos.

HACER DE LA NECESIDAD VIRTUD

A mí me dijo un amigo alemán que Berlín, en el fondo, es lo mismo que Viena. Otro me aseguró que no, que Berlín lo que es es una mala imitación de París para uso de Junkers Tronados. Yo, la verdad, no creo que sea ni una cosa ni otra, y lo siento por mis amigos. Berlín es una cosa muy especial.

En los cabarets berlineses el tema más explotado es la Conferencia de los «cuatro grandes»; el equivalente en alemán de nuestro proverbio «donde te pica te rascas», debe ser «donde te pica te ríes».

Una «boite» de las menos elegantes que se llama «Atlantis» y que para mayor contraste está junto al lado del Centro Internacional de Prensa, anuncia con grandes letras: «La super conferencia del amor», un cabaret de la Kurfürstendamm tiene ahora un «show» alusivo a las deliberaciones de la Conferencia, que se titula: «Macht Bloss Keen Theata», frase en argot berlinés que, libérrimamente traducida, sería: «¡Menos cuento, caballeros!»

Esta forma de tomar a broma lo que más vivamente les interesa, lo que atañe a su vida misma, es, yo creo, una exclusiva de Berlín. Londres nunca se vió en un caso semejante, y lo de París también fué diferente.

Yo recibí el otro día un folleto en ruso y en alemán en el que se hacía propaganda soviética: «¡Viaje usted por la Unión Soviética», etc. todo ello aparentemente redactado y compuesto por el «Intourist» ruso. Después de haber traducido el texto me di cuenta, sin embargo, de que todo ello era una habilísima falsifi-

cación hecha por cualquier organización anticomunista, calculada para dejar en ridículo los esfuerzos del «Intourist».

Se corre por aquí un chiste sobre la misteriosa delegación china que ha venido a Berlín a «observar» la marcha de la conferencia por cuenta de Mao Tse Tung. El chiste dice que uno de aquellos chinazos vino al Berlín occidental y se paseó un poco por la Potsdamerstrasse y otras calles buenas del centro. El chinazo fué luego y escribió a casa contando sus impresiones del mundo capitalista. «Lo que más me extraña—decía—es la falta de pancartas, pero noté que, en cambio, los escaparates de las tiendas están llenos de lo que pone en ellas.» El chiste tiene mucha miga; el Berlín oriental está lleno de pancartas pidiendo pan y abundancia para Alemania, pero los escaparates de las tiendas no colaboran.

Y no es esto sólo: la vida misma de Berlín es un continuo volver de espaldas a la realidad: todo Berlín, nietos, hijos y abuelos bailan como descosidos; los cafés y los salones de té del centro tienen casi todos sus orquestas y sus pistas de baile, y la mezcla de edades en los bailarines sería grotesca a ojos más habituados que los míos. Todo Berlín bebe; los bares están abiertos la mayor parte de la noche y todo el día. Todo Berlín va al cine; todo Berlín se pasea como en Madrid o hace tertulia hasta las tantas de la noche en el café «Paris», en el «Bristol», en «Kenpinski» o en «Hauswien», por no contar los cientos de cafés pequeños y suburbanos. Ni el frío, ni los rusos, ni la conferencia distrae a los berlineses. Me han dicho que ni siquiera durante la guerra fría dejaban los berlineses de pasarlo bien.

El espíritu tudesco del bien vivir no ha desaparecido con la guerra; los restaurantes siguen dando esas tremendas raciones de carne o lo que sea, que sólo se conciben pensando en banquetes medievales de esos en que se asaban bueyes enteros todos los días; los precios son inaccesibles para la mayoría de los berlineses, pero es que la mayoría de los berlineses comen en casa y sólo van de restaurante los sábados o cuando quieren echar una cana al aire.

Así, los cafeteros y restaurantes berlineses han desarrollado un curioso complejo de «cocotte» ante los extranjeros; no les importa que los alemanes escojan lo más barato del menú, pero se molestan cuando es un extranjero quien lo hace. Yo fui el otro día a comer a «Kempanski» con unos periodistas italianos y el camarero se empeñaba en que tomáramos una botella de champagne.

—Mire usted, amigo —acabé por decirle—: yo para hacer el paletto voy a París; pero en Berlín no quiero hacer el paletto porque no vale la pena.

Jesús PARDO

(Desde Berlín, exclusivo para EL ESPAÑOL.)

DEL INFIERNO ROJO DEL CINABRIO A LOS POZOS

MECANICOS DE LA PIZARRA BITUMINOSA

En Almadén fué creada la primera Escuela de Minas



UNA VISITA a los YACIMIENTOS de MERCURIO MAS IMPORTANTES DEL MUNDO Y A LAS INSTALACIONES DE EXTRACCION MAS MODERNAS DE ESPAÑA

De nuestro redactor, enviado especial, F. COSTA TORRO

Con motivo del ciento setenta y cinco aniversario de la creación del Cuerpo de ingenieros de Minas, cuya primera Escuela especial fué creada junto a las minas de mercurio más importantes del mundo, nuestro semanario ha querido rendir homenaje a esos técnicos españoles adelantando uno de sus más rápidos correos a las minas de Almadén y a las instalaciones mineras e industriales de Puertollano, que iban a ser visitadas en el transcurso de los años conmemorativos. El reportaje, hecho además de con la prisa periodística con la de la circunstancia a la que nos hemos adelantado, es el siguiente:

“EN un lugar de la Mancha... hemos visto, por fin, nuestro gozo en el pozo de la mina. Ya estamos en la jaula y suenan los timbres; cuatro toques cuando son personas; tres para la velocidad a que se sube el mineral; cinco para la lentitud a que deben ascender los heridos, y los toques de alarma en caso de incendio, y los de atención a los gases mercuriales...; timbres. «La del alba sería» (digámoslo con frase quijotesca) cuando llegamos a Almadén, y esta se convirtió después en una mañana de timbres, los de la mina y los del teléfono, ya que fué preciso pedir a Madrid autorización para la visita. A las minas de mercurio, propiedad del Teso-

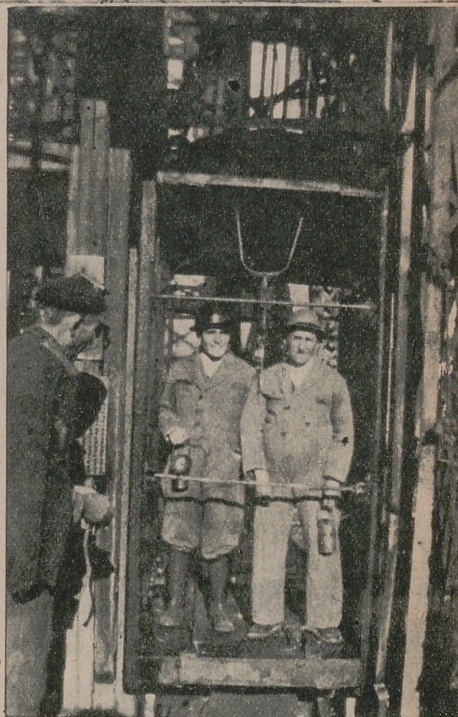
ro, no baja quien quiere, sino quien puede, y las antiguas disposiciones prohibitivas no exceptúan a los enviados especiales de EL ESPAÑOL.

Nos hubiera gustado llegar a los frentes de galería donde salta el goteo de mercurio, la «plata vilva», que diría Alfonso X el Sabio, por el paso subterráneo de los penados que desde la cárcel vieja de Almadén llegaban, por bajo tierra, como en una evasión, hacia el aire libre, hasta las sombrías cámaras de gas, rojizas de cinabrio y como sangrientas; al infierno del sulfuro de mercurio.

HACIA EL INFIERNO ROJO DEL CINABRIO

Nos hubiera gustado, pero tampoco estaba mal el descenso por el pozo de San Teodoro, que es el centro de la circunferencia de veinticinco kilómetros de subsuelo propiedad del Tesoro Público español.

Han sonado los timbres y nos agarramos a los hierros de la jaula. Nos acompaña el ayudante facultativo de Minas don Antonio Mayoral, y cuando se inicia la bajada, somos dos hombres vivos en el montacargas, con dos lámparas encendidas. Vamos a la última planta, al piso número quince del hormiguero de Almadén, la planta baja de la multiseccional construcción minera; al más hondo infierno de cinabrio, que está a cuatrocientos once metros de avance por el camino del Infierno, con mayúscula, con el que no lograron, hasta ahora comunicación los mineros de Almadén, que a veces dudan de que los olores infernales y el azufre que los gases del sulfuro de mercurio, y de que las cámaras de tormento de Lucifer andan con



Arriba: Cinta de extracción del pozo inclinado. Abajo: Nuestro enviado especial, F. Costa Torro, después de la visita a la quinceava planta de las minas de Almadén

menos aire puro que el que puede respirarse en lo más hondo de ese subsuelo mercurial del que, en nuestro país, se extrae, desde hace más de dos mil años, una incalculable riqueza.

EL VALIENTE TEMBLOR DEL AZOGADO

La jaula desciende entre peñascos contra los que parece querer estrellarnos a cada vaivén. Al pasar la primera galería levantamos las lámparas como un saludo a las luciérnagas que vemos en ráfaga mientras se oye toser a los hombres. Son ellos los que tosen; los caballeros del tra-

bajo mercurial, los del valor casi guerrero, los que pueden convertirse, con suma facilidad, en caballeros mutilados de la mina en el fuelle de los pulmones, en el marfil de los dientes, en el buen funcionamiento de la digestión o en ese temblor del hidrargirismo, el temblor de los azogados, que nada tiene que ver con el miedo sino que es todo lo contrario al temblor de los cobardes.

Pasan a un lado y otro de la jaula de descenso más rocas y peñascos de cinabrio, aumenta la velocidad y las galerías parecen relámpagos de luz y de trabajo, como un soplo repentino de voces en la vertical del pozo. Son catorce galerías las que tenemos que cruzar, pero no llevamos la cuenta, ya nos pararán en la quinceava planta. Pensamos que si se enterrara la torre Eiffel puesta verticalmente sobre lo más profundo de las minas de Almadén le faltarían a la celebre construcción metálica ciento once metros más para poder asomarse a la punta por la superficie. ¡Qué barbaridad! Y hasta esas profundidades descendemos, con el viejo minero señor Mayoral, cogidos fuertemente a los hierros de la pequeña jaula mientras los gases mercuriales ascienden por la chimenea del pozo.

SOLO OCHO DIAS AL MES

Nuestro acompañante nos dice que los mineros de Almadén trabajan solamente ocho jornadas al mes, o sea, dos días por semana y aún estos no seguidos, sino alternos. Trabajan ocho días y cobran el mes entero. Dos días a la semana es lo máximo que se puede resistir el polvillo de cinabrio y los gases mercuriales y aún así muchos mineros deben someterse al cajón eléctrico y a la «playa artificial» de rayos gamma para sudar el mercurio que hace temblar a los azogados, esos enfermos de la mina que el pueblo de Almadén llama «modorros». Pero dejemos esto porque ya se oyen las voces de la última planta y estamos llegando al fin de ese descenso a cuatrocientos once metros de profundidad.

En la planta quinceava se tra-

baja a toda actividad, las vagonetas van y vienen empujadas por hombres medio desnudos, la galería es amplia y bien fortificada; hay charcos de barro junto a las vías y los gases enrarecen un poco el aire. Avanzamos hacia el criadero de San Diego, que es el de mejor ley y el más potente (los pozos de Almadén y los criaderos de mercurio tienen todos nombres de santos, y aquí sí que se puede decir que los santos van al infierno). Ya en la galería de avance vemos los filones de mineral explotados en testero, formando como peldaños de una gran escalera invertida. En lo más avanzado se oye el tableteo de las perforadoras neumáticas, que son bastante más grandes que las que se pueden ver por las calles de una ciudad y necesitan apoyarse en unos soportes para golpear horizontalmente sobre los filones de cinabrio que, a veces, forman grandes fallas que cambian su dirección de una manera casi repentina. En lo más avanzado del criadero de San Diego el aire es casi irrespirable, pero ahí está la avanzadilla de los mineros con su casco reglamentario y la esponja del filtro sobre la boca.

FRENTE A LA «PIEDRA FILOSOFAL»

A diferencia de las minas de carbón y las de pizarra bituminosa, en las explotaciones de cinabrio se puede fumar ya que no hay grisú en las minas mercuriales. Se puede fumar como en las minas de plomo, como en las de sal gema, como en las de oro... pero muy pocas ganas le quedan al minero de cinabrio de echar un cigarrillo en medio de tantos gases venenosos y en el trajín de los avances de galería. Si se apoya en un «hastial», o muro de galería, será para descansar un poco; para toser más libremente y no para que se llenen sus pulmones de humo de tabaco.

Entre las grietas de cinabrio del criadero de San Diego a veces el mercurio se recoge en su forma natural, sin destilar y a puñados que se escapan en mil bolitas. Ese es un lugar único en el mundo, el criadero de mejor ley de la mina más rica de cuantos extraen el sulfuro de mercurio.

Y ante esa maravilla nos quitamos un momento nuestro casco de minero como si, a cuatrocientos once metros de profundidad, y en lugar de la Mancha, estuviéramos contemplando una de las maravillas del mundo.

Luego estuvimos en el criadero de San Pedro, el segundo por su potencia y ley, y en el de San Francisco y también en el de San Nicolás en los que en los avances de galería vimos a heroicos mineros de vanguardia, trabajadores españoles de asalto, hidalgos de esa maravillosa mina manchega que parece inextinguible después de dos mil cuatrocientos años de explotación casi ininterrumpida. Nos han dicho que no hay miedo de que se terminen, por ahora, los filones de Almadén que afloran en una corrida de cincuenta kilómetros de los que, solamente un kilómetro está reconocido en profundidad.

LA CANCION, EN MEDIO DEL GAS

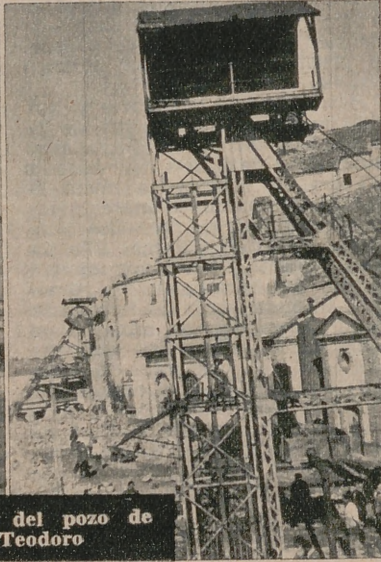
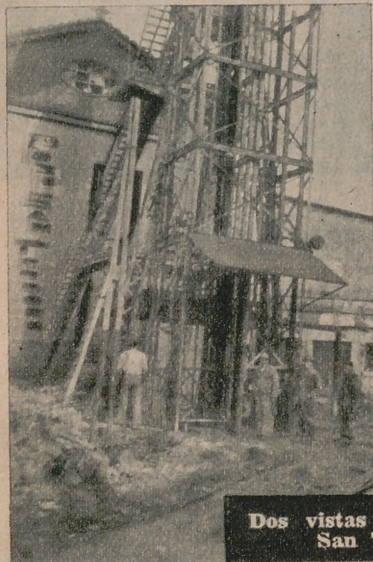
En Almadén casi todos los hombres trabajan en los turnos espaciados de la mina, en cuya más honda entraña saludamos a un procurador de los Tribunales, al sacristán del pueblo, a un tendero de ultramarinos, a un carnicero, al dueño de una peluquería..., a los que los ocho días del mes y el sueldo de la mensualidad íntegra les dan un amplio margen de tiempo para atender a sus vocaciones de superficie. Y vimos también a mineros que realizaban labores de construcción, bóvedas, arcos y paredes para fortificar las galerías, para que no se estrechen los hastiales ni se hunda el techo. Nos dicen que los accidentes son mínimos gracias a estas y otras medidas de seguridad.

Por eso, pese a los gases, se rarean canciones en los avances de galería, entre los bloques de mineral sanguinolento, Canciones interrumpidas por el estruendoso tableteo de las grandes perforadoras de acero que penetran en las grietas como en un acto de fecundación, como en un gesto natural en el que el hombre, armado por la técnica, se identifica íntimamente con la Naturaleza.

Mucho rato pasamos en la quinceava planta de las minas de Almadén. Aquello tenía ambiente de un especial heroísmo, como de una apresurada fortificación en medio de una guerra de gases. Sólo la atmósfera era un poco anti-natural en la profundidad de la mina, pero no el hombre, que estaba casi en estado de naturaleza, y como en una comunión emocionante con la Naturaleza misma.

CERCADOS POR LAS MURALLAS

Vistos los cuatro criaderos de San Diego, San Pedro, San Francisco y San Nicolás, orientados en distintas direcciones volvimos a la galería principal y de ella a la jaula del montacargas. Se dieron los cuatro toques con los que se indica a la sala de cables que van a subir personas, y comenzamos la ascensión entre el relampagueo sucesivo de las catorce galerías extendidas sobre nuestras cabezas.



Dos vistas del pozo de San Teodoro

El aire libre después de más de una hora en la atmósfera del cinabrio, se saborea como un postre. Así nos lo pareció el primer aire de la bocamina, cuando se hizo la luz.

Estamos en el cerco de San Teodoro y de él nos dirigimos al de Buitrones donde están instalados los hornos de destilación. Las minas de mercurio están siempre cercadas por murallas, por el elevado precio de la materia extraída. Nos muestran en el suelo un gran bloque de cuarcitas impregnadas de cinabrio y quedamos asustados de las cifras que nos dicen como peso y como precio en miles de pesetas. No nos extraña que haya tanta vigilancia en los cercos de Almadén y de que, a la salida de los trabajadores, se realicen cacheos.

Las cuarcitas de cinabrio son desmenuzadas en trozos pequeños. El mineral pasa de las tolvas a los hornos de destilación que, en Almadén, llevan nombres de distinguidos ingenieros de Minas. Y de esos hornos de destilación el mercurio pasa, por tuberías subterráneas a unas cajas barométricas que registran lo producido en cada uno de los hornos. De ahí va a unos depósitos de reserva de los que se cogerá en las cantidades que sean precisas para llenar los frascos vale alrededor de diez litros y medio de capacidad y treinta y cuatro kilos y medio de peso. Cada uno de esos frascos vale alrededor de diez mil pesetas y están soldados con tapón de rosca metálico. Los frascos tienen una capacidad algo mayor de los dos litros y medio para que quede un espacio libre y el mercurio pueda oscilar libremente sin que rompa, en su extraordinaria presión, las paredes del recipiente.

LAS MANOS, EN LA MASA

En los depósitos de mercurio, grandes como lavaderos, nos cuentan que algún visitante quiso sentarse en el metal y hasta hacer fácilmente «la plancha». La cosa no tiene más peligro que el de que la visita pueda llevarse mercurio en los bolsillos, descuidadamente, hasta la vigilancia de la entrada y salida del «cerco». Pero las sustracciones del producto son rarísimas en los cercos de Almadén, de los que está prohibido sacar no solamente cualquier cantidad de mercurio, por pequeña que sea sino también los trozos de cinabrio que los habitantes del pueblo desean para labrarlos a cicel y hacer con ese mineral rojizo y plateado pisapapeles y escribanías.

Nosotros nos contentamos con coger a puñados el mercurio del depósito y ver cómo se escapaba entre los dedos esa masa fría y pesada. Quien no haya tenido más mercurio en su mano que el que pueda salir de un termómetro roto no puede comprender bien la impresión táctil que produce en grandes cantidades; impresión que se cambiará en susto si alguien penetra en el mercurio una mano que lleve sortija de oro o plata.

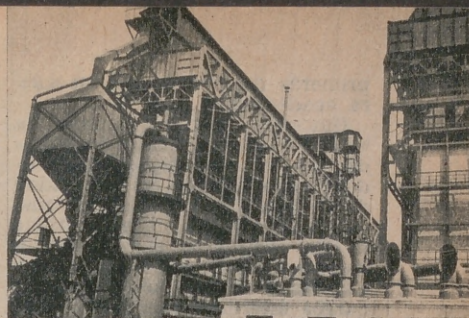
En período de pruebas funcionan en los cercos de Almadén dos hornos de destilación modernísimos capaces de fundir diariamente cincuenta toneladas de

mineral cada uno. Esos hornos, de patente norteamericana, reducen mucho las operaciones y evitan peligros de intoxicación en los trabajos de superficie. No han sido aún inaugurados oficialmente, por lo que no debemos extendernos en muchos detalles. Bastará decir que el quebranto del cinabrio, que se hacía a mano, se realiza, en esos nuevos hornos, mecánicamente, y que la calcinación se produce al paso del mineral por ocho planos diferentes y en temperaturas que sobrepasan los mil grados. Para la combustión utilizan el gas-oil, y las labores se realizan mecánicamente, tanto en lo que se refiere al transporte como a la destilación. Estos gigantescos adelantos de la técnica se unen a la próxima abertura de un nuevo pozo, que se juntará a los existentes de San Teodoro, San Aquilino y San Miguel, destinado, éste último, a la ventilación de galerías.

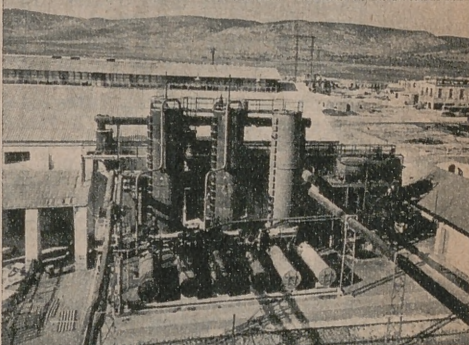
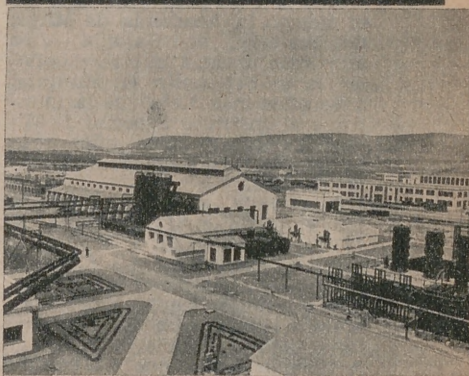
EL MERCADO MUNDIAL MIRA HACIA ESPAÑA

Respecto a las cifras de producción tenemos que decir que no vamos a dar ninguna, porque nos han advertido que cualquier indiscreción por nuestra parte puede influir en el mercado mundial del mercurio, en el que repercute cualquier noticia que salga de Almadén. En estos momentos estamos orgullosos del poder de nuestra pluma, ya que ella puede, según nos han dicho, provocar conmociones en el mercado mundial. Miren ustedes por donde le viene a veces a uno un poder económico con el que no contaba. Una indiscreción, un irse un poco de la pluma, y echamos patas arriba todas las sillas de los espectadores del mercado mundial del mercurio, mientras se escriben nuevas cifras en las pizarras de la alta finanza mundial y hacemos subir, como en un termómetro, la fiebre de los precios del azogue.

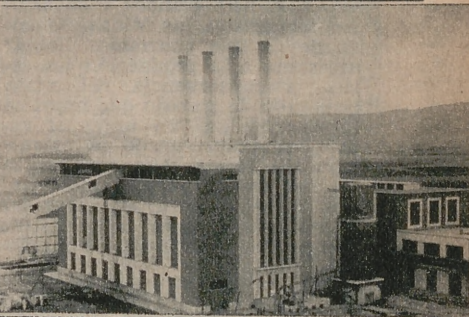
Al cruzar el patio del cerco de Almadén sentimos ese temblor de la pisada sobre la tierra que han codiciado, desde hace más de dos mil años, los iberos, los romanos, los árabes, los Függer (banqueros de Carlos V), los Rothschild... desde que los criaderos de mercurio se descubrieron entre esas colinas roqueras de la antigua Sisapo, en la Turdetania romana, en esos campos de «El Madén» o de la mina, tierras de «Hins-Almadén», que formaron parte después del Campo de Calatrava, defendido a sangre y rezo por guerreros de tonsura, mitad monjes, mitad soldados, guardadores de la «piedra filosofal» de nuestro medio. Y al temblor de la pisada sobre la tierra que cubre la mina más antigua de cuantas están hoy en explotación en el mundo se juntó la emoción de unas palabras oídas a un viejo y tembloroso minero desdentado: «Están pintando la Academia» Emoción, porque la Academia era nada menos que la antigua Escuela de Minas, la primera, la «Casa Academia» de los «matemáticos»; la del más antiguo heroísmo en la minería española; la pequeña Escuela Minera de pueblo que formó técnicos para dos mundos, para Europa y para América.



Vista de las dos baterías de hornos de destilación



Instalaciones de la fábrica de sulfato amónico



La central térmica de 50.000 kilovatios

ANTIGUEDAD Y POESIA EN LA CASA DE LOS «MATEMATICOS»

«Están pintando la Academia.» Pero no solamente vimos que se han pintado paredes y se acicalaron las viejas aulas de la «casa madre» de la calle de Ruiz Ayllón en el pueblo de Almadén, sino que hasta nos pareció que estrenaba galones nuevos el bedel de aquella casa, don Manuel Montes, en espera de que llegase el emocionante acto conmemorativo en el que la plana mayor de los ingenieros de Minas españoles honran a la antigüedad de la Escuela especial de minería más vetusta de España y una de las

primeras del mundo por su sole-
ra académica.

Hay que descubrirse ante la
vieja Escuela de Minas de Almadén
que, en su antigüedad, ha sido
la simiente de las de ciudad
de Méjico, Lima y Madrid, ade-
más de ser hoy el más venerable
de los centros de enseñanza entre
los varios que se dedican en
España a la formación de esos
cargos intermedios entre el inge-
niero y los trabajadores, que son
los auxiliares facultativos de
Minas.

Sólo son un poco anteriores en
el tiempo la Academia de Minas
de Freiberg, en Sajonia, diez
años más antigua que la española;
la de Schennitz, en Hungría,
siete años más vieja que la nues-
tra, y el Instituto Especial de Mi-
nas de Rusia, cinco años más
antiguo que la Escuela de Minas
de Almadén.

Esta vieja Escuela de Minas
fue fundada el 14 de julio de
1777, reinando Carlos III, y su
primer director fue el ingeniero
alemán don Enrique Stor, al que,
años después, siguió don Juan
Martin Hoppensack. En 1783 fue
terminado el edificio de la «Casa
Académica», en el que los pensio-
nados recibían doce reales diarios
para su manutención, los
gastos de viaje y los cordones de
cadete del regimiento de la Co-
rona de Nueva España, para es-
tímulo de la carrera. Antes que
ingresar en la primitiva Escuela
de Minas tenían que haber cursado
matemáticas, razón por la
cual se les llamaba matemáticos.

NUEVOS METODOS DE EXTRACCION

En 1835 se dispone el traslado
de la Escuela a Madrid y queda
la de Almadén con el carácter
de Escuela práctica para la for-
mación de auxiliares facultativos
de Minas. Carácter que desde en-
tonces ha conservado.

Al acercarse el final del si-
glo XIX hay grandes innovacio-
nes técnicas en las Minas. Se sal-
ta de lo que podríamos llamar
artesanía a la producción «en se-
rie», a consecuencia del ritmo
acelerado de trabajo que imprime
la electricidad. Ya antes el va-
por había apresurado la extrac-
ción de zafra, que pasaban a
talleres más o menos motoriza-
dos. En el laboreo, el compresor
impulsará después al martillo
neumático, cambiando el proble-

ma del ataque a la roca, mien-
tras las cribas de separación de
densidades, las mesas vibrato-
rias de clasificación de menudos,
los lavaderos automáticos, las
cintas de conducción... iban a in-
crementar las producciones, que
hoy alcanzan cifras con las que
hace un siglo nadie hubiera so-
ñado.

Por sentimental y conmemora-
tivo que sea el acto que la pla-
na mayor del Cuerpo de Inge-
nieros de Minas celebra en la
vieja «casa madre» de Almadén,
ello no quiere decir que nuestros
técnicos de Minas, ni ahora en
el ciento setenta y cinco aniversa-
rio de la creación del Cuerpo,
se contenten, solamente, con mi-
rar para atrás. Las sesiones cien-
tíficas celebradas en Madrid; la
magnífica Exposición Técnica
Minero-Metalúrgica; la visita a
las modernísimas instalaciones
del complejo industrial que des-
tila pizarra bituminosa en Puer-
tollano... son actos que indican
que los ingenieros de Minas hon-
ran la memoria de su vieja Es-
cuela de Almadén, con la vista
puesta también en el futuro de
la minería española.

UN CONCIERTO MUSI- CAL HECHO MAQUINA

Después de Almadén, adelan-
tándonos un poco en el itinerario
que van a seguir las visitas que
van a realizar los ingenieros de
Minas, dentro de los actos con-
memorativos, estuvimos también
en Puertollano.

Lo que era, hace muy pocos
años, un campo de lagartos tum-
bados de panza al sol, cuenta
ahora con el más avanzado y bello
complejo industrial que, hasta
ahora, hemos visto. El esta-
blecimiento que, en Puertollano,
destila la pizarra bituminosa, es
un concierto musical hecho tol-
vas, castilletes, depósitos, calde-
ras, hornos de destilación... pro-
ductos intermedios y productos
terminados.

La pizarra asciende vertical
por el montacargas del moderno
pozo «Calvo Sotelo» hasta lo al-
to de su castillete, para caer en
cascada sobre la gran tolva de
cemento, que la distribuye a los
vagones del transporte ferrovia-
rio. Los vagones, ya en la fábrica,
se abren por los lados para
dejar caer la pizarra, que será
distribuida mecánicamente en
los «silos», de los que pasará,

también por medios mecánicos, a
las instalaciones de destilación.
Mientras esto ocurre, la cadena
sin fin del pozo inclinada sube
ininterrumpidamente grandes
cantidades de pizarra bituminosa.

La pizarra es sometida a la
destilación seca en un proceso pa-
recido al de la hulla para obte-
ner el gas del alumbrado. De la
pizarra se obtiene gas, del que,
por diferentes lavados, se extraen
aguas amoniacaes resultantes de
este lavado, y de las que se sa-
ca sulfato amónico, mientras la
gasolina es agregada al aceite de
pizarra para su hidrogenación
posterior.

LA VISITA AL PASADO Y FUTURO DE UNA TEC- NICA

El aceite hidrogenado se frac-
ciona, a presión normal, en sus
componentes, gasolina, keroseno
y gas-oil, que son productos ter-
minados, mientras que del acei-
te que queda se obtiene parafina
por medio de un disolvente.
La parafina es separada por un
proceso de filtro, mientras los
aceites lubricantes quedan mez-
clados a la sustancia que se em-
pleó para la disolución: materia
que será destilada sucesivamen-
te hasta obtener distintos tipos
de aceites, ligero, medio y pesa-
do, que son productos termina-
dos.

De la pizarra bituminosa ex-
traída de los pozos «Calvo Sote-
lo», el pozo inclinado y el del
Este, se obtiene gasolina, kerose-
no, gas-oil, aceite para transfor-
mador, aceites ligeros, aceite pa-
ra máquinas, aceites para auto-
móviles, parafina dura y sulfato
amónico, nitro-cal-amón y ácido
nitríco.

Es un prodigio de la técnica
moderna como antes lo fué de
la inquebrantable fe en que se-
rían resueltas numerosas dificul-
tades hasta hacer realidad este
proyecto gigantesco.

Es muy curioso, pero en la
misma provincia, en la misma zo-
na de la Mancha, en ese Cam-
po de Calatrava, el alto mando
de los ingenieros de Minas espa-
ñoles visita, en una distancia
aproximada de sesenta kilóme-
tros, la mina más antigua del
mundo entre cuantas están ac-
tualmente en explotación; su
vieja Escuela de Almadén y los
modernísimos pozos de tracción
continúa que la Empresa Nacio-
nal «Calvo Sotelo» ha estableci-
do en la cuenca minera de Puer-
tollano para la destilación de la
pizarra bituminosa. El pasado
didáctico de nuestra ingeniería
de Minas, la gloria de nuestra
Historia minera, y la más mo-
derna actualidad encaminada a
nuestra liberación económica. La
visita a ese futuro que el esfuer-
zo de los ingenieros de Minas
ayuda a forjar para la Patria,
junto a esos mineros del mercurio,
del carbón y la pizarra bitu-
minosa, a los que hemos visto
subir hacia arriba el material
necesario para la continua as-
censión del espíritu y la econo-
mía de España.

Empresa del futuro, a la que
se dirige la celebración conme-
morativa del ciento setenta y cin-
co aniversario del Cuerpo espa-
ñol de Ingenieros de Minas.

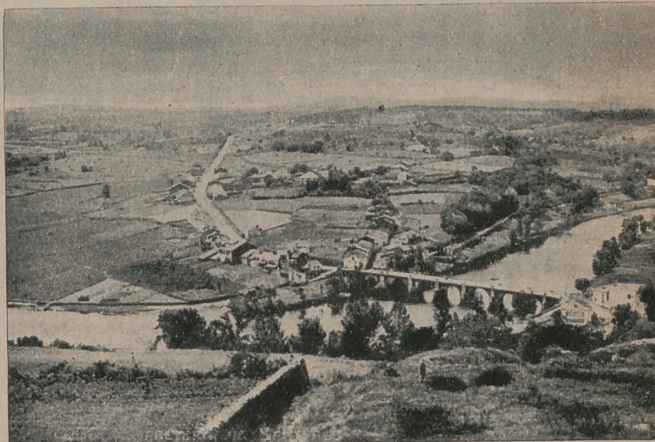


LUGO,

POTENCIA INDUSTRIAL



El paisaje urbano y el paisaje rural de Lugo ofrecen perspectivas tan gratas como estas que vemos en las fotografías



Su extraordinaria riqueza ganadera, base de una gigantesca factoría que dará ocupación a 1.500 personas

La ciudad, en medio siglo, casi ha duplicado la población

DE Lugo nos llega ahora el mensaje. Es uno más: En aquella provincia está en marcha un plan grandioso, capaz de estabilizar su economía y de poner a los campesinos fuera de los vaivenes de un mercado sin organizar. La riqueza pecuaria luguesa podrá ser aprovechada en el futuro exhaustivamente, y, además, que es lo que importa, de tal manera que sean los que directamente trabajan en los prados y en los establos los que más se beneficien con la novedad. Se trata, simplemente, de una de tantas factorías que van creciendo sobre la superficie de España desde que en 1939 comenzó la recuperación moral y material de nuestro país. Esta obra, como sus hermanas, ha sido proyectada con sentido nacional. La provincia luguesa se verá fortalecida con ella; pero también se han de notar sus saludables consecuencias en el equilibrio social de todas las regiones. Porque la estrategia es buena para la guerra y para la paz. El plan Badajoz y las fábricas de Avilés, los regadíos de Aragón o el aprovechamiento completo de las riquezas del Pirineo, pertenecen todos a un proyecto orgánico de resurgimiento. El tiempo, por fuerza, cuenta en él. Mas según van los años pasando, se nota la presencia de lo que queda hecho atrás. En esta relación de objetivos logrados y por cubrir, Lugo es hoy la provincia de turno.

CUANDO LUGO NO ERA PROVINCIA ESPAÑOLA

No hay que mirar demasiado atrás para recordar los tiempos

en que Lugo y su provincia eran buena tierra para los caciques. Cuentan que en uno de aquellos Parlamentos que nuestra Patria padeció, un orador fué interrumpido cuando engoladamente decía: «En las cuarenta y nueve provincias que tiene España...» El interruptor—según el dicho—se limitó a aclarar con sorna: «Perdón, señor diputado, serán cuarenta y ocho. La otra, Lugo, es de Pepe Benito».

La historia, si no es cierta, lo parece. Claro que no solamente Lugo padecía el mal. Por todos los rincones de España ferrocarriles de trazado absurdo o carreteras desviadas de su lógico trayecto, testimonian la codicia de la grey caciquil. Pero Lugo, que es lo que ahora nos importa, sufrió en su más exacerbada versión de enfermedad. Entre tanto, la ciudad mal vivía encerrada en su cinturón de piedra, y las enciclopedias y estadísticas señalaban como industrias importantes la fabricación de bujías o de agua de seltz.

TIERRA DE MONTES Y PRADOS

No es novedad decir que la riqueza luguesa nace principalmente de su ganadería y productos derivados. También la agricultura, complemento de la explotación pecuaria, ayuda a vivir. Lugo es de las provincias que abastecen a España de víveres. Por sus mesetas y sus llanos—entre robleadas, castañares y carballeiras—el trigo, la patata, el centeno y el maíz, por un lado, y las especies animales más preciadas por su carne; por otro, dan con su abundancia y



Palacio Municipal de Lugo

buena clase exacta noticia de pujanza y laboriosidad. Allá, junto a Villalba, en tierra de Montes, se hacen los mejores quecos de Galicia, los sabrosos quesos de San Simón. Nombres gloriosos y evocadores—Samos, Monforte, Mondoñedo...—suenan en la toponimia provincial. Haría falta una mirada tan honda y amplia como la de la Virgen de los Ojos Grandes para recoger todo lo hermoso que Lugo y su provincia guarda dentro de sí.



Una moderna calle lucense



El palacio de Velarde

**DE LA GUERRA PARA
ACA EL CAMPESINO VI-
VE MEJOR**

Tampoco es hecho nuevo, ni limitado únicamente a la provincia luguesa, el que haya crecido el nivel de vida de los labriegos de la guerra para acá. Si se tiene en cuenta, por ejemplo, que la producción de patatas se eleva a unos quince mil vagones—de diez toneladas cada uno—al año, se verá que a poco que se revalorizaran los productos del campo las consecuencias se habían de notar. La emigración, como por arte de magia, ha disminuido. Los núcleos rurales más apartados disponen de fluido eléctrico, y con su ayuda nacen industrias de carácter local y comarcal. Infinidad de casas nuevas, de atractiva traza, han nacido al borde de las viejas carreteras remozadas y de las nuevas con que la Diputación y los Municipios han perfeccionado la red de comunicaciones. Hoy el campo lugrés presenta, sin hipérbolo, una

faz diametralmente opuesta a la de unos cuantos lustros atrás: Ni un pueblo sin «auto» de línea, ni una villa sin cine, ni una casa sin radio, ni una mocita sin «plexiglás» o trinchera.

**EN LA CAPITAL PRON-
TO HABRA UN MATADE-
RO GIGANTESCO**

Si las cosas van bien, también pueden ir mejor. Es cuestión de ganas de trabajar en la gente y de ganas de que se trabaje por parte de los que mandan. Como las dos circunstancias se dan, no tiene nada de extraño que Lugo—la capital del Santísimo Sacramento y de las murallas romanas—esté a punto de convertirse en un importante núcleo industrial. En la ganadería se basa el proyecto en marcha. Se trata de construir un gigantesco matadero con frigoríficos e industrias auxiliares anejas, destinado a conseguir que no salga una res viva de la provincia. La carne de Lugo llegará a los centros de consumo industrializada. Los cueros darán motivo para importantes centros de curtición. La fabricación local de colas aumentará. Embutidos, conservas y todo lo que dan de sí los cuadrúpedos comestibles aumentarán en calidad y en cantidad. El campesino podrá verse libre de manobras interesadas. Porque el matadero, con sus almacenes, será capaz de hacer frente a cuantas situaciones aparezcan. Y la seguridad económica será un factor fundamental en el perfeccionamiento de las técnicas de trabajo rural.

**PEQUEÑO INVENTARIO
DE LA GANADERIA
LUGUESA**

Para comprender la importancia que los nuevos mataderos han de tener y la necesidad que de ellos se sentía, no queda más remedio que acudir a las estadísticas. La cosa vale la pena. Porque los números prueban que no se trata de una aventura, sino de un buen negocio que a todos va a beneficiar.

A esto han de añadirse más de trescientas veinte mil ovejas, cuatrocientos treinta y cuatro mil puercos, ciento treinta mil cabras y más de un millón de aves de corral. Estas cifras, que vap redondeadas, han sufrido aumentos considerables con posterioridad.

El campesino gallego exige de su ganado fuerza, carne y leche. Las razas autóctonas, sometidas a una rigurosa acción de mejora zootécnica, son las que mejores condiciones de aclimatación reúnen, y, consiguientemente, son más notables sus rendimientos. Presentes están en todos los éxitos alcanzados por la ganadería lucense, y en especial por la vacu- na, en las Ferias del Campo ce-

lebradas en Madrid y en otros certámenes.

**LA TECNICA PECUARIA
GANA TERRENO**

El hombre rural del país, indiferente hasta hace poco a las directrices técnicas, por hallarse aferrado a su primario rutinari- mo, va entrando por el aro al contrastar los resultados. A los centros de inseminación artificial de Lugo y a los inaugurados hace un año en Sarria, Villalba, Monforte y otras localidades por el director general de Ganadería, acude ya sin esos resabios ancestrales. La creación de numerosas granjas avícolas va mejorando, asimismo, las condiciones y cuan- tía de su producción.

Unos cursillos de orientación agropecuaria que, en los períodos de vacaciones escolares, se celebran en la capital para maestros nacionales del medio rural, va contribuyendo, igualmente, a disipar los recelos del agricultor-ganadero, ocupación mixta en que se hallan ubicados, prácticamen- te, todos los pobladores de la hermosa campiña luguesa.

Es decir, que, paulatinamente, se van alcanzando estos obje- tivos:

Lograr que las reses tengan más peso.

Practicar la inseminación arti- ficial.

Industrialización de los bóvidos, cerdos y aves de corral en las zo- nas productoras.

UN TOQUE DE ATENCION

En las ferias de San Froilán, que en la primera quincena del mes de octubre se celebran en Lugo, los ganaderos han acusado el golpe contundente: el «crack» del ganado mular de labor.

Este ganado, que en las ferias citadas de 1952 se mercó alrede- dor de las quince mil pesetas ca- beza, ha descendido verticalmen- te en el año en curso, a mil quin- tientos pesetas. Se ha aducido como explicación más convincente que la mecanización progresiva de las Castillas—para las cuales se vendía en su mayoría—va de- cartando el ganado de trabajo, y como esto, indudablemente, es así, y a su meta—años más años menos—no se tardará en llegar, se impone, como inevitable, la in- dustrialización de las especies cárnicas para compensar y supe- rar aquel déficit de mercados.

En otras especies, los descensos no han sido tan acentuados, sino más bien motivados por la ten- dencia a la normalización.

Pero el toque de atención ha motivado una mayor simpatía del campesino para la ingente factoría que el I. N. I. y el capi- tal privado están edificando, so- bre 180.000 metros cuadrados, en- tre la línea del ferrocarril del

Norte y la carretera Madrid-La Coruña, casi enfrente del campo de fútbol.

**EL GRAN MATADE-
RO FRIGORIFICO**

El frigorífico lucense será uno de los mayores y de los más eficientes del mundo. Cuando entre en plena actividad, 1.500 personas tendrán trabajo en él.

Hacia fines de 1954 se piensa dar término al edificio principal, de cuatro plantas, compuesto de dos cuerpos: uno destinado a matadero, capaz de sacrificar hasta 600 reses vacunas al día, y el otro, gigantesco frigorífico, destinado a la conservación de carnes, huevos y otros productos de origen animal.

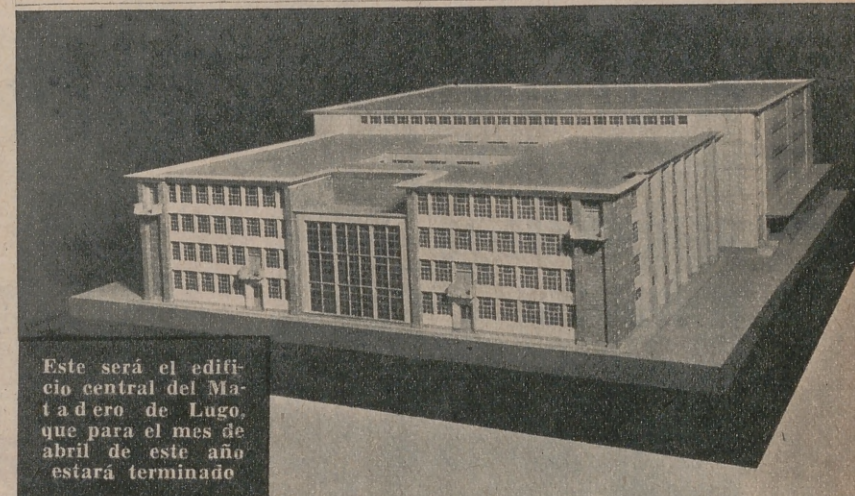
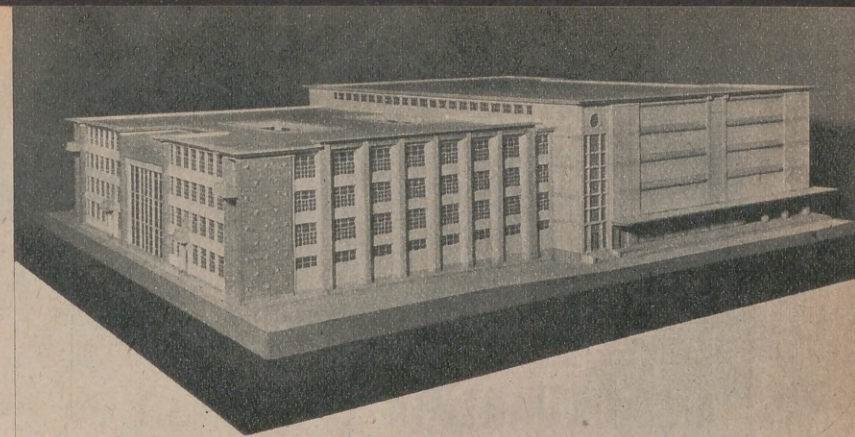
Las obras, que dieron comien- zo hace ocho meses, ocupan, en diversos turnos, a casi medio millar de obreros, que, por las no- ches, prosiguen su actividad a la luz de potentes reflectores. La construcción de la ciclópea plan- ta industrial ha solucionado virtualmente el paro de trabajadores de la construcción.

«La factoría, además del edifi- cio citado—nos explica el ingenie- ro director de las obras, señor Ro- dríguez Paradinas—, comprenderá otros siete pabellones: oficinas, comedores y vestuarios, taller y garaje, almacenes generales, es- tablos, fábrica de curtidos y ma- tadero sanitario, al cual serán destinadas toda suerte de reses decomisadas, cuyo sacrificio se hará independiente del de las demás.»

El matadero, que forma parte de la red frigorífica nacional proyectada por el Instituto Na- cional de Industria, es de tipo americano y el mayor de Europa. De sus características sólo existe otro en el Continente, en Fran- cia. «Tipo americano» quiere decir el mismo que los instalados en Chicago y otras grandes ur- bes fabriles de allende el Atlán- tico; esto es, que los sacrificios del ganado dan comienzo en la planta superior del matadero y va descendiendo, por gravedad, en las sucesivas fases del labo- reo. En los mataderos «clásicos», estas fases se desarrollan «horiz- ontalmente», pasando de sección a sección en la misma planta.

Se han removido 130.000 metros cúbicos de tierra y se han inver- tido, hasta ahora, 350 toneladas de hierro y 2.000 de cemento. En los muros de contención, de man- postería, 10.000 metros cúbicos han sido ya construidos.

La «Ciudad-Matadero industrial de la F. R. I. G. S. A.» tiene más de dos kilómetros de calles espa- ciosas, que serán bordeadas por 600 árboles. Habrá una zona re- sidencial para técnicos, emplea- dos y obreros, que se extenderá



Este será el edifi- cio central del Ma- tadero de Lugo, que para el mes de abril de este año estará terminado

de la plazoleta central a la ca- rretera de La Coruña.

CIFRAS DE PRODUCCION

De las 75.000 toneladas anua- les en que se calcula la produc- ción total de carnes de vacuno en España corresponden a Galicia 30.000. Pues bien: de estas 30.000, F. R. I. G. S. A. enviará a los grandes mercados de consumo —Madrid y Barcelona principal- mente—14.500 toneladas.

La capacidad diaria de sacrifi- cio del matadero será de 400 ca- bezas de bóvidos, ampliables, co- mo consignamos, hasta 600; ci- frándose en 3.600 toneladas anua- les la de lanar y cabrío, y la de aves, en 6.000. En la parte del frigorífico destinada a este fin podrán albergarse cuatro millones de docenas de huevos cada año.

La industria para la adquisi- ción de ganado en Galicia con- tará con una flota de cuarenta grandes camiones «Pegasco».

El volumen de las obras cen- tratadas asciende a 72.300.000 pe- setas, incluidos los importantísi- mos capítulos de maquinaria del matadero frigorífico. El capital social está integrado por aporta- ción del I. N. I., en el 51 por 100, y particulares que han entre- visto la impor- tancia de la obra para el porvenir de su ciudad.

**FUTURO DE
LUGO**

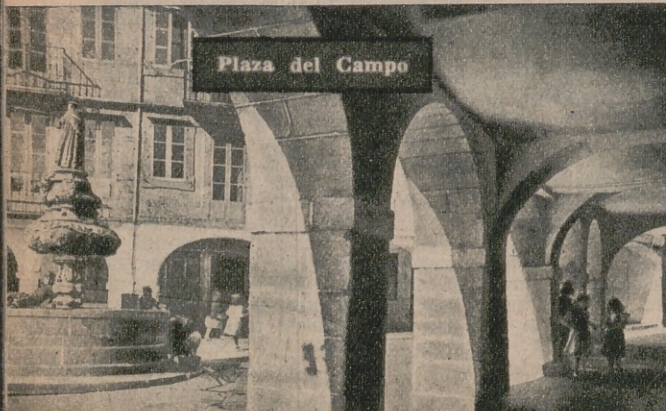
Lugo, en me- dio siglo, ha du- plicado casi su población: de 26.900 habitan- tes a principios

de siglo ha pasado, en 1950, a 55.355, de los cuales correspon- dían al casco urbano unas 42.000 almas. El crecimiento, pues, ha sido prodigioso, en especial en la última década, de 1940 a 1950, en la cual el censo municipal cambió de 42.800 a los citados 55.355, cifra hoy ya rebasada en más de un millar de personas.

La abundancia de dinero del campesino se tradujo en la ciu- dad en un incremento considera- ble del comercio, que se moder- nizó y amplió hasta límites in- verosímiles. Al normalizarse la si- tuación, el comercio temió una crisis y muchos creyeron en la pérdida de sus ganancias, pero entonces la ciudad, decididamen- te, escogió el rumbo industrial como base de su auge y elevación del nivel de vida.

Sería ocioso el relatar aquí la multitud de factorías surgidas al calor de esta época rica en ini- ciativas—entre ellas una cárnica privada, nacida en 1941, que da ocupación a unos tres centenares de personas—y que, junto con la creación de la gigantesca ins- talación de la F. R. I. G. S. A. y las subsidiarias que lógicamen- te dará lugar para el tratamiento de los derivados, permiten supo- ner con fundamento un futuro venturoso, al que Lugo, por su constancia y apego al trabajo, ha sabido hacerse acreedor.

Rafael VILASECA
y F. DUBERT



Plaza del Campo



Murallas romanas



Plaza de España

PEDRO DE LORENZO, NOVELISTA A CONTRAPELO

"A LOS CUARENTA AÑOS DEJARE DE ESCRIBIR NOVELAS; ENTONCES ME DEDICARE AL PERIODISMO"

"AZORIN ES UN PLASTICO, MI ESTILO, EN CAMBIO, ES PROFUNDAMENTE ANALITICO"

SUELEN tener los novelistas de hoy cierta tendencia a olvidar a las personas decentes en sus relatos. La crudeza, la tortuosidad moral, expresadas con el mayor desgarramiento tolerado, abundan más en los escritos que en el habitual acontecer. El idioma casi siempre sale tan mal parado como la buena educación. Porque el prurito por la frase fuerte, grosera incluso, con incorrecciones de dos filos, se convierte e incontinencia con demasiada facilidad. Pedro de Lorenzo en esto va a contrapelo. No es que sus novelas sean inocuas o pasadas de tiempo. Usa personajes tremendamente humanos, angustiados y aun perversos si se terciá. Pero hay en su manera de estudiar la vida una atención especial por el análisis y la vivisección moral, expresadas luego en una prieta fusión de perspectivas. Pedro de Lorenzo se complace mostrando ante el público psicologías acabadas. Con cierta morosidad, con marcado regusto en el matiz. Mas esto sólo puede lograrse a través de una prosa totalmente dominada, transparente y flexible. En su singular estilo —jese ritmo hipnotizador que sabe imprimírle!—e tá la clave de su manera de sentir el relato. Hombre menudo de cuerpo—la frente espaciosa, los ojos brillantes y despejados, el rostro infantil—, ha sabido sorber de su tie-



rra extremeña una fuerza ancestral. Luego, sueltas las amarras, cuando se siente fuerte se lanza a ver el mundo con mirada ambiciosa, de ser en perenne sorpresa, que mide y medita cuanto percibe; para verterlo, rehecho, organizado, a través de una prosa cristalina y sin coetánea comparación.

Pedro de Lorenzo tiene tras de sí treinta y siete años de vida densa, bien gastada, unida siempre a las vicisitudes de su generación. Periodista fervoroso, ahora ha publicado un libro antológico, «Fantasía en la plazuela», donde se salvan de la fosa común que es un diario unos cuantos artículos, reportajes y semblanzas, que merecen, sin duda, perdurar. Al otro lado del puente de Segovia tiene su casa, en un edificio nuevo pegado a un cine encristalado y recién hecho. Un Madrid reluciente y optimista se ve desde sus ventanas. Son las cinco de la tarde. La calle tiembla de frío. Así, se agradece más el calorillo hogareño de la mesa-camilla.

UN DESEO PROXIMO A SER CUMPLIDO

Dios sabe por qué, lo primero que salió a conversación fué el futuro. Pedro de Lorenzo es calculador y ya tiene prevista su tarea próxima.

PEDRO DE LORENZO.—Yo tomo la literatura como medio para el periodismo. Pienso terminar a los cuarenta años de escribir mis novelas. Luego mi tarea será un diario sin fechas—Propósitos quizá sea su título—, y en él hablaré solamente de temas periodísticos.

SALCEDO.—¿Piensa buscar un lugar de retiro?

PEDRO DE LORENZO.—También lo tengo previsto. Lo que gano con los libros lo guardo en el Banco para comprarme una casita en Extremadura, junto a la raya con Portugal.

CARANTONA.—¿No le duele esa renuncia cuando llega a su momento de plenitud?

PEDRO DE LORENZO.—No trata de renunciar, sino de afirmar. Yo considero la literatura

como medio y no como fin. En don Juan Pujol tiene usted un ejemplo bien claro: hizo libros de versos, fué luego cronista literario en la guerra del catorce... Ahora se complace en ser solamente aquello que le pedía su vocación.

(La conversación, por sí sola, regresa en el tiempo.)

SALCEDO.—¿No cree usted que el periodismo puede perjudicar a muchas vocaciones literarias?

PEDRO DE LORENZO.—Probablemente sí. Toda una generación, que podríamos llamar algo vagamente «de anteguerra», se frustró alrededor de los periódicos. Los del 98 en esto se salvaron. Entonces un artículo ni siquiera merecía ser pagado. Ramón Gómez de la Serna cuenta en su *Automoribundia* cómo estuvo mandando años enteros artículos a *El Sol* sin recibir la menor remuneración. Anteriormente era peor. Luego, en cambio, se podía vivir del periodismo.

(Pedro de Lorenzo fuma calmadamente. Va vestido con cierta arbitrariedad: chaqueta de pana, jersey con cuello alto, gorra de visera... En cuanto a ésta, se cree obligado a justificarse: «Un catarró me obliga a cubrirme.» Tiene aire de chaval, pillito y algo golfo. Sólo las bolsas que se marcan bajo sus ojos dan indicio de mayor edad.)

AZORIN Y LOS PUROS. O DIFERENCIAS ENTRE EL ANALISIS Y LA PLASTICA

Tenia que salir, por fuerza, el nombre de Azorin. Entre otras razones, porque resulta fácil asimilar, sin más, la pulcritud estilística de Pedro de Lorenzo a la primorosa manera de escribir del viejecito de Monóvar.

CARANTOÑA.—Se le ha llamado a usted muchas veces azoriniano. Aunque esto no sea un insulto grave, tendrá seguramente bastante que puntualizar...

PEDRO DE LORENZO.—Azorin es mi modelo preferido. Pero él, con su maestría, es puramente plástico. Le ocurre lo mismo a Miró y a casi todos los escritores levantinos. Yo soy predominantemente analítico. Huyo de los vocablos inusitados. Azorin, para describir este cigarro hubierá dicho que en su interior está el alma o tirulo, que por fuera le envuelve el capillo y que la punta encendida se llama perilla. (Mientras habla, Pedro de Lorenzo juma con sosiego. El cigarro es un jarachito. Continúa.)

PEDRO DE LORENZO.—Jamás he utilizado los diccionarios. Recuerdo que a poco de salir el Casares, allá por 1942, quiso buscar un sinónimo de tierra. Estaba escribiendo un editorial. Pues bien, ninguna de las palabras reunidas alrededor de la idea tierra me sirvió. Gleba, suelo, por ejemplo, estaban fuera de lugar. La única acepción exacta era tierra. Los diccionarios ideológicos sólo sirven para resolver crucigramas. A mi chico le va muy bien con este consejo.

(En un rincón del cuarto hay un caballete de pintor. Allí Javier, hijo de Pedro de Lorenzo, realiza sus pinturas. Ahora entra con su hermana Esther, una chiquilla sonriente y bonita. Javier



«Fantasia en la plazuela» es el último libro que acaba de publicar Pedro de Lorenzo



Los hijos del novelista tienen una rata blanca amaestrada. La pequeña Esther contempla sin temor el juego del animal. Derecha: Pedro de Lorenzo toma la literatura como medio para el periodismo

trae en el hombro una rata blanca, mansa y juequetona.)

PEDRO DE LORENZO. (Señalando al muchacho.)—Quiere ser astrónomo. Ahora está a punto de hacerse bachiller. Hubo un tiempo en que le creí atraído por las letras. Parece que los números pueden más.

CARANTOÑA.—Si tiene vocación, los dejará.

(Pedro de Lorenzo sonríe. No aparenta importarle de demasiado que su hijo prefiera una cosa a la otra.)

MAS SOBRE EL ESTILO; ESCRIBIR BIEN DA DOLOR

SALCEDO.—¿No cree usted que los escritores de hoy descuidan algo el estilo?

PEDRO DE LORENZO.—En general, sí. Se tiende a la descripción lejana, lo cual es un síntoma de primitivismo. Para levantar a un hombre de una silla, directamente, hacen falta muchos más recursos expresivos.

CARANTOÑA.—Se nota en sus escritos una cuidadosa valoración de la palabra...

PEDRO DE LORENZO. (Como adivinando la pregunta, pero sin perder el sosiego.)—La palabra tiene dos valores: uno, lógico; el otro, emocional. No significa solamente. Lo que la palabra es lleva consigo imágenes anímicas. «Adelfa» vale estéticamente alrededor de sus determinaciones: púrpura, amargor, emplazamiento...

SALCEDO.—¿Qué entiende usted por novela?

PEDRO DE LORENZO.—La novela surge de la concentración del tema por unidad de asunto. Se trata de mover el tema en el tiempo. En Proust todo es, aparentemente, estático. Sin embargo se desplaza a través de sus recuerdos y surge una acción intensa. El gran problema está en expresar lo simultáneo sucesivamente. La sensación es única. El relato, en cambio, ha de ser plurimembre. Un ejemplo excepcional de simultaneidad en la expresión nos lo da Lorca cuando



El novelista en el momento de dedicar su obra a nuestros colaboradores Salcedo y Carantona, autores de esta entrevista



Pedro de Lorenzo en su época de bachiller (1933)

habla del «amarillo trino del canario». En poesía es más fácil resolver esta dificultad.

CARANTONA. — ¿Cuáles son sus costumbres cuando escribe?

PEDRO DE LORENZO. — Trabajo de madrugada. Escribo directamente a máquina. Luego viene otra tarea, dura y enojosa: meter el lápiz para quitar. Aquí está la clave del estilo. Hay que saber suprimir lo superfluo. Esta tarea, ciertamente da dolor.

(Ahora la conversación se centra en un tema bien concreto: en la heptalogía «Los descontentos». Pedro de Lorenzo lleva entre manos una obra que tendrá siete volúmenes.)

UNOS CUADERNOS PULCROS Y ORDENADOS

CARANTONA. — ¿Tiene ya hecho el plan completo de *Los descontentos*?

(Pedro de Lorenzo, antes de responder, busca unos cuadernos pulcros y ordenados. Con ellos abiertos habla.)

PEDRO DE LORENZO. — Aquí tiene el séptimo tomo, *El hombre que desaparece*. Está construido totalmente y determinada su capitulación. Este otro es el proyecto completo de *Alamo arriba*, una novela de niños. Gracias a este cuidado, a tenerlo todo prehecho, puedo escribir directamente a máquina.

(Guarda sus cuadernos. Con seguridad concluye, afirmando:)

PEDRO DE LORENZO. — Ya están en prensa dos volúmenes más: *Alamo arriba* y *Gran café*. Los siete saldrán a su debido tiempo.

SALCEDO. — ¿Son novelas independientes o están ligadas unas a otras?

PEDRO DE LORENZO. — Pueden ser leídas incluso en orden inverso. Pertenecen a una familia de novelas integrada en una unidad superior.

CARANTONA. — ¿Ha escrito alguna vez versos?

PEDRO DE LORENZO. — Jamás. *Tu dulce cuerpo pensado* es un poema en prosa. Aunque de



Pedro de Lorenzo, 1919, ya entonces tenía dispuesta la carretilla para su acarreo de sueños

vez en cuando, como artificio, aparezca algún endecasílabo en mis escritos.

(El lo ha callado. Mas nosotros sabemos que cuando ejercía de abogado puso en verso el Código Civil. Y como lo sabemos, lo decimos.)

«NO ME GUSTA EL CONCEPTO GENERAL RACION»

SALCEDO. — Usted fundó aquel movimiento llamado «Juventud Creadora»; ¿se atreve a hacer un balance de él?

PEDRO DE LORENZO. — El balance sólo podría ser individual,

no como grupo. Antes del 98 se hablaba de personalidades; los escritores no estaban aún agremiados. Fundamentalmente, yo creo que los que militamos en la «Juventud Creadora» no formamos generación.

CARANTONA. — ¿Cuál es su posición frente a los del noventa y ocho?

PEDRO DE LORENZO. — Nosotros no negamos a los del noventa y ocho. Ellos iniciaron la prosa anticastelarina, en especial Baroja y Azorín. Yo prefiero al segundo. Baroja parece en ocasiones redactor de las hojas del calendario.

(Se calla un instante. Luego, como divagando, prosigue:)

PEDRO DE LORENZO. — Me hubiera gustado conocer una novela que prometió hace años don José Ortega y Gasset. Aun no la ha publicado. Su título iba a ser *Susana*. Yo me la supongo como un bosque metálico, como la novela deshumanizada, repleta de sabias enseñanzas...

Y ALGO SOBRE EL TEATRO PARA TERMINAR

SALCEDO. — ¿Le atrae a usted el teatro?

PEDRO DE LORENZO. — El teatro no va dirigido a un individuo, sino a una suma de individuos. Por eso ha de tener un tono medio. Algo por el estilo, más agudizado, ocurre con el cine. El teatro me gustaba como actor. Yo hice papeles en la compañía de Santallana. Salía antes de empezar la función y soltaba un discurso sobre la obra a representar. El público soportaba bien aquello. Se creía que así lo había dispuesto el autor.

(El tiempo ha ido pasando. Ya es noche cerrada. Pedro de Lorenzo—abogado, jefe de Centuria en la Cruzada, periodista de la Escuela (el primer director salido de sus aulas)—nos acompaña hasta la puerta. Luego se quedará en familia, cjeando una Historia Natural plagada de ilustraciones. Cuando ya sea madrugada y los ruidos se hayan apagado, comenzará de nuevo a escribir.)

(Fotos de M. Mora.)

PEDRO DE LORENZO EN 3 ESPEJOS

LA VIDA Y
LA OBRA
DEL
NOVELISTA
A TRAVÉS
DE SU
ESPOSA
E HIJOS



De izquierda a derecha: Francis de la Asunción, esposa y eficaz colaboradora del novelista.—Esther de Lorenzo aparece en esta foto preparada para actuar en una fiesta de fin de curso en el Instituto.—Javier de Lorenzo ya tiene una firme vocación artística: pinta, escribe y amaestra ratas

EL PERSONAJE

PARA escribir de Pedro, sus intimidades, sus pequeñas manías, su personalidad, necesitaría escribir un libro. Más de un amigo nos lo sugirió y alguno hasta insistentemente. Sería un muy curioso libro, ya sé, pero impublicable. Me lo prometo para en su día, cuando los años reposen y los juicios adquieran la perspectiva del tiempo. Pero no se crea que hoy Pedro no tiene historia, y bien apasionante, como para personaje de novela de premio no oficial.

Juntos desde los quince años, hemos vivido y sentido tan diversas esferas, con tan dispar gente, en tantos sitios y peregrinas situaciones, que su vida pasaría de la tragedia auténtica a la pieza más inocente. Puesta a limitarme, quiero hoy destacar dos de sus personalísimas cualidades: el sentido autocrítico y su fabulosa capacidad constructora. Esto, literariamente.

Pedro es la soledad, pero en compañía. Me explico: tiene que sabernos cerca para sentirse él solo, y siempre pone un fondo de radio, que, como no escucha, soporta. Los hijos le son, en el más cabal sentido, compañeros; todos compartimos los temas de que habla; ésta es una casa raiosamente literaturizada. A Pedro no se le puede ir con incidencias domésticas; escucha, al parecer atento, pero sin enterarse de jota, como quien está realmente en la luna. Vive en exclusiva para la literatura. Alguna noche se acercan amigos y compañeros; entonces, hasta la madrugada, se bebe cañac o ginebra. Pedro se transforma en el hombre orgiástico; es su único descanso.

Por la mañana, desde las diez hasta la una, que sale, no hace más que apurarse porque no va a llegar a tiempo, y apurarnos, porque son terribles sus iras; por suerte, despierto se le pasan y ni las recuerda en absoluto. Respecto a su personalidad literaria, sin pasión le calificaría de raro Flaubert español, escritor difícil y que, mal que les pese a ciertos compañeros, es el mejor escritor de esta época; será ridículo, hacia 1990, el silencio con que sistemáticamente «se le reconoce» o las deformaciones con que interesadamente le presentan en el panorama novelístico actual. Emplazo...

Francis DE LA ASUNCION

EL HOMBRE

VEO a mi papá, ante todo, como un joven, jovencísimo. Ama la alegría y el trabajo. Es tan estupendo jugador que no hay quien la gane, ya sea al «futbolín», ya al tute; le gusta el fútbol y lo sigue por radio, emocionado. Se pone a jugar a las horas más disparatadas, como cenando, lo cual desespera a mamá. No está muy a la moda, pero baila como nadie.

Pero lo que más admiro es su memoria; cuando queremos saber una fecha, acudimos a él y jamás pondríamos en duda su certeza.

Me da muchísima rabia que papá sea tan descontento, pues cuando da una conferencia o cuando escribe nunca se le ve satisfecho y empieza a criticarse, y eso que habla muy bien y preciso.

Aunque le gusta recibir montones de cartas y nos trae locos, sobre todo a mi hermano, cada vez que suena el correo, son escasísimas las personas a las que contesta, y entonces hace cartas bellísimas.

Si le pedimos que nos explique un tema de literatura o de política, podemos despedirnos de las demás asignaturas del día siguiente; es seguro que sabremos como nadie la revolución económica y habrá calificación estupenda, pero habremos invertido hora y media y el inglés nos esperará con angustia.

Creo a papá magnífico escritor, que le gusta la familia y que, en fin, estupendamente simpático.

Esther DE LORENZO

EL AUTOR

AMANTE de la soledad, papá trabaja de noche, hasta la aurora. Como Fray Luis de León, compone, pesa y mide todas las palabras. Escribe a máquina, en holandesa, a dos espacios. Jamás se pone a escribir hasta que no tiene la idea clara y precisa de lo que va a decir. El proceso de una obra, cualquier obra, que salga de Pedro de Lorenzo es, según yo veo, el siguiente: hecho el primer original, a mano y en cuadernos cuadrículados, sin grandes preocupaciones, coge el punzón, el lápiz niquelado y corrige, tacha. ¡Nada, sin compasión! Luego, unos meses y a máquina; y de nuevo el punzón; exactamente el estilo. Así muchas veces, porque no queda contento y seguiría corrigiendo y estilizando el mismo libro. Le traen de la imprenta las primeras pruebas y, aunque moderadamente, sigue variando. En las segundas pruebas sólo ya señala pequeñas y escasas faltas; los puntos y comas, siempre.

A mi papá le preocupa hondamente el tiempo. Su deseo es el de estar trabajando en sus libros. Pero ése es su deseo. Las cosas que más le gustan son: Oír música; no se separa jamás de la radio, trabaja oyéndola. Leer, y no tiene tiempo, por lo que se le amontonan los libros nuevos. Y escribir.

Con una memoria impresionante, se acuerda de citas largas, completas y tortuosas. Ahora trabaja en *Alamo arriba*, que saldrá después de *Cuatro de familia*. Toma muchísimo café y sale de casa muy pocas y extraordinarias veces. A mi parecer, es el único novelista que hay actualmente, aunque los críticos le consideren más como literato.

Javier DE LORENZO

BARCELONA

UNA MUSICA QUE
SE INSPIRA EN
ANDALUCIA PARA
SER CANTADA EN
LA CIUDAD CONDAL

LOS CATALANES HAN
CREADO UN CANTE PROPIO



Cualquiera diría que esta escena de la calle Escudillers, de Barcelona pertenece a Sevilla

BARCELONA es la capital de Andalucía. Esta es la realidad si juzgamos al sur de España por lo que de folklórico tiene.

En la Ciudad Condal se baila y canta al compás alegre o quejumbroso de una guitarra tanto o más cuanto pueda hacerse en la tierra madre de esta música.

Según frase de un artista que hace treinta años llegó de Andalucía y que ha hecho de Barcelona escenario de su vida, «el culto al flamenco en Barcelona es cotidiano. No se trata de una forma de expansión en las jergas sabatinas. En las callejuelas próximas al puerto, el flamenco tiene vida propia; ha olvidado su origen andaluz».

FLAMENCO AL ALCANCE DE TODOS

En las bulliciosas ramblas barcelonesas un hombre, con paso lento y la mirada triste, de quien ha de pregonar a sueldo la alegría de otros, es portador de un cartel redactado en cinco idiomas. Este anuncio ambulante

En este fondo, de film neorrealista barcelonés, nació Carmen Amaya

invita a visitar un local donde la «thipical Spanish music» se come en su salsa. Sin embargo, allí, mucho extranjero, mucha pandereta y más pasodoble y cuplé todavía... En las mesas: «whisky», coñac o Coca-Cola. En escena: una versión del flamenco corregida y adaptada a la

mentalidad del turista; una adulteración de lo que es el genuino arte andaluz.

El flamenco artificioso con telón de bandoleros y «toreadores» ha fracasado en Barcelona. El turista en un principio va allí, pero pronto busca estas tascas sin decoración cuya mayor comodidad es el respaldo que ofrece una pared encalada.

LA CIUDAD FLAMENCA

Barcelona tiene sus barrios flamencos. El gran cinturón que la cibe, formado por barriadas obreras, es cuna del cante y baile natural y espontáneo. Es allí donde el chiquillo juega a ser un Antonio, un Escudero o un Marchena, porque lleva en la sangre la fuerza irresistible y hereditaria del flamenco. Canta, baila... y después, con simpático desenfado.



CAPITAL DEL FLAMENCO



Tres escenas que recogen fielmente el ambiente flamenco de los colmados barceloneses. Bailaoras, guitarristas, cantaores, turistas y manzanilla. Así es la Barcelona flamenco

do, pide unas perras. Sans, Hospitalet, La Torrassa..., barrios humildes a los que estos niños dan una nota alegre o triste con sus cantos.

De una de estas barriadas, Somorrostro, salió la que hoy es gran artista Carmen Amaya. Su comienzo artístico fué análogo al de estos niños. Luego, la riqueza de su arte se impuso... y hoy es la incansable viajera que pasea por el mundo el arrebato de la danza española.

En estos arrabales barceloneses, todo amante del flamenco que pertenezca a la raza de bronce se señala una línea de parentesco que le une a Carmen. Quizá lo único que les aproxime sea su irrefrenable afición.

En la ciudad existe un sinnúmero de establecimientos, lujosos unos y humildes otros, donde

el flamenco es cosa cotidiana; salones de fiestas en la parte alta, bares y tabernas diseminados por toda la ciudad, nidos de arte en las inmediaciones del distrito V, academias de danza en la calle Conde de Asalto... Y apretujado por la urbanización antigua, en la calle de Escudillers, se halla el centro vital de la Barcelona flamenco.

ESCUDELLERS, HERMANA DE LA DE SIERPES

Esta pintoresca calle barcelonesa no está en el Barrio Chino. Quien no conozca la ciudad podrá creer que se halla en este tan famoso barrio: sin embargo, no es así, pues aunque se encuentra cerca de él no forma parte del mismo.

La calle es estrecha. El sol difícilmente penetra en ella. Casi

en cada una de sus puertas existe un bar. En él hay siempre un buen número de clientes, con unos vasos de manzanilla entre pecho y espalda. De esta forma surge a cualquier hora del día la euforia, la alegría... el cante.

El aspecto de la calle es multicolor, con tonalidades fuertes. Sus hombres no son los que forman este mundo de la honradez dudosa que, como en todas las grandes ciudades, existe también en Barcelona. Los hay; pero éstos no son los que han dado a la calle este color indefinible que no es oscuro ni bohemio, que no quiere ser andaluz y tampoco es catalán. Escudillers es el barrio cosmopolita de Barcelona; gentes y gentes se cruzan reflejando en el rostro los cromatismos de todas las latitudes, desde la palidez escandinava al betún centroafricano, no faltando casi nunca la peripuesta silueta del liceísta trasnochador. «Smokings», vendedoras de claveles, turistas con atavíos exóticos, uniformes sin galones, marinos... y cante y baile.

LO QUE A LOS TURISTAS NO SE ENSEÑA MUCHAS VECES

En el interior de los establecimientos que existen en las calles adyacentes a Escudillers, bellas camareras, un extraño brillo en los ojos de la clientela, que se hacina junto a un mostrador y música ininterrumpida. La decoración, sencilla, sin sentido de la estética de importación. Sólo unos elementales motivos folklóricos cubiertos de mugre. Entre

Sentados a la entrada de la chabola aparece la familia de la bailarina Amaya



ellos no falta el cartel que costó la vida a Manolete.

Las canciones se suceden con increíble desenfreno. Si uno no tiene el espíritu fácil al milagro gracias a la espuma de la manzanilla, no comprende cómo la garganta humana puede emitir tan desgarradoras notas. Todo el mundo canta, baila o hace palmas. El público es de una heterogeneidad inimaginable: gentes de todas las razas y posiciones sociales. Pero la tarea es común para todos: beber y exteriorizar su alegría.

Aunque se haya gastado la última peseta.

BARCELONA ANTES QUE SEVILLA

En uno de estos establecimientos hemos hablado con el «Maño», guitarrista conocido del flamenco, que lleva muchos años en Barcelona. Con unos «blanquitos» se inicia la conversación, mientras da a sus palabras un fondo de guitarra.

—Barcelona ha creado artistas, es escuela de flamenco. Aquí no existen rencillas entre nosotros y hay compañerismo, que es lo principal para el que empieza.

—¿Cómo se hace el artista en Barcelona?

—El artista, aunque sea andaluz, ha de pasar por Barcelona. De su tierra trae la afición, aquí aprende y luego, cuando llega al punto máximo que su capacidad le permite, se lanza al mundo.

—¿Sólo con afición y escuela barcelonesa puede hacerse el artista?

—Ha de ser, además, ladrón de oído y vista. Manolita de Jerez lo aprendió todo de «las Camisonas». Ha de tener, claro está, unas facultades natas.

—¿El público catalán entiende?

—Es muy bueno. Hay una minoría muy entendida y, en general, todos saben apreciar el arte flamenco. El fabricante don Alberto Puig Paláu es un enamorado del arte flamenco.

—¿En Barcelona se cultiva más este arte que en Sevilla?

—Desde luego.

—¿Ha influido el turismo?

—No. El turismo ha ayudado al falso arte flamenco, que tiene la virtud de adaptarse a las facultades de cada uno.

—¿Existe un género flamenco propiamente catalán?

—Sí; tenemos, entre las muchas manifestaciones que pueden presentar, el garrotín leridano, cuyos mejores intérpretes son los hermanos Parrano. Existe también una rumba que los catalanes han creado ya a la que dan gran expresión. El «tarantan», que se canta sólo en catalán y la «rondeña», que el gitano de aquí ha hecho suya cantándola en un catalán caló. En la zambra los gitanos catalanes tienen superioridad sobre las demás.

—¿El mejor que ha salido de Barcelona?

—Carmen Amaya.

—¿Después?

—Antonio «el Oreja», «el Bu-

fo», Paco «el Mendaño», «el Caliqueño», «el Chatillo», un gitano que hace crujir los huesos cuando canta.

—¿Los mejores que han pasado por Barcelona?

—Pedro Gutiérrez, «el Tate», que llegó en 1939 y no se ha movido ya de la ciudad. A él se debe el ambiente flamenco de Barcelona.

—¿Por qué ha triunfado?

—El flamenco rompe con la monotonía gris de la ciudad, amamantada en el credo del trabajo. Las palmas y la guitarra hacen olvidar el ritmo monótono del telar o de la oficina.

Unos aficionados reclaman la presencia del «Maño». Apura un



«El Maño», pese a su apellido, es uno de los más entendidos en arte andaluz

vaso y se nos va. Empieza a tocar. Pero sus notas se pierden entre las barahunda y vocinglería de los numerosos clientes.

NIDOS DE ARTE, NIDOS DE FLAMENCO

En Barcelona existen varios «nidos de arte», a los que el joven artista va para que el tribunal justo e inapelable que forma el público, le otorgue el doctorado artístico que ha de abrirle las primeras puertas. En uno de estos locales, al habla con uno de los encargados.

—¿El público pide flamenco?

—Sí. Sobre todo desde hace unos años.

—¿Se ofrecen muchos artistas jóvenes?

—Muchísimos. Algunos de ellos hasta con recomendación.

—¿Suben muchos espontáneos?

—Si vemos seriedad en ellos les dejamos. Si no, como es natural, nos excusamos con las mejores razones.

SUSCRIBASE A POESIA ESPAÑOLA

—Entre el público, abundan los catalanes o son andaluces en su mayoría?

—Los hay andaluces y los hay catalanes. Si el flamenco en Barcelona tuviera que vivir de los andaluces exclusivamente no habría llegado a este apoteósico triunfo que ha tenido.

COMO CARMEN AMAYA...

Salimos a la calle. A través de los cristales dos gitanillos tratan, en vano, de ver a los artistas que desfilan por el tablado.

—¿Cantáis vosotros también?

—Sí, señor.

—¿Os gustaría cantar aquí?

—No, porque no sabemos cantar con música.

—¿Cómo?

—Que no sabemos cantar con un piano que nos acompañe.

—¿Dónde cantáis?

—En la calle.

—Después pediréis dinero...

—Sí.

—¿Cómo lo gastáis?

Los dos se miran. Tratan de buscar una contestación. Al último, responden:

—Es para un hermanito que nos ha de nacer dentro de unos días.

La coletilla de siempre.

Uno de ellos, previniendo unas posibles «calatis» (peseta en caló) de los «payos», inicia un extraño canto.

EL EPILOGO DE UNA NOCHE FLAMENCA

Bajamos por Conde de Asalto hacia las ramblas. Por las calles los trasnochadores pasan, serios unas veces, alegres y cantadores otras. De los bares y locales de expansión frívola salen notas de una serrana, un martinete o una seguidilla. Parece como si la música se hubiera inspirado en Andalucía para ser cantada en Barcelona.

Volvemos a Escudillers. Tampoco ahora, pese a lo avanzado de la hora, reina el silencio en esta calle. El jaleo propio del lugar, un grito envuelto entre hábitos de manzanilla, las notas punzantes de un fandango se entremezclan formando un canto alegre y triste; profano y místico; sensual y sentimental, que se eleva rozando los muros de estos estrechos callejones para sumirse en la inmensa oscuridad azul del universo.

Este culto que la fabril Barcelona rinde a la tierra andaluza durará hasta nadie sabe qué hora. Los establecimientos pronto cerrarán. En la rambla de Capuchinos habrá concentración de trasnochadores.

Pero, poco a poco, éstos irán abandonando la calle; poniendo a la noche un epílogo de quieta soledad. No lejos, las floristas han empezado a preparar sus puestos para el mercado, que pronto va a empezar, poniendo al nuevo día un prólogo de inquietud laboral.

La ciudad ha despertado ya.

José PERNAU RIU
y
José M. FONT ESPINA

COSTA DEL SOL



LOS OASIS DE GUADALMEDINA

LA CASA DE LOS HEREDIAS CONVERTIDA EN SANATORIO DE ENFERMOS MENTALES

GRANDEZA Y DECADENCIA DE LOS DESTINOS

UN retorno a Málaga, inesperado, nos ha permitido reflejar en este itinerario las quintas de La Concepción y San José, que hay a ambos lados del Guadalmedina. Habíamos dejado a trasmano, en nuestro recorrido, ese repliegue venturoso de la Costa del Sol, entre la ciudad y los montes, con harta contrariedad de algunos amigos que aseguraban no haber cuadro completo de este risueño litoral sin los paradisíacos bosques (cientos y cientos de especies vegetales distintas) que abrigan las cumbres y el mar refresca con su brisa. Palmeras gigantes y enanas, la real de Cuba y la «chamadorea», los árboles de la goma, el ombú de Buenos Aires, los «ibicus», los laureles de Indias, los plataneros y los bambúes tejen esos selváticos escenarios que han buscado los pelicularos para ambientar sus films de misiones y trasladar al espectador a las selvas de Colombia y Venezuela. Los nombres de toda una generación de botánicos extranjeros acuden a nuestra memoria, y en especial el del italiano Prolongo, a quien tanto debe el fastuoso parque de la ciudad.

«La Concepción», antaño de los Loring y hoy de la hermana de don Horacio Echevarrieta, nos

hace evocar las figuras de la Restauración, rodeando al nuevo príncipe Deseado, en el gigantesco cenador del palacete. La residencia de «San José» o «Los Nadales» nos aproxima a la dinastía de los Heredia, el poderoso banquero a quien debe la ciudad todos sus sueños de grandeza, el fin un día desvanecidos por la ruina y el infortunio.

Permaneceremos en Málaga un par de días... Paulina Ferrand ha querido asistir a la inauguración del curso para extranjeros, pues sabido es que ella vino a Málaga, hace años, como pensionada y desea presenciar el acto y saludar a algunos amigos. En seguida reanudaremos nuestro viaje a la villa de Estepona, a los pueblos de la bahía de Algeciras y de esas laderas del Estrecho que abren las columnas de Calpe y de Abila.

EL PRIOR DEL CONSULADO, CREADOR DE LA MÁLAGA MODERNA

Paulina Ferrand recuerda que al final de la alameda de Colón, frente a ese ángulo del puerto que se llama el muelle de Heredia, hay una estatua sedente con todo el aire de esos personajes napoleónicos que quisieron aparecer como romanos.

—Es una estatua muy afortu-



nada que ostenta el carácter adiminador y patricio de don Manuel Agustín Heredia, prior del Consulado de la ciudad. Y parece, en efecto, un triunviro de la República romana o un síndico de la de Venecia. La construyó el escultor Vilchez en los talleres de fundición que aquél creara, y figuró en los jardines del Martinete, la célebre Ferrería de la playa de San Andrés, sobre cuyo dintel se leían estas palabras: «Constantia et labore». Había nacido Heredia en un pueblecito de Logroño, en 1786, y se cuenta llegó a la ciudad del Sur en edad ya madura y en ella re-

hizo su vida. Al rehacer su vida, rehizo la de Málaga, creando sus principales industrias e infundiendo su aliento poderoso y su genio creador al pueblo que le daba asilo. Del viejo poblachón pegado a la muralla del castillo, con sus trepadoras y sus viñas y unas cuantas tradiciones de moriscos y genoveses, hizo la ciudad que hoy contemplamos, nacida de nuevas fuentes de riqueza. Cuando la independencia de América sumió a la Península en el marasmo y el abandono, las «fragatas blancas» de Heredia reanudaron, las primeras, sus viajes comerciales y enarbolaron con orgullo la bandera de España y el pabellón del Consulado, estimando que la patria desventura que había hecho Repúblicas de los antiguos Virreinos en nada podría afectar a la naturaleza de nuestro orgullo y a nuestra ilusión de actividad y vida.

—La impresión de la Málaga floreciente de Heredia—continúa diciendo a mi joven compañera— puede usted leerla en los «Últimos escritos», de don Pedro Antonio de Alarcón, que visita esta ciudad, por vez primera, en 1853. Si mal no recuerdo, habla allí de las chimeneas de sus fábricas, de sus lujosas edificaciones modernas, de sus ricas tiendas y vastos almacenes, de su opulenta Vendeja, de los millones de arcas de hierro en barras que ha exportado...

—¿Y esta impresión actual de pobreza?

—La casa Heredia vino a la ruina antes de la tercera generación. Sus empleados y socios la heredaron. Sus vástagos fueron dispersándose y trazando sus vidas con arreglo a inspiraciones personales. La filoxera arruinaba, a fin de siglo, la riqueza vitivinícola de Málaga, sin que los vifedos se repoblaren, por lo que hay innumerables fincas que no tienen de lagar sino el nombre. ¿Cómo se pudo producir semejante marasmo? No se sabe por qué dejaba también de explotarse el hierro. Málaga hubiese necesitado de otros Heredias para dominar su propia miseria, y tales hombres no abundan en el mundo. Los destinos de estas venturosas Capuas meridionales parecen estar siempre en las manos de esos invasores del Norte que llevan a ellas su insaciedad y la ley dura de su cuna, y cuando éstos no aparecen, vuelven los aborígenes a sus sueños y a vivir del ámbito nu-



El palacio de los Heredias, hoy convertido en sanatorio

tricio que los mantiene, sin sacrificio y sin esfuerzo.

GRANDEZA Y DECADENCIA EN TRES GENERACIONES

A la verdad, el fundador no conoció la ruina de su familia... Murió antes de ver desmoronarse sus empresas y de contemplar la decadencia de su amada ciudad. Don Tomás Heredia y Livermore, hijo de aquél, es ya un aristócrata y un «dandy» que sueña un gran palacio, como una villa romana del Tirreno, para albergar a su familia y a sus servidores y guardar sus carruajes. En los terrenos que habían pertenecido a don Melchor Ordóñez, catalavo y gentilhomme, ministro y gobernador de la ciudad, se planea la finca en gran estilo. Don Tomás Heredia es ya el gran señor, refinado y generoso, pertinaz amante y cortejador de la vida, para el que la fortuna no es una puesta del azar o un objetivo del combate, sino una manda liberal del destino. Su fastuoso tren de vida en Inglaterra y en España, el extremado atuendo de sus servidores y el rico atavío de sus carretelas constituyen un espectáculo para propios y extraños. El construyó el anhelado palacio en el óptimo valle del Guadalmedina, con su noble peristilo, sus terrazas y balaustrades, sus salones pompeyanos, sus casas de campo y sus pequeños lagos. Pobló de árboles tropicales la zona baja de la residencia, y dibujó el maravilloso parque con sus glorietas y cenadores, sus complicadas grutas y sus albercas. La residencia se extendía a las colinas de Levante, pobladas de pinares, en una extensión de cincuenta y tres hectáreas. La poderosa familia del banquero vivió en tres generaciones el proverbial tercereto de creación, grandeza y destrucción que parece dictado por el destino, con una predilección singular, a las más ilustres familias de nuestro Mar Interior. Y hoy la quinta de «San José», adquirida por los hermanos de San Juan de Dios, alberga en sus salones y en sus florestas a unos cuantos enfermos mentales, como si quisieran simbolizar, en ese nuevo rumbo, el fin de todos los sue-

ños de grandeza, resueltos, al despertar, en un poco de locura.

LOS HABITANTES DEL BOSQUE MAGICO. — LA RESIDENCIA PATRICIA

—¿Valdrá la pena, Paulina, visitar este palacio, hoy convertido en sanatorio de enajenados? No están de más estas severas lecciones, aun en el cuadro, siempre florido, de nuestra Costa del Sol.

—Será, en efecto, muy aleccionador, y visitaremos a los enfermos, que es una obra de misericordia.

«San José» dista de Málaga algo menos de una legua. El autobús Málaga-Ciudad Jardín nos lleva hasta el final de esta alegre barriada que se extiende al borde del Guadalmedina, donde las palmeras y los naranjos jóvenes, plantados allí hace pocos años, dibujan delicados carriles de verdor. Se nos van aproximando los montes. Llegados al término de nuestro viaje, hemos de andar poco más de un kilómetro hasta la puerta del sanatorio de San José. Marchamos por la carretera de Casa Bermeja; allí hay amables ventas donde un borriquito, bajo el cobertizo de cañas, espera a su dueño, que ha hecho un alto en el camino. Las gentes nos saludan.

—Vayan ustedes con Dios.

Una gran alameda nos sale al paso; está a la izquierda de la carretera y da acceso a ella una gran cancela de hierro. Frente al portón y al otro lado del camino se halla el fiscalato de consumos. Entramos por la puerta entreabierta. Una espléndida avenida de castaños de Indias y plátanos orientales se extiende ante nosotros. Nos detenemos un momento en la portería. Un caballero de distinguido porte, que apoya su avanzada edad en un bastón de fina empuñadura, conversa con la portera.

—Deseábamos ver al padre prior de los hermanos de San Juan de Dios.

—Continúen por esta avenida hasta llegar a la residencia y presenten en la administración...

El caballero nos advierte:

—Si alguien se les aproxima, no le hagan caso. Aquí hay muchos que quieren siempre charlotear, sobre todo con los que vienen de

En poco tiempo...
hablará Vd.
INGLES O FRANCÉS
POR EL SONIDO Y LA IMAGEN
Cursos Fonobilingües
Polyglophone
(CON discos o SIN discos)
PIDA FOLLETO GRATIS A
Centro de Cultura por Correspondencia
ACADEMIA
CCC
APARTADO 108
S. SEBASTIAN



uestro enviado especial acompaña do del padre Rubio

fuera», y a veces no dicen cosas atinadas.

—Agradezco al señor su consejo y dígame, además, que conozco bien esta casa, donde tengo algunos amigos... No es la primera vez que la visito. El señor sonríe. Parece uno de los médicos del sanatorio.

En efecto, a la entrada del parque hay algunas personas que nos observan, gentes que vagan casi siempre dispersas, unas con aire preocupado, otras de mirada fija y brillante. Excita la atención de Paulina un hombre anciano y corpulento, de boina y gabardina, que juega incesantemente con una pelota de goma, botándola en el suelo.

El caballero que nos dio las anteriores instrucciones, me pregunta:

—¿Conoce usted a ese señor? Y añade:

—Le llamamos Pepito... Es persona de familia muy rica de la ciudad. Tiene su criado o enfermero particular puesto por la familia.

El señor nos muestra al enfermero de Pepito, que, fuera de aquel recinto, al otro lado de la carretera, habla con los empleados del filato de consumos y echa un pitillo con ellos. Va provisto de una blusa blanca.

Pepito, que es persona excelente y muy apacible, sale de cuando en cuando al exterior, adonde están los consumidores, y da órdenes a su criado o le hace algunas preguntas. Este le transmite pequeños regalos de la familia y se encarga de tener siempre a su disposición una pelota flamante.

Ascendemos por la larga avenida. Es uno de los ejes del fastuoso parque. Hacia Levante hay senderos bordeados de cipreses que conducen a la falda de la montaña poblada de pinares. Los pinares descienden, en compactos grupos, hasta los jardines donde crecen las araucarias, las palmeras y los ficus gigantes. La senda bordea una profunda alberca, cuyos muros han sido prolongados, cautelosamente, con redes de telamétrica. Mediado el curso de la avenida, deriva un sendero que se interna en los jardines, profundamente tupidos, dibujando



El magnolio mágico, del que habla en este reportaje Ledesma Miranda

glorietas con bancos de piedra y floridos cenadores.

Paulina marcha silenciosa y abstraída.

—Parece usted preocupada.

—No se... Hay algo de mágico en este fabuloso parque. De un lado, esta paz y este silencio tan sedantes; de otra parte, algo que estremece... Parece como si los árboles fuesen a hablar de un momento a otro, compartiendo las obsesiones, las alucinaciones y los extraños secretos de toda esta humanidad que cruza entre ellos...

—Pero los árboles no se apartan de sus eternas leyes ni alteran el curso de las estaciones ni el orden establecido de las lluvias y de los vientos. Por eso es tan beneficioso el plan, siempre igual y perfecto, de la naturaleza sobre los enfermos mentales: es un influjo regulador y apacible. Para mí estos grandes árboles son otros tantos viejos patriarcas cuya serena autoridad se impone a las turbaciones y a los desórdenes de sus hijos.

—¿Sentirán muchos de ellos la poesía de estos jardines o les inspirará una melancolía infinita?

—¡Quién sabe! Pero yo le juro a usted, Paulina, que si bien otros reformatorios que conozco, en los

arrabales de un pueblo sórdido o de una gran ciudad laboriosa, siempre me inspiraron horror con sus murallones y sus patios, que tanto tienen de prisiones, esta quinta de Heredia, infinitamente apacible y hermosa, me ha inspirado a veces el deseo—¡no se ría usted, amiga mía!—de venir a descansar a ella, de hacer reposar sobre su verde luz mis preocupaciones y mis tristezas, al lado de estos hermanos de San Juan de Dios, caritativos y abnegados, y de esos otros hermanos, los enfermos, que son a veces el reflejo de nuestras propias ansiedades y de las simas de nuestro corazón siempre misterioso.

—¡Quién sabe!—ha dicho Paulina, admirada y pensativa.

La avenida cuenta aproximadamente un kilómetro. Al fin de ella, llegamos a la fachada principal del palacio, con su peristilo, sus terrazas y sus escalinatas. A un lado de ella, un ficus gigante, de cuádruple y nudoso tronco, semejante a ese árbol de los cuentos que ilustra las fábulas infantiles, extiende su pabldo ramaje hasta sombrear toda un ala de la finca. Subimos las escaleras de mármol. Varicos enfermos que hay en la terraza corresponden cortésmente a nuestro saludo. Es gente de buen aspecto, aseada y tranquila. Otros dormitan al influjo benéfico del sol de invierno. Uno de ellos interpreta con su flauta (una de esas armónicas que escriben con «k» los alemanes) determinados aires de mandolinata. Se nos hace pasar a un gran zaguán o vestíbulo y de ahí a un hermoso salón con pinturas pompeyanas y estrados de marfil y marquetería. Dos largas vitrinas, a los lados de un armario, muestran una variada colección de valvas, conchas y caracolas.

El prior nos envía al enfermero mayor para que nos acompañe. El padre Baldomero Rubio Martínez, vicedirector de la comunidad, es un religioso burgalés de corta estatura y complexión muy vigorosa. A sus sesenta años, conserva el cabello negro y la agilidad de un mozo de veinticinco. Nos acompaña a visitar el palacio. En el espléndido hall, con su chimenea francesa, sus paneles de damasco de seda y sus ricos artesonados, se han instalado unas mesas de billar para los pensionistas.

El caballero con el que hablamos en la portería ahora se nos une.

—Tengo un interés especial en que visiten ustedes mi habitación y vean el lugar en que me siento en el comedor principal.

Este señor no es ningún médico, como creíamos, sino un internado. Lleva siete años en «San José». Nada deja inferir esta persona, a través de una conversación siempre ingeniosa y sembrada de oportunas anécdotas, que se trate de un enfermo mental.

—Yo no padezco ninguna enfermedad—nos advierte—; estoy aquí por una mera precaución.

—El señor es un ingeniero agrónomo—dice el padre Baldomero Rubio—y está en esta casa haciendo una cura de reposo.

—Sí, odios, envidias profesionales... Han dado en confundirme maliciosamente con otra persona. Aquí estoy en lugar seguro y nadie me molesta.

Visitamos la capilla, antiguo salón de la casa, bajo la advoca-

ción de San José. Sobre el altar mayor hay un gran óleo representando al glorioso Patriarca, y a sus lados, las imágenes escultóricas del Arcángel San Rafael y San Juan de Dios.

Subimos la amplia escalera que nos conduce a las dependencias del piso principal. El hueco de aquélla está cuidadosamente cubierto por tramos de tupida red metálica. En el piso principal se abre el espléndido comedor de Heredia, con sus zócalos de rica madera, sus ménsulas con pequeñas esculturas, sus aparadores y trincheros de ricos aderezos de plata, sus finas lámparas y la gran chimenea bajo espejo de Venecia, sobre la que descuelga, en un fanal, el precioso reloj de sonería de mármol y bronce.

Sería aún el comedor del hijo del banquero, con sus alusiones a la renaciente Italia, si las pequeñas mesas de cuatro cubiertos no trocaran su gran aire por el de un lujoso hotel de turismo.

El caballero nos muestra el lugar en que se sienta.

—¿Ven ustedes? Estoy ahí, en la mesa de ese rincón, el mejor sitio de este comedor... Mis compañeros son personas apacibles... mientras no se les lleva la contraria, pero a mí no me agradan las discusiones. Ahí—nos señala otra mesa—se sienta el célebre Pepito. Pepito tiene buenas ocurrencias. Como es cosa acostumbrada que uno de los postres sea manzana, anoche se alzó de su silla, cuando todos estábamos comiendo y pidió la palabra:

—Adán y Eva salieron del Paraíso por comer una manzana—dijo dirigiéndose a todos—. ¿A qué se debe que no nos sanquen de aquí a quienes la comemos a diario?

Los dormitorios de los internados serían como las habitaciones de un gran hotel si sus vastas proporciones no nos indicasen que fueron los de una residencia patricia.

—No todas las habitaciones son así—explica el padre—; éstas pertenecen a los pensionistas distinguidos, igual que el comedor. Después hay tres clases de internados más que viven con menos lujo, aunque siempre con el espacio y la comodidad que necesitan. Sólo nosotros—añade—dormimos en las buhardillas, en los cuartos de los servidores... Después de todo, ¿no somos los servidores del prójimo?

El caballero nos muestra su habitación... Sobre la mesa hay libros y revistas... Una gran ventana se asoma a la floresta del parque.

Se nos dice que nuestro acompañante es un apasionado de la lectura y pasa muchas horas consagrado a ella. En consecuencia de esto, se despidió de nosotros con su amable sonrisa para entregarse a sus revistas y a la redacción de algunas cartas.

Nos describe el padre Rubio su carácter encantador, su afabilidad y su ingenio.

—Tenemos de ochenta y cinco a noventa pensionistas. También hay de treinta y cinco a cuarenta militares. Los enfermos son tratados por tres psiquiatras eminentes: el director, Cotrina Cisneros, y los señores Ortí Ramos y Linares Mazas.

—Entre los enfermos graves, ¿qué anomalía es la que más abunda?



La Cruz de los Caídos y los ocho arbolitos simbólicos en la quinta de los Heredias



Nuestro enviado charla con el padre Rubio y algunos enfermos del establecimiento

—La esquizofrenia. También hay alcohólicos y toxicómanos graves.

EL ARBOL DE LA FABULA Y SUS HIJOS

Una vez en el parque, visitamos el pabellón de Tratamientos. En la salita que accede a los apartamentos clínicos hay varios enfermos acompañados por sus familias. Hallamos al hombre en cuyo rostro se pinta un cuadro de angustia, al que nos mira exaltado y alucinado, al que nos ríe y nos hace muecas y gestos.

—¿Emplean ustedes la hipnosis como elemento curativo?

—No, no, que yo sepa... Las obsesiones, los delirios, las ideas fijas exigen a veces la necesidad de producir el coma epiléptico. Entonces hace falta la fuerte dosis de insulina, de cardiazol o el choque eléctrico.

En el pabellón de Tratamientos están los baños, las clínicas, las habitaciones de reposo.

Contiguo al palacio hay un gran patio destinado a enfermos graves e incurables, apartados de la compañía de los demás.

—Es obligada esta selección de enfermos. La promiscuidad impediría que los más apacibles y transitorios realizaran su cura de reposo. Se hallan en este patio los verdaderamente incurables, los que requieren mayor vigilancia y acaso menos asistencia curativa, porque, en realidad, no tienen ya arreglo.

Manifiesto al padre Rubio que tengo ahí algunos amigos: el vie-

jo «general Marin», con sus recuerdos de la Escuadra de Cavite y Santiago de Cuba y su capacidad idiomática, ya que irrumpe a hablar con cualquiera en tres o cuatro idiomas indistintamente.

—Lleva más de treinta años en el sanatorio. Está ya muy viejo. No le conocerá a usted.

El padre Rubio abre la puerta con una de las llaves que siempre le acompañan. Un magnífico gigante, de los más extraordinarios en su especie, extiende su nudoso ramaje, sombreando todo el patio. El centenario tronco pesa toneladas y poderosas raíces exteriores que acaban hundiendo sus garfios en el suelo. Es como esos árboles fantásticos cuyo trazo se complacían en dibujar los ilustradores de poemas y leyendas a comienzos del pasado siglo. Varios hombres se cobijan bajo su sombra, se sientan y duermen sobre sus raíces o asoman desde sus cavidades poblándolo de ojos, brazos y cabezas, como una hidra monumental coronada de espesura. Otros vagan gesticulando por el patio y se aproximan a nosotros a observar la máquina fotográfica de Paulina. Entre los que se aproximan está Pijoán, viejo médico sevillano, que ríe de todo a cada momento, doblando la cintura, agitando los brazos con ademanes de asombro, chocando entre sí las palmas de las manos para hacer ver su regocijo y su extrañeza. Otros nos miran con horror, como a terribles enemigos. Procuramos atraer-

los y sosegarlos, ofreciéndoles un cigarrillo e iniciando una charla de cosas indiferentes y amables, mas nada puede aplacar a esas despavoridas sombras, que nos huyen, volviendo sin cesar la cabeza.

Paulina, que ha hecho varias fotos del parque y del palacio, no ha consentido aparecer en otras que hiciéramos nosotros. Ensimismada y recatada en grado sumo, es tan amante de reflejar lo que le rodea como enemiga de aparecer ella en ningún término. Un hombre joven se ha aproximado a la muchacha: es una persona de buena planta y rostro agraciado, con vestigios, en su atuendo, de un viejo traje militar.

—Hermana!—le ha dicho—. ¡Cuánto tiempo hace que no te contemplo! ¿Te has decidido a visitarme? Te he escrito muchas cartas y a ninguna has contestado... ¿Qué es de nuestra casa, en La Guardia, a orillas del río? ¡Llévame contigo! Quiero ver otra vez nuestra tierra.

Paulina ha salido de allí algo afectada... Visitamos el gran estanque, las hermosas albercas, la granja, las pajareras... Hay unos leñadores podando árboles sobre un ribazo... Observamos a un hombre de vigoroso aspecto que trae y lleva, incansablemente, pesadas cargas... Es un enfermo cuya obsesión (hay curiosas obsesiones) es el trabajo permanente. Cuando suena el toque de retiro hay que obligarle a descansar a viva fuerza, y apenas raya el día vuelve, como Sísifo, a esa labor que él quisiera eterna, sin tregua ni reposo. El esfuerzo de ese Atlas inagotable ha podido ser encauzado en un sentido de utilidad y rendimiento, y así, ayudó a levantar una cerca, a hacer el muro de una balsa y a transportar pesados bloques de madera.

—Trabaja como diez hombres —nos ha dicho un leñador—; tiene la fuerza de un gigante. No habla con nadie.

LA CRUZ ENTRE LOS OCHO ARBOLES SIMBOLICOS

Por una avenida de cipreses que es como la ruta de un Calvario, ascendemos a una colina... Desde ella se vislumbra la vega del Guadalmedina y se atisban los montes de Málaga, cuna de los Verdiales, misteriosos cantos y danzas de la serranía. Sobre la colina se alza una sencilla cruz de madera, custodiada, en amplio semicírculo, por cipreses y laureles.

—Cuenten ustedes esos arbolitos—nos ordena el padre Rubio.

—Son ocho.

—Fueron ocho, en efecto, los hermanos de nuestra comunidad que cayeron aquí, en este mismo lugar, fusilados por las hordas revolucionarias.

Guardamos silencio unos instantes. El sol de invierno comienza a descender, tificando de sangre las palmeras de «La Concepción» el oasis de enfrente, a la otra banda del río.

Nos despedimos, ya en la cancela de hierro, del bondadoso padre Baldomero Rubio.

Paulina marcha pensativa.

—¿Piensa usted en el destino de toda humana grandeza?

—Sí, y hasta en el destino de la locura, que es volver a la razón, un día, para acercarse también a Dios.

DE LAS PIEDRAS. PAN

LA CLASE ANTICLASE

NOS referimos en nuestro anterior artículo a la clase media. Es

una clase dinámica, imaginativa y austera. Sus miembros, dijimos, más que en el presente, viven en el mañana que esperan más próspero. El típico hombre de clase media finge, con frecuencia, en sus manifestaciones externas de riqueza, para poderse codear con esferas más altas que la suya propia. Los hombres de la clase media, proseguíamos, cuidan su fachada. Viven exteriormente desplazados de su real capacidad económica. Si el concepto clase social es impreciso, porque en la determinación de cada clase intervienen, junto a los factores económicos, los psicológicos, culturales, de educación social y género de vida, etcétera, etc., el concepto se hace mucho más indefinido y acaso indefinible cuando lo queremos aplicar a la clase media. Y bien podemos decir que si existe la clase media, no existe la conciencia de clase media.

Para que una clase social opere como grupo y posea, por lo tanto, auténtica conciencia clasista, creemos que es necesario que el estilo de vida esté de acuerdo con la realidad económica de cada uno de los hombres que componen dicha clase. En este sentido, únicamente podríamos advertir la existencia de un fuerte espíritu clasista, en la alta burguesía, en donde economía y género de vida, tienen íntima relación, y en los obreros, entre los que ocurre idéntico fenómeno. Podemos sorprender, empero, dentro de la clase media, la paulatina afirmación de algunos subgrupos, en los que aparece un auténtico espíritu de clase o, por lo menos, profesional. Pensemos en la alta burocracia y en los hombres que desarrollan actividades técnicas. No alcanzan los ingresos económicos de los grupos industriales, pero, en cambio, poseen una destacada conciencia de su valor y de su función en cuanto grupo.

Hasta hace poco había una gran diferencia en el tono y formación de las altas clases y la que poseían los profesionales. Difícilmente, por el estudio universitario o técnico se puede obtener esa distinción de lenguaje y de maneras, que caracteriza a los que han vivido dentro de una familia señorial. La instrucción que se recibe en vistas a una utilidad práctica, a un ejercicio profesional, produce unos resultados distintos que esa literatura

vaga y sin sistema, esa filosofía parcial, esa devoción sin objetivo para las ciencias, que caracterizan al hombre de la alta clase. El profesional ha visto en esas maneras y en ese buen gusto una especie de hipocresía, de falta de vigor, de decadencia humana, y el hombre de la alta clase ridiculizó al profesional por su rudeza y grosería. Actualmente, empero, el técnico, el alto funcionario, junto a su superioridad profesional, universitaria, tiene ocasión de adquirir todas las maneras y los refinamientos de la más alta burguesía. Si cultura puede perder lo que tiene de libresco, de conceptual y memorístico, porque los viajes, que le facilitan las grandes empresas industriales o que debe realizar por cuenta del Estado, le permiten tener un conocimiento visual de las diversas cuestiones, semejante al que antaño tuvo exclusivamente el hombre que nació en la fortuna. La visita a los museos, la asistencia a los conciertos, a los teatros, la utilización de una biblioteca creada a través de varias generaciones, el trato con personas relevantes, que ocupan altas situaciones en el mundo, todo esto ya no es privativo del millonario o del aristócrata de primera magnitud. Por eso existe conciencia de grupo dentro de algunos sectores de la clase media. En ellos los ingresos económicos acaso no tengan aún relación con el nivel de vida. Pero el nivel de vida se desarrolla de una manera no fingida. Es algo real y justificado. Es consecuencia de una actividad valiosa.

La clase media, dijimos, la constituyen todos aquellos hombres, cualquiera que sea su situación económica, que aspiran a subir por sus propios méritos. «La existencia de cada uno, ha escrito un poeta moderno, es prevista y reglamentada como un bello poema». Hemos de reconocer, no obstante, que los avances técnicos dan numerosas posibilidades para una ascensión, que no sea la característica del nuevo rico —espíritu patán, obsesión económica, petulancia, etc.—. Nuestra época es, en cierto sentido, una época que ofrece numerosas posibilidades para los hombres que no tienen otra cosa que su valor personal. La admirable y maravillosa clase media, clase anticlase, clase sin conciencia clasista, debe tan sólo agudizar su inteligencia para comprender, en toda su dimensión, los nuevos hechos sociales.

Claudio COLOMER MARQUES

LA ISLA QUE PRESICIO EL NACIMIENTO DE VENUS



COO GIBRALTAR YUEZ, COMO IRK Y JORDANIA, CIPRE ALZA SU CIMOR CONTRA INGLATERRA

Aquí nació Venus, la diosa del amor, la reina de la isla que le fue dedicada desde el principio de los tiempos. Entre estas rocas que el agua bate con furia en las noches de invierno y acaricia en los días de verano, los pescadores vieron aparecer un día, cubierta todavía de espuma, a la hija de Júpiter. Las aguas que la engendraron se sumergieron de nuevo en los abismos azules; pero estas rocas quedarán para siempre como símbolo de su poder y de su triunfo.

“YOU are welcome, sir, to Cyprus” es la frase del «Oteló», de Shakespeare, con que los folletos de propaganda saludan al turista. De esta manera, la llegada a la maravillosa isla mediterránea cobra acentos legendarios y poéticos.

Nos encontramos, a primera vista, con un pueblo que en muy poco se diferencia de cualquiera de los de la costa de Cataluña, también en cierto modo griega, desde que los navegantes edificaron sus ciudades en Ampurias y Rosas. El pueblo se llama Limassol, un pueblo blanco y limpio que conserva el olor del pescado fresco y donde los marineros tejen las redes y las mujeres hacen tocillos en las esquinas, con los hombros cubiertos por las toquillas negras.

No hay nadie triste en Chipre, o quizá el que está triste se esconde en su casa para no ser visto, porque por todas partes se respira un ambiente de luz y de confianza. La gente trabaja—no mucho—por la mañana en alguna pequeña industria, en la agricultura o en la pesca. Se oye cantar a los marineros bajo las velas blancas y por las calles no hay hombres atareados, ya que si llegan a encontrarse con amigos nunca abandonan la costumbre griega de beber juntos un vaso

de vino, aun cuando lleven prisa o un incendio devore su casa, por así decirlo.

EN CHIPRE NO HAY RELOJES

Por la tarde empieza el paseo, sobre el mar, que aquí puede tocarse con la mano desde los bancos donde estamos sentados. Pasan arriba y abajo las muchachas, tímidas y humildes, que cruzan miradas con los Aquiles y los Patroclos, que, lejos de ser como los pinta Homero, se han vuelto un poco más gruesos, más chabacanos y ordinarios, se han humanizado, diríamos.

En Chipre no hay relojes. El tiempo no existe donde los hombres viven con la alegría. No hay prisa para la cena porque la luna está presente sobre el mar y brilla detrás de algún olivo. Los griegos lo miran todo sentados en los bancos, sin que pueda haber nada que les distraiga.

Por la noche, después de la cena, hay mesas en la plaza y hasta concierto de la banda del pueblo. Los soldados ingleses que están de vacaciones se aburren en estos espectáculos y se marchan a los pequeños cabarets, donde las negras descorchan botellas de champán con algún oficial que lleva la paga en el bolsillo. Los soldados lo miran de pie, detrás de las sillas, porque los soldados

ingleses no tienen tanto dinero como la gente cree.

En los cafés cantantes, los chicos y las chicas decentes cantan toda la noche y beben el «Comandaria» de las viñas de Chipre. Cuando han gastado las últimas piastras, se vuelven a su casa, y por las calles se oye siempre la romántica canción «Hella, Hella, Hella», que les recuerda a Grecia y a las islas bajo la luna.

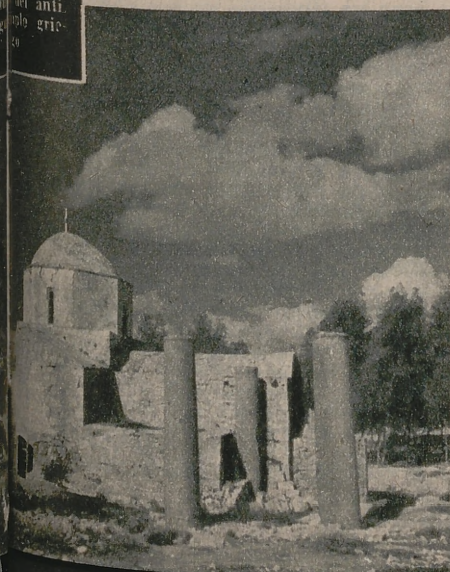
Y en el puerto la noche es plenamente mediterránea. Pequeñas tascas donde los obreros discuten mientras comen cordero y donde alguna mujer ríe fuertemente, llamando la atención de los presentes. En la taberna oí recitar a un marinero los versos de la «Rapsodia», de Homero, cuando, en la «Iliada», narra la muerte de Héctor, con la imagen sangrienta del cuerpo del general troyano arrastrado por el carro de Aquiles ante los muros de la ciudad. El griego antiguo no se conoce aquí generalmente, pero casi todo el mundo recuerda fragmentos de las obras clásicas que aprendían cuando eran niños, porque, en lo fundamental, el griego no ha variado. En general, los actuales griegos afirman que su idioma de ahora es más puro que el antiguo y no parecen en-

La ciudad de Nicosia. En el centro, los torreones de la catedral de Santa Sofía. A la derecha, el minarete de la mezquita turca. Por todas partes las palmeras ponen una nota oriental a esta ciudad de civilización griega que vio nacer a Zenón y cuyos Reyes lucharon con Aquiles ante las murallas de Troya. Al fondo, la silueta azulada de los montes Platres nos anuncia las regiones bravías llenas de los misterios antiguos.

vidiar aquella cultura clásica que ha sido el origen de la nuestra.

UNA ISLA ALEGRE LLENA DE RECUERDOS

Ciudades soleadas, donde todo es pequeño. Pequeñas las casas blancas y las tiendas de novedades. Pequeños también los árboles de las avenidas y estrechas las calles llenas de rostros alegres, que no parecen conocer el dolor ni la miseria.



La catedral de Santa Sofía saca la cabeza sobre las casas de Nicosia, la capital de la isla y la sede, por tanto, del gobernador inglés, que gobierna en su palacio rematado por la bandera británica.

En las calles se bailan las danzas populares griegas y se cantan canciones por las noches o en los días de fiesta, que en este país son más esperados que en ninguna otra parte ya que, según dice el adagio griego: «Me dijeron que teníamos vacaciones y mi corazón se curó de su angustia». Con esto no queremos decir que no existan griegos laboriosos, como pueden verse en todos los países árabes, donde son los dueños de gran parte del comercio.

Hay muy pocos coches y muchas bicicletas, y no es mucha la gente que va a pie, de manera que los municipales están en sus puestos para supervisar a los ciclistas. Los turistas las alquilan por poco dinero para visitar la ciudad y para trasladarse al barrio turco, donde el ambiente es absolutamente distinto y donde, en lo alto de los torreones de las mezquitas, los muecines llaman todavía a los fieles musulmanes, que responden escasamente, a la llamada de la oración de la tarde. Allí pueden verse los letreros en lengua turca y algunos camellos,

que dan a todo aquello una característica de tránsito entre Europa y Oriente Medio. Algún viejo reaccionario viste todavía la complicada vestidura de los árabes y pasea por entre los jardines de la mezquita, llenos de palmeras y de rosales.

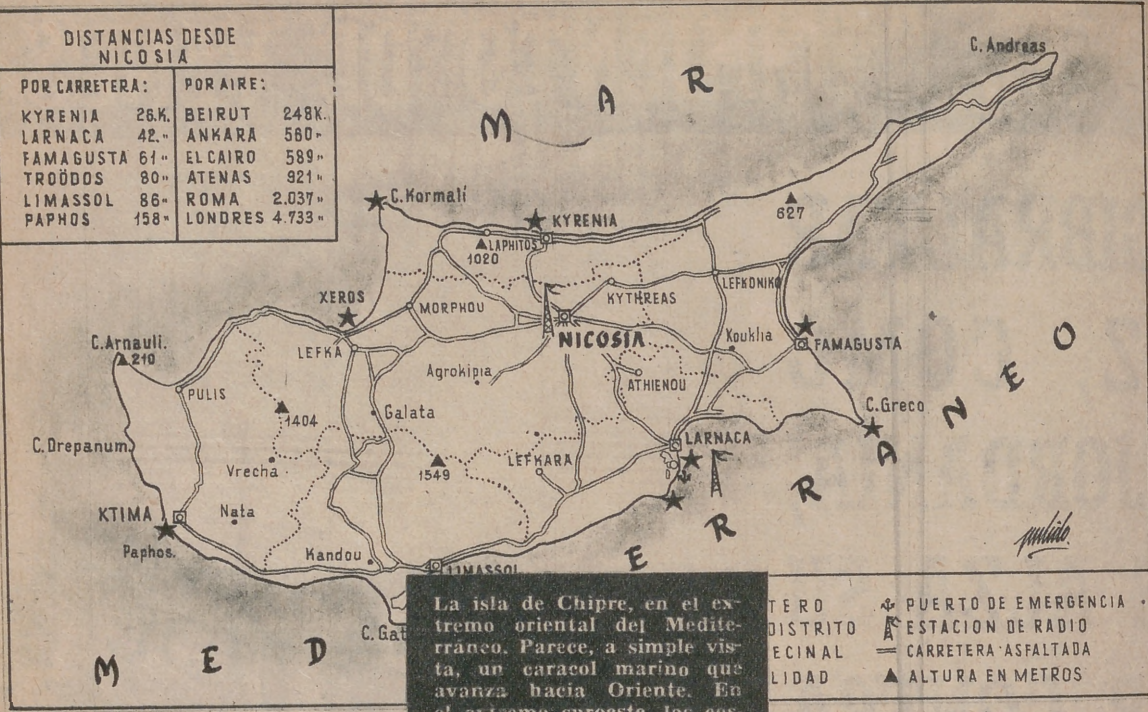
Lárnaca celebra anualmente sus ferias griegas, que festejan el nacimiento de Venus. Las muchachas danzan la antigua danza de la espuma vestidas con los trajes griegos y la música de las bandurrias tiene en aquellas fiestas un sentido especial, que pierden en tierras extranjeras. La isla entera está llena de recuerdos y de monumentos, ya que ha caído en el largo del tiempo bajo todas las dominaciones. Desde el templo de Apolo, construido por los primeros griegos, hasta el castillo cruzado, donde se celebraron las reales nupcias de Ricardo Corazón de León, los castillos, los templos, los monasterios y las catedrales se suceden de una punta a otra de la isla. En Kyrenia, el castillo de San Hilario se levanta en el vértice de la bahía cerrada en herradura. Más allá, en Famagusta, el castillo de Oteló desafía aún a los siglos.

EL NACIMIENTO DE VENUS Y LAS LEYENDAS DE CHIPRE

En el extremo occidental de la isla, sobre el Mediterráneo, hay

DISTANCIAS DESDE NICOSIA

POR CARRETERA:		POR AIRE:	
KYRENIA	26K.	BEIRUT	248K.
LARNACA	42."	ANKARA	560"
FAMAGUSTA	61"	EL CAIRO	589"
TROODOS	80"	ATENAS	921"
LIMASSOL	86"	ROMA	2.037"
PAPHOS	158"	LONDRES	4.733"



La isla de Chipre, en el extremo oriental del Mediterráneo. Parece, a simple vista, un caracol marino que avanza hacia Oriente. En el extremo suroeste, las costas de Paphos, donde nació la diosa Venus. Al Sur, Limassol, la ciudad donde Ricardo Corazón de León casó con la Reina Berengaría. Más allá, Lárcaea, donde dice la tradición musulmana de la isla que está enterrado el profeta Mahoma. Al Este, Famagusta, donde se pueden contemplar todavía las ruinas del castillo atribuido a Oteló. Al Norte, Kyrenia, con su pequeña bahía cerrada en forma de herradura. En el centro de la isla, Nicosia o Lefensia, según la denominación griega, donde, en lugar del emblema del Rey de los helenos, ondea al viento la bandera británica.

un grupo de rocas donde el agua llega mansamente en verano o se estrella violentamente en invierno. De la espuma del agua, de la misma que hemos visto batir en los acantilados, nació un día, en este mismo lugar, la diosa Venus. Desde este día, la isla le fué dedicada, y no hay en Chipre un pescador o un pastor que no lo dé por cierto. De esta misteriosa historia se han desprendido después otras leyendas, todas ellas entroncadas con el tema del amor, que la diosa representaba. Los chipriotas, hoy ortodoxos, van, sin embargo, a rezar todavía a una tumba desconocida que pertenece, probablemente, a la época de los fenicios. Las muchachas acuden a aquel lugar cuando sus amantes se encuentran en el mar, lejos de la isla. Otra leyenda explica el origen de las escasas ruinas del templo de Venus, cerca de Paphos. Una reina de aquel lugar conoció un día a un hombre forzudo que se llamaba Dhiyeno y le prometió casarse con él a condición de que trajera el agua a la ciudad. El cumplió esta difícil tarea, y cuando vió que ella le rechazaba, le arrojó una inmensa piedra. Ella le contestó arrojándole un huso de hilar. En el momento de tocarle Dhiyeno, se transformó en una columna, y así fué como quedaron unidos para siempre, uno al lado del otro, columna y piedra, los dos personajes de la historia. En Kythrea me contaron también una leyenda relacionada con un arroyo que discurre hasta el mar desde una colina próxima. Según la creencia popular, este riachuelo viene directamente desde el Asia Menor, a través del mar, y ello no deja de ser cierto, porque una vez una mujer que vivía en Asia Menor fué a Chipre para visitar a su amante. Un día, yendo a lavar al riachuelo, vió un vaso de plata que ella había perdido en otro arroyo semejante en Asia Menor. Para los campesinos de Kirenya que me lo contaron, esto es suficiente para inventar la existencia de un río submarino.

la isla de Chipre es la llamada Fontana Amorosa, donde muchos grupos de las ciudades van a pasar los días de fiesta. Todo el mundo está convencido en Chipre de que el que alguna vez bebe agua de esta fuente se enamora para toda su vida de la mujer que está más cerca de él en aquel momento.

En la región donde se encuentra enclavada esta Fontana Amorosa se produjo hace unos meses uno de los terremotos de la serie que azotaron las islas del Mediterráneo y que fueron un gran motivo de dolor para el pueblo griego.

LOS DERECHOS GRIEGOS A CHIPRE

Hay que dejar sentado, antes de que podamos permitirnos emitir un juicio acerca de la cuestión de Chipre, que en la isla predomina fundamentalmente la población griega y no la turca como habían pretendido algunos periodistas ingleses. El último censo arroja las siguientes cifras: Griegos, 361.000; turcos, 80.000; armenios, judíos y otras minorías, 7.756.

No cabe, por lo tanto, lugar a

dudas de que la población chipriota es predominantemente griega, como quedó demostrado en plebiscito de 1950, en el que un 81 por 100 de la población votó a favor de la unión con Grecia. «No ha sido un plebiscito—dijo, acertadamente, un corresponsal francés—, sino, más bien, un censo de la población chipriota.» La Delegación de Chipre que estaba dominada prácticamente por elementos del Patriarcado ortodoxo, se trasladó a Atenas a fin de exponer al Gobierno griego la necesidad de actuar cerca de las Naciones Unidas para obtener lo que el pueblo chipriota estaba deseando desde hacía un centenar de años.

Chipre fué adjudicada a Inglaterra a consecuencia de la Convención de 1878 con el Imperio otomano. Continuó estando, sin embargo, bajo el poder turco hasta que, en 1914, Turquía declaró la guerra a Gran Bretaña. En el tratado de Lausane de 1923 se legalizó esta situación. En 1925 recibió, finalmente, el «status» de colonia de la Corona.

En Inglaterra, la oposición ha sido y es siempre partidaria de conceder a Chipre la posibilidad de unirse a Grecia. Cuando gobernaba el partido conservador, eran los laboristas los que clamaban porque le fuera concedida la «self-determination». Cuando los laboristas alcanzan el Poder, son los conservadores los que juegan esta carta. Churchill ha llegado a afirmar textualmente que: «Es natural que los chipriotas quieran unirse a Grecia. Es una muestra más del patriotismo que siempre ha caracterizado a la heroica nación griega.» Y no hace todavía muchos años que Toynbee, el gran historiador británico, decía: «El deseo de unión con Grecia tiene un antecedente en las islas Jónicas, que Inglaterra entregó a Grecia. Los grandes Imperios no pierden nunca la ocasión de afirmar sus principios y de ganarse la amistad de las naciones pequeñas. El Imperio británico no está tan desfallecido como para que la pérdida de Chipre signi-

ficara para nosotros un gran sacrificio.»

Casi toda la Prensa inglesa ha hablado de esta cuestión poniéndose de parte de los chipriotas y reconociendo su derecho. Después de tantos clamores, no se ha hecho nada de esto. El asunto fué llevado a las Naciones Unidas, que nunca han resuelto nada adecuadamente. Figura, pues, la cuestión de Chipre en la Carta de la O. N. U., y no sería de extrañar que ésta fuera una de las causas de retraso del arreglo.

Inglaterra, por otra parte, reconoció oficialmente esta unión con Grecia cuando, en 1914, ofrecía a este Estado la isla de Chipre a cambio de que le prestara ayuda contra Alemania. En la segunda guerra mundial, los ingleses reclutaron hombres en Chipre con la propaganda de defender a Grecia y al mundo libre de la amenaza germánica y prometieron revisar la cuestión.

Ultimamente, los peligros de Inglaterra en el mundo árabe han hecho que los ingleses piensen de una manera especial en la isla de Chipre como única base de defensa de Oriente Medio.

Para apoyar sus razones en la isla, algunos periodistas y diputados han empezado a emitir juicios excesivamente ligeros acerca de la llamada helenidad de Chipre. Dicen que nunca ha sido griega, que su idioma es un dialecto corrompido del griego y acusan principalmente al Patriarcado ortodoxo de haber hecho una «odiosa alianza con el comunismo».

A todas estas preguntas puede contestar quien haya entrado una vez en la isla. En primer lugar, Chipre ha sido siempre griego, y desde la más remota antigüedad los colonizadores llegaron allí para fundar sus ciudades, como pueden atestiguarlo los restos de los templos diseminados por la isla. En cuanto al idioma que se habla en Chipre, si bien es, efectivamente, un dialecto, contiene más elementos helénicos que el mismo griego de Atenas. Por lo que se refiere a las afinidades comunistas de los agitadores del movimiento unionista, se trata esta acusación de una calumnia, puesto que el Patriarcado griego —al revés del ruso en Oriente— ha tomado enérgicas medidas contra la propagación del comunismo, siendo, por el contrario, los ingleses quienes han favorecido su desarrollo, pensando que un movimiento internacionalista como el comunista impediría los efectos del unionismo.

Pero los británicos, que ven ahora en peligro sus bases de Suez, Akaba e Irak, y mermado su poder en los campos petrolíferos de Arabia Saudita, parecen creer encontrar en Chipre la base ideal para asegurar el mantenimiento de las rutas imperiales.

Todo ello no resiste, naturalmente, a una crítica seria. En primer lugar, la isla de Chipre pasó a Inglaterra de una manera fortuita y sin que su anexión formara parte de los planes imperiales, cuando, en 1914, Turquía declaró la guerra a los aliados. La prueba de que no era fundamental en aquel momento la dieron los mismos ingleses al estar dispuestos a cederla a Grecia a cambio de su ayuda contra Alemania.

La creencia de que desde Chi-



Un bello amanecer en un bosque de Chipre

pre se pudiera garantizar la seguridad de Oriente Medio una vez se hubieran perdido las bases de Egipto y Jordania no tiene tampoco un fundamento definitivo. La realidad es que en la última guerra el papel de la isla fué prácticamente nulo, puesto que nada hubiera podido hacerse desde ella. Para la sustitución de la base de Suez no es Chipre, sino Libia, la más indicada, como muy bien han visto los estadistas británicos últimamente, al firmar el tratado con el país desértico de Idris El Senussi. Cuando se libró la batalla en el desierto de Egipto entre las fuerzas de Rommel y Montgomery, nada se pudo hacer desde Chipre, y lo mismo podemos decir de los demás problemas que el Imperio británico tenía planteados en Oriente Medio, donde las regiones más importantes se limitaban a Palestina y a Irak.

Hubo un momento crucial en la guerra. El momento en que los rusos resistieron el ataque alemán y los griegos lucharon heroicamente en defensa de su país. Al mismo tiempo, los Estados Unidos entraron en guerra apoyando la causa de Inglaterra. Si todos estos fenómenos no se hubieran producido a la vez, ¿qué papel hubiera representado Chipre en la defensa?

CHIPRE ALZA SU CLAMOR CONTRA EL IMPERIO BRITANICO

Si las fuerzas británicas abandonan el canal de Suez, parecen más lógico que la defensa de la zona se organice desde Akaba y Libia o incluso desde el Sudán. En cualquier caso, Chipre no contaría para nada más que para lo que ahora sirve: para albergar a los soldados durante la época de permiso, ya que tienen la entrada rigurosamente prohibida en las demás ciudades de Oriente Medio.

Cabe aún analizar otra posibilidad. Si los eslavos atacaran y tomaran Grecia, hipótesis, por otra parte, difícil de admitir, ¿puede creerse sinceramente que el Imperio británico pudiera reconquistarla desde Chipre? Tal como está la isla hoy día, los co-



La ciudad de Kyrenia

munistas podrían tomarla sin el menor esfuerzo. Es, por lo tanto, cierto que de nada sirve la isla de Chipre separada de su tronco griego. Por el contrario, creemos que debiera ser del mayor interés de Inglaterra el conceder a la isla la unión con la madre patria, a fin de fortalecer su resistencia frente a ese posible ataque.

Periódicamente se alzan unánimes protestas populares destinadas naturalmente a triunfar más tarde o más temprano. No se puede ya impunemente hoy día someter a colonización a los griegos, un pueblo profundamente arraizado en la civilización. El mundo se ha vuelto demasiado interdependiente para que permanezcan todavía por mucho tiempo las formas políticas del pasado siglo. Como Gibraltar y como Suez, como Jordania e Irak, como tantos otros países sometidos en el mundo, Chipre alza su clamor contra el Imperio británico.

De nuestro enviado especial,
Luis CARANDELL



EL salón de té Parellada se encontraba aquella tarde primaveral tan concurrido como de costumbre; en torno a la barra se veían copiosos grupos de hombres jóvenes consumiendo toda clase de bebidas; entre ellos no abundaban los «dandys» ni los «snob», ni tenían tampoco aspecto de haber acudido allí a flirtear con las bellezas que se encontraban en el amplio local; al contrario, en sus caras se advertía el cansancio de una jornada intensa de trabajo y si se tomaba uno la libertad de escuchar sus conversaciones, se comprobaba que para ellos el bar elegante era una prolongación del despacho o de la fábrica, ya que seguían hablando de algodón, de embalses y de divisas. Entre aquellos hombres graves, acaso demasiado preocupados por el trabajo y los negocios, destacaba la frivolidad de un joven moreno de mediana estatura y abundante cabellera, correctamente vestido de gris. Se trataba de Roberto Altares, un pintor madrileño que hacía frecuentes viajes a la Ciudad Condal para visitar las salas de Exposiciones y para encontrar, como él decía, en la populosa y cosmopolita urbe nuevas sugerencias para sus lienzos. El joven pintor, en tanto los catalanes hablaban de sus asuntos, se dedicó a observar cuanto pasaba en torno suyo, y lo primero que llamó su atención fué el elevado porcentaje de mujeres guapas y elegantes que entraban en el salón, hasta el punto de parecerle que se iba a celebrar allí un concurso de belleza.

Le llamó también la atención que ni las mujeres más hermosas o mejor vestidas atrajesen hacia ellas la admiración o los comentarios de la clientela. Esta indiferencia de las gentes le encantaba a Roberto, y era una de las virtudes que más admiraba en Barcelona, ya que esta ciudad le brindaba al visitante la oportunidad de producirse con naturalidad absoluta. Se encontraba el pintor sumido en estas observaciones cuando vio con estupor quebrarse lo que él llamaba la frialdad catalana, pues durante unos instantes, aunque con discreción, la mayoría de las miradas convergieron en un punto del local, en tanto los jóvenes enardecidos en la barra dejaban de hablar de algodón, de embalses y de divisas. Cuando Roberto Altares miró en la dirección que los demás, advirtió con estupor la presencia de una muchacha rubia, de ojos azules, maravillosamente vestida con un traje gris sastre ligeramente ceñido al cuerpo. La acompañaba una muchacha morena muy bella también, vestida de azul. Lo que más le atrajo al pintor de la joven rubia fué la belleza de sus ojos azules aparentemente ingenuos y serenos, pero en cuyo fondo parecía latir algo misterioso. Ambas se sentaron a una mesa próxima a la barra del bar, y a partir de aquel instante el pintor apenas si pudo despegar la mirada de la bella desconocida; algunos de los jóvenes que se encontraban junto a Roberto en la barra, la miraban con admiración, pero también con cierto temor. Lo que más le extrañó al pintor fué que la joven rubia comenzó a corresponder a sus miradas. Sin embargo, no se hizo demasiadas ilusiones; sabía por experiencia que estas mujeres excepcionalmente hermosas gustan de incitar a distancia y cuando el varón se decide a abordarlas le suelen frenar con una mirada glacial. Súbitamente, un señor maduro, de aladares grises, alto y delgado, vestido correctamente con un traje marrón, se aproximó al pintor y le saludó con efusión.

—¡Qué sorpresa, Andrés; no esperaba encontrar-te en Barcelona!
—Pues ya llevó aquí cuatro meses.
—¿Sigues trabajando como abogado?
—En la Ronda de San Pedro, 8, segundo, me tienes a tu disposición; allí tengo mi despacho.
—¿Y te encuentras aquí contento?
—Ahora estoy encantado. Barcelona al principio es una ciudad fría, como las nórdicas, cues-



EL PODER DE LAS GUAPAS NOVELA

Por Federico DIAZ-FALCON

ta abrirse camino y hacer amistades; pero una vez conseguidas se comprueba que son auténticas y se encuentra unomar aviliosamente. ¿Te recuerdas de nuestra peña de Ma-

nuestra peña de Madrid? ¿Siguen yendo por el Abra Manuel, Jaime y toda aquella gente?

—Sí; ya hablaremos de todo con más calma cuando vaya a visitarte a tu despacho—dijo el pintor—. Ahora quiero que me digas quién es esa rubia de gris que está sentada con la morena en esa mesa.

—¿Te interesa?

—Desde que la he visto entrar, créeme que no puedo dejar de mirarla.

—Bueno; un poco de calma; antes debo advertirte como buen amigo que es una mujer peligrosa.

—No importa.

—Pero a mí sí; yo debo advertirte antes que los dos o tres hombres que se han enamorado de ella han terminado mal.

—¿Pero es que es una mujer fatal?

—Eso dice la gente.

—Bueno, de todos modos, preséntamela. Tengo miedo que aparezca cualquier admirador de ella y se sienta a su mesa.

—No tengas cuidado; aquí es bastante conocida y los hombres la tienen un poco de miedo.

—Y dime, ¿qué hace ella para trastornarlos?

—Pues no hace más que ser guapa, excesivamente guapa, y ya sabes que todos los excesos son malos, el de dinero, el de grasa, el de belleza. En nuestro país tenemos un elevado porcentaje de mujeres guapas que nos perjudica enormemente.

—Pues yo no opino como tú; esas mujeres guapas son las que nos estimulan a ganar una oposición, a pintar un cuadro.

Andrés le interrumpió.

—Pero es más el mal que nos causan. Fíjate estos jóvenes que estaban hablando de algodón, de embalses y de divisas, en cuanto ha entrado ella han dejado los negocios y no se preocupan más que del color de los ojos de esa belleza; estoy seguro que ha cortado con su presencia más de cuatro tratos.

—Según tú—dijo el pintor, en tanto distraídamente tomaba entre sus manos un «cocktail» de champaña—una mujer excesivamente guapa es una especie de bomba atómica.

—Efectivamente—asintió Andrés, en tanto dirigía una mirada a la bella joven—. No desintegran el átomo, pero desintegran el talento, el trabajo, la tranquilidad de un hogar.



—¿Tú crees?

—Eso no tiene duda—prosiguió Andrés con seriedad—. Si llegamos tarde a la oficina, si estamos distraídos en la oficina, si somos improductivos en nuestras citas, la culpa no es del clima sino de las bellezas. Con unas mujeres de tercera mano las que tienen en otras partes trabajamos y hasta es posible que nuestros sabios se transformarían en supersabios.

—Bueno; basta ya, Andrés, no divagues más y preséntamela. Además parece que la chica no se me da mal; te fijarás que mira de vez en cuando.

—Si tanto interés tienes te la presento ahora mismo.

—Oye, Andrés, ¿sabes que prefiero que no me la presentes?—dijo el pintor inesperadamente.

—¡Ah! ¿Te ha impresionado lo que te he dicho?

—No; no es eso, cuando de verdad interesa una mujer es preferible conquistarla uno mismo. He decidido abordarla en plena calle en cuanto salga de este local.

—Te dará calabazas.

—Pues prefiero unas calabazas a un sí por presentación. Lo único que quiero ahora es que me digas qué hace, para saber cómo debo hablarla. Debe trabajar de modelo en alguna tienda de modas, ¿no es eso?

—No trabaja de modelo, trabaja de guapa—dijo Andrés con un gesto donde convergían la seriedad y la ironía.

—¿Qué quieres decir?

—Te explicaré: Barcelona ya sabes que es una gran ciudad en muchos aspectos y sobre todo en el de introducir novedades de otros países y en el de crearlas; es una ciudad muy europea y hasta muy americana; es decir, verdaderamente cosmopolita. En Barcelona hay, por ejemplo, una sala de baile casi tan grande como la mayor de Londres, donde se bailan las cosas más nuevas y originales; en Barcelona puede uno comer, ir al cine y afeitarse bajo tierra; en Barcelona hay Clubs literarios tan originales como el Nido de Arte, y en Barcelona, en fin, se encuentran algunas tiendas de modas, en las que además de tener unas modelos tienen una guapa.

—Es curioso; ves, esas son algunas de las cosas que a mí me gustan de Barcelona. Y dime, ¿qué hace la guapa, Andrés?

—Pues verás, la guapa no hace más que ser guapa. Se sienta en el interior de la tienda muy cerca del escaparate admirablemente vestida, a veces fuma con elegancia un cigarrillo o lee una novela, y nada más.

—¿Y qué beneficios trae esto a la tienda?

—Te explicaré... ¿Bueno quieres otro «cocktail»? Sí, otro de champaña.

—Camarero, un «cocktail» de champaña. ¿Qué quieres como aperitivo, aceitunas, almendras...?

—Unas avellanas, que aquí son la especialidad. Pues verás, Roberto, la guapa está en el escaparate como una auténtica reina de belleza, los caballeros y las señoras se fijan en ella; primero comentan la belleza de sus ojos, la corrección de su nariz, la perfección de su perfil, la distinción de su peinado, se entablan discusiones, se la compara con tal o cual artista de cine, etc., etc., y cuando se agota el tema se empiezan a fijar en lo que hay en torno a la guapa, que son los últimos modelos de vestidos, de bolsos o de sombreros para otoño o para primavera. «Mira ese bolso del escaparate es igual que el que lleva la guapa», comenta una señora. «¡Fíjate! Ese vestido es idéntico al de la guapa.» Y al socaire de la guapa se venden los modelos más avanzados y se llena la tienda de clientes.

El pintor miró con estupor a la guapa, y en tanto tomaba distraídamente unas avellanas opinó: —Cuanto me acabas de decir contradice tu teoría sobre las guapas.

—¿Qué quieres decir?—preguntó Andrés en tanto tomaba su «cocktail» entre sus manos.

—Quiero decir que, según lo que acabas de explicarme, las guapas son útiles a la sociedad y que con su exceso de belleza canalizado se pueden

Gabriel
754

transformar tiendas de secano, en tiendas de regadío.

—No te comprendo.

—Quiero decir que cuando una tienda de modas marcha mal se lleva a ella una guapa y el negocio se salva.

—Andrés no supo que contestar.

—Pues se me ocurre una idea—dijo el pintor, en tanto se inclinaba para ver a la guapa, que en aquel instante se la ocultaba una señora que acababa de entrar—, se me ocurre llevar a las guapas no sólo a las tiendas de modas, sino a las librerías; una guapa que leyese a los clásicos, a los buenos novelistas, a los mejores filósofos, unas guapas que pusieran de moda la buena literatura y que estimularan al público a leer más; porque estoy seguro que lo que todavía no han conseguido los cateóricos, los escritores, los conferenciantes y los académicos, lo conseguirían las guapas.

—Andrés rió con todas sus ganas, tomó unas avelanas y después dijo:

—Eso me parece un poco optimista, yo creo que las guapas son eficaces sólo en lo que se refiere a la moda, pero su belleza sería ineficaz en el mundo de la cultura.

—No estoy de acuerdo—prosiguió el pintor sin dejar de admirar a la belleza—. Si se leyó tanto «Lo que el viento se llevó» y «Rebeca» no fué porque nos recomendasen esos libros los críticos de literatura y los académicos, sino porque nos los recomendaron las guapas. Las guapas ejercen tal influencia sobre las gentes, que no sólo ponen de moda los vestidos, sino los libros, los específicos, los médicos, los abogados. ¿Qué me dices a esto?

—Sí, yo creo en el poder de las guapas; pero en su poder destructor. Yo con las excesivamente guapas haría algo parecido, poniendo una comparación quizá vulgar a lo que se ha hecho con los toros, rebajaría su belleza.

—Pero eso es un imposible.

—Es más fácil de lo que parece; yo crearía institutos de cirugía antiestética, y a esta guapa que te ha enamorado y que te propones abordar en cuanto salga del local, la llevaría a un profesor y le diría: «Tuérrala usted un poco la nariz, póngala un par de berrugas en la mejilla derecha, déjela una cicatriz en la barbilla, que tengo un amigo demasiado enamorado de ella y sólo encontrará la paz y el amor sosegado si usted, la afea con éxito.»

—Te expresas con excelente humor, Andrés; se ve que te está haciendo efecto ese combinado. Yo en cambio, desde que me has dicho eso, creo en el poder constructivo de las guapas. Caminamos hacia el mundo en que se aprovechará la belleza como se aprovechan los ríos. Si hoy en ningún país se permiten ríos vagos ni tierras indolentes, llegará un día en que no se permitan guapas ociosas.

—¿Tú crees? Eres un fantástico.

—Desde luego; pero lo que me acabas de decir de esta rubia es ya un primer paso. Además, a las guapas ya se las coloca en las chocolaterías; la gente prefiere batidos mediocres servidos por guapas, a batidos excelentes servidos por feas. Yo creo que llegará un día en que los grandes almacenes tendrán sus equipos de guapas y los hombres de negocios que en sus establecimientos cuenten con los mejores onces batirán a sus rivales. Hoy mismo una buena línea delantera de guapas en el mostrador es la mejor garantía de que el negocio marcha bien.

Muchas más cosas hubiese dicho el pintor sobre el poder de las guapas si no hubiese sido porque la belleza que había originado aquella discusión se disponía a abandonar el local.

* * *

En la calle oía a Barcelona y a primavera; los clientes que consumían sus aperitivos en la terraza de Parellada se quedaron mirando a la rubia con curiosidad y admiración. Caminaba de prisa hacia el paseo de Gracia, como si temiese llegar tarde a algún sitio con ese paso rápido, paso de mujer guapa que no se sabe si lo han adoptado las bellezas para huir de los Donjuanes o para probar su entusiasmo y su resistencia física. Iba erguida, pisaba con esa seguridad y elegancia con que sólo saben pisar algunas mujeres y sorteaba

a los peatones y esquivaba los piropos con una agilidad y una distinción poco comunes. Se veía tenía un entrenamiento completo y practicaba estos regates como un deporte. Y es que era tan atrayente, que hasta en la cosmopolita e indiferente Barcelona era advertida su presencia. Detrás a la prudencial distancia de unos cinco metros caminaba el pintor a idéntica velocidad, velocidad que para él era un lujo y que posiblemente no había puesto en práctica desde sus lejanos tiempos de deportista. A veces le parecía que lo más difícil no sería conquistarla, sino seguirla. Al llegar al paseo de Gracia, la joven rubia atravesó la calzada, haciéndole volver la cabeza al mismísimo guardia de la circulación, y después, ya en el paseo de la derecha, donde deambulaban a esa hora millares de personas entre las que predominaban los estudiantes, siguió hacia la plaza de Cataluña. Al pasar frente a la Pedrera, la joven rubia se detuvo con una vendedora de revistas y periódicos que tenía su puesto en la esquina de Provenza. Era una mujer de edad y pelo blanco, fuerte, colorada y su aspecto era tan sano, que por una asociación de ideas se pensaba en la montaña y en la vida sencilla. En torno a aquella mujer, el asfalto se volatilizaba y creía uno ver una masía o una alta montaña cubierta de nieve. Debía ser una de esas mujeres del Pirineo que se instalan en Barcelona, pero que ellas en el fondo siguen viviendo entre montañas. La vendedora saludó a la belleza con cordialidad y hasta con familiaridad.

—Hoy, señorita, tengo pocas revistas de modas. Vuelva usted mañana y la tendré las que a usted le gustan.

Entretanto, el pintor pensaba que aquella era una magnífica oportunidad para abordarla, pues en tanto la belleza hablaba con la vendedora le miró con simpatía, pero en aquel preciso instante la joven se despidió de la vendedora y continuó a idéntica velocidad, a velocidad de mujer guapa hacia la calle de Aragón.

—¿Usted perdona, señorita, quisiera hablar un instante con usted?—dijo el pintor con gran timidez.

—Haga el favor de retirarse—repuso la belleza con aire despreciativo y orgulloso.

—Con mucho gusto, dijo el pintor reaccionando virilmente, pero antes he de decirle que es usted una coqueta. Si yo he emprendido esta carrera desenfrenada ha sido porque usted se insinuó conmigo en el salón de té.

La joven rubia cambió radicalmente de actitud, se detuvo, y mientras sonreía, dijo:

—Me ha hecho gracia eso de la carrera desenfrenada. Tiene usted razón. Si he de ser sincera he de hacerle saber que le he dicho que se retirase porque me decepcionó usted al hablarme con timidez. Yo esperaba la voz de un hombre seguro de sí mismo, esa voz que ha empleado usted después para decirme que soy una coqueta.

El pintor pensó que reaccionaba como todas las mujeres excesivamente guapas y que, acostumbradas a estar mimadas por todo el mundo, prefieren a quien las trata con brusquedad. Por tal razón miró su reloj, y dijo con frialdad:

—Ahora no me puedo entretener más; dígame dónde la espero mañana por la tarde.

—Acuda a las cinco a la Diagonal frente a Parellada.

Aquella noche el pintor no pudo conciliar el sueño. Al día siguiente acudió al lugar de la cita a la hora convenida. Jamás había esperado a una mujer con tanta ilusión; parecía que no sólo cada transeúnte sabía que está citado allí con una muchacha excepcional, sino que en cierto modo los coches que pasaban, los autobuses, los árboles del paseo y hasta los edificios participaban también de su estado de ánimo. Porque para él el amor no sólo era la mujer amada, sino el paisaje urbano donde tenía lugar la cita; ahora la primavera la veía no sólo en el verde tierno de los árboles, sino que le parecía que los letreros de las tiendas, las cornisas de las casas y las columnas del alumbrado tenían también su primavera. Veía ahora una Barcelona nueva, los claxons tenían un sonido diferente, el rumor de la circulación sonaba como un órgano potente que interpretase la primavera y hasta el asfalto le parecía que tenía vida. Vivía unos instantes por igual dramáticos y maravillosos, porque para el pintor no había nada tan interesante como

la primera cita; a la primera cita se acude con ilusión completa, la fantasía tiene permiso para pintar toda clase de perfecciones y en la primera cita hay también mucha inseguridad, es el más apasionante de los juegos, porque es la ruleta del amor la que interviene con los números de los taxis y de los autobuses, cada uno de los cuales nos puede traer el pleno de la felicidad, se decir, la mujer que se espera. La presentía en cada uno de los coches y de los autobuses que pasaban. Otras veces sentía el espejismo del amor y en el desierto del asfalto, entre la masa anodina y abigarrada de los transeúntes, veía como oasis inefable una mujer alta, rubia, de ojos azules, vestida de gris; luego, al aproximarse la belleza, se volatilizaba, pero el desierto asfalto no dejaba de alumbrar nuevas jóvenes cada vez más hermosas, a medida que avanzaba la hora que vivían sólo un instante y que morían como los ruidos, como el rumor de la circulación que pasaba, como los segundos...

El reloj avanzaba, las manecillas eran siniestras hoces sagadoras de ilusión; los letreros se iban ensombreciendo, el rumor de circulación le parecía más apagado, era la ciudad que se desilusionaba con él, la ciudad que no es una cosa inerte como pensamos, sino algo vivo y sensible que nos acompaña en nuestros infinitos estados de ánimo.

A las cinco y media, cuando ya había perdido casi toda su ilusión, apareció la joven rubia. Venía erguida, caminaba con la misma agilidad y rapidez que el día anterior, y apareció vestida con el mismo traje gris sastre. Las mujeres acuden siempre a la primera cita con el mismo vestido con que las conoció el galán, y los hombres con el mismo traje, ambos temen que al variar el más nimio detalle en el atuendo, se puede derrumbar el efecto de la primera impresión.

—Perdónem:—dijo casi sin poder respirar—, ha sido culpa del autobús.

—Sí, lo de siempre, el autobús, el taxi...; la advertido que estaba ya a punto de marcharme. Nunca he esperado a una mujer tanto tiempo

—Siempre dicen ustedes lo mismo.

—Pero esta vez es verdad, se lo aseguro.

—Bueno, perdone. ¿Le parece que lo olvidemos y que vayamos paseando hasta La Rosaleda?

—De acuerdo; pero a condición de que otro día sea más puntual.

Comenzaron a andar sin prisa hacia La Rosaleda. El pintor la analizaba ahora a la luz del día y la encontraba aún más interesante; lo que más le llamó la atención fué la piel blanca y rosada, la voz, una voz de mujer rubia, es decir, una voz absolutamente femenina y, sobre todo, los ojos azules a la vez serenos, profundos y misteriosos.

—¿Es usted madrileño?—preguntó ella sonriendo esperando una contestación afirmativa.

—¡Ah! Usted perdone, se me había olvidado presentarme. Me llamo Roberto Altares, soy madrileño y pintor, y he venido a hacer una Exposición a Barcelona.

—Yo me llamo Silvia; el apellido no se lo digo porque es muy vulgar.

—¿Qué concepto tiene usted de los madrileños? Aquí tenemos mala fama con las mujeres: suelen decir que somos poco serios.

—A mí me encantan; suelen disponer de tiempo para la mujer.

—Entonces usted—dijo el pintor con ironía—la mayor virtud que descubre en mí es la del ocio.

—No exagere; pero me agrada que el hombre disponga de tiempo, y los madrileños suelen tener bastante.

—Le advierto que Madrid se va pareciendo cada día más a Barcelona. De siete a nueve de la mañana las calles están llenas de gentes que van a trabajar; además, se están terminando los «Donjuanes» y es ya rarísimo oír un piropo en la calle.

—Es curioso—dijo Silvia sonriendo—, acabamos de conocernos y en seguida hemos iniciado un tema muy serio, propio de hombres de negocios.

—Es natural; cuando de verdad le interesa a uno una mujer se proyecta hablarla de amor y se termina hablando de cosas trascendentes.

* * *

La Rosaleda aquella tarde primaveral estaba concurrenciosísima y resultaba difícilísimo encontrar una mesa libre. Un camarero, correctamente vestido de



smoking tuvo que colocarles una mesa y sillas dentro de la pista de baile para que se pudieran sentar. En aquel momento salían a la pista unas bailarinas noruegas vestidas con trajes típicos que con sus niveos cutis y sus miradas gélidas, rebajaban unos grados la temperatura mediterránea.

Una vez que Silvia y Roberto se acomodaron, dijo aquella entre irónica y seria:

—Parece que le han gustado las noruegas...

—Desde luego; son maravillosas, tienen unos tipos perfectos; pero no se sienta celoso, yo las admiro sólo como pintor.

—¡Ah! Se me había olvidado que era usted un artista.

—El que verdaderamente se siente celoso soy yo; observo que desde que hemos entrado la acribillan a usted a miradas desde todas las mesas.

—No se sienta celoso; me miran sólo algunas señoras y señoritas porque me conocen de la tienda de modas donde trabajo.

—Y, naturalmente, la miran también los caballeros que van a la tienda a acompañar a esas señoras y señoritas. Ya veo que la saludan desde todas partes; este es el inconveniente de acompañar a mujeres demasiado guapas.

—Suprime lo del demasiado.

—Eso quisiera yo, poder suprimirlo, rebajar su



belleza; así yo no sentiría celos de esos «Donjuanes» que no hacen más que mirar a nuestra mesa. Se me ocurre una idea, Silvia. Veo que mis rivales valen más físicamente que yo, conozco muy bien a las mujeres y sé que no la podría conquistar como hombre, pero al menos quiero conquistarla como artista.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues escuche, que la voy a proponer algo que quizá le interese: Yo sé que usted ejerce una gran influencia sobre las gentes, que cuando elige en la tienda de modas donde trabaja un vestido o un sombrero las mujeres se lo copian; sé que todo lo que usted recomienda se acepta. Usted sabe que yo he venido a Barcelona a celebrar una Exposición de pinturas; yo creo que no pinto mal, la crítica me ha sido siempre favorable, pero a pesar de esto vendo muy pocos cuadros; hoy no basta con ser un genio, hay que tener barbas o bigotes o camisas de genio; yo me he dejado la barba y el bigote y me he encontrado ridículo, me he puesto camisas llamativas y tampoco se me ha tomado en serio; pero yo necesito de la propaganda, que como usted sabe es las tres cuartas partes de la pintura en nuestro tiempo, usted me puede ayudar en esa propaganda, usted es una guapa y

yo creo en el poder de las guapas; recomiendo usted mi Exposición en la tienda de modas como recomienda los modelos de vestidos o de sombreros. Yo no pretendo, como quizá usted haya pensado al decirle mi profesión, que sea usted mi modelo; al contrario, yo seré su modelo de primavera, ponga usted de moda a un pintor, y sobre todo lléveme a las «boites» y a los salones de té donde acude la gente que puede comprar cuadros; yo estoy seguro que en unos días me haré famoso gracias a usted, y el día que se inaugure la Exposición será un éxito.

Silvia, que había escuchado aquella proposición con el natural estupor, dijo con ironía:

—¿Usted cree que yo tendré influencia para hacerle triunfar como pintor?

—Indudablemente; usted es una guapa y yo creo en el poder de las guapas.

—Pero yo no soy una mujer tan extraordinaria —dijo Silvia segura de su belleza, después de dirigir una mirada envolvente al público que bailaba en la pista.

—No se haga la humilde; usted sabe que es capaz de eso y de mucho más. Fíjese como la admiran desde todas partes.

—Me parece que es usted demasiado optimista. Sin embargo, acepto su proposición. ¿Quiere decirme qué tengo que hacer para ayudarle a ganar popularidad?

—Ya le he dicho que salir conmigo estos días las horas que usted tenga libres. Es preciso que nos vean en los locales de moda: en El Captus en El Cortijo, aquí en La Rosaleda; iremos a cenar al Windsor, a tomar el aperitivo al Salón Rosa... Es lástima que no sea invierno, porque entonces bastaría con una noche en el Liceo. Estoy seguro que todo el mundo preguntaría que quien era el joven que acompañaba a la bella Silvia, y al día siguiente Roberto Altares sería conocido del gran público.

—Pues el plan que me propone usted es muy agradable para mí, pero tenga en cuenta que le va a resultar muy caro.

—¡Ah! Olvidaba decirle que no deje de hacerme la propaganda en la tienda de modas donde trabaja. Yo la enviaré uno de mis retratos, lo colocará usted a su lado y me recomendará a su clientela.

Silvia le seguía mirando con extrañeza.

—¿Le parece quizá absurdo lo que le propongo? Pues no es un absurdo; pintores que hoy son auténticos genios utilizaron en sus comienzos propagandas que se calificaron de locuras. Vivimos en una época en la que, para triunfar con rapidez, es preciso ayudarse con propagandas.

Se hizo una pausa y salieron de la pista nuevamente las bailarinas noruegas. Durante su actuación se acercaban a las mesas de vez en cuando y comenzaron a besar con humorismo a los calvos.

—¿Ve usted, Silvia? Esta es la propaganda de estas bailarinas noruegas: hoy todo artista necesita hacer algo excéntrico para triunfar.

* * *

La Exposición de pintura fué un éxito. Toda la Barcelona elegante y cosmopolita diríase que se había dado cita allí. Entre el público predominaban las mujeres y se tenía oportunidad de admirar los más variados modelos de sombreros, de vestidos y de bolsos. Después de mucho trabajo conseguía uno ver pintura, el trocito de un lienzo, el zapatito de un niño si se trataba de un retrato infantil o media docena de uvas si se trataba de un bodegón. Entonces al visitante le daban ganas de gritar: «¡Pintura! ¡Pintura!», después de haber navegado con la mirada por aquel oleaje primaveral de sombreros. En días sucesivos ya podía el visitante ver la pantorrilla completa del niño o un racimo entero.

Lo cierto fué que la Exposición tuvo un gran éxito y que Alberto Altares se hizo famoso en Barcelona. Sin embargo, si el pintor estaba plenamente satisfecho, Silvia se sentía herida en su amor propio: había logrado conquistar al pintor, pero no había conseguido conquistar al hombre, precisamente por ser ella demasiado guapa. Con esa naturalidad y excesiva franqueza con que hablan a los hombres las mujeres modernas, Silvia le hizo saber a Roberto que estaba profundamente enamorada, que se había cansado ya de representar en la vida el papel de guapa y el de maniquí y que su único sueño y su única ilusión

era casarse y dedicarse al hogar y a la vida de familia. Y había tal sinceridad en sus palabras y se lo repitió tan reiteradamente, que el suspicaz Roberto terminó por creer que aquella belleza estaba realmente enamorada de él.

Durante varios días, a Roberto y Silvia se les vió, no en los locales elegantes donde acuden los novios para que se les vea, sino en los cafés apartados de barrio, en los paseos alejados, donde apenas acude gente, en los parques... Silvia parecía haber transfigurado por arte de magia su personalidad. Aquella mujer coqueta y superficial, que diríase sólo era feliz cuando era admirada y recibía las atenciones del mundo, era ahora una muchacha del siglo pasado impregnada de romanticismo. Cambió por completo su manera espectacular de vestir, dejó de pintarse y se dedicó exclusivamente a complacer a Roberto. Este pasó las semanas más felices de su vida; jamás había tenido un amor tan interesante, y además adquiriría la impresión de haber conquistado no sólo una mujer, sino un espíritu.

Un día acudió Roberto el pintor a comunicarle a su amigo Andrés que estaba decidido a casarse con Silvia, ya que habían desaparecido por completo sus suspicacias al comprobar el cambio radical que se había producido en la muchacha.

Su amigo le volvió a repetir que era una muchacha peligrosa y que lo único que deseaba era conquistarle y dominarle, y que, una vez que lo-grase casarse con él, volvería a representar en la vida su papel de mujer fatal, de mujer guapa. Pero Roberto estaba tan enamorado que, lejos de agradecerle su consejo, le rogó casi con violencia que no volviera a mezclarse en este asunto.

Aquella misma tarde estaba citado Roberto con Silvia frente a Parellada, como tantas otras veces. Cuando llegó ésta se dirigieron hacia La Bodega, el famoso salón de té de la Rambla de Cataluña. Silvia iba vestida con aquel traje sastre de color gris con que la conociera la primera tarde, y al socaire de aquel vestido el amor que por ella sentía Roberto se incrementó extraordinariamente. Porque toda mujer tiene un vestido que es con el que más atrae, con el que más inspira, con el que verdaderamente es amada; un vestido que no es vestido, sino que está tan fundido al cuerpo y al espíritu de la mujer, que es cuerpo y espíritu de mujer también. Al llegar a la esquina de Aragón, Roberto se detuvo frente a Silvia, que en aquel momento le pareció más hermosa que nunca. Pasaron unos instantes de silencio; Roberto no se daba cuenta de cuanto pasaba en torno suyo: no veía ni los transeúntes que pasaban sin cesar, ni los coches, ni siquiera escuchaba la trepidación de un tren que en aquel instante pasaba por la calle de Aragón. Seguidamente, Roberto le iba a decir allí mismo que estaba decidido a casarse con ella, pero inesperadamente vió sobre la cabeza de ella, con inusitado estupor, algo que le dejó paralizado.

—¿Qué te sucede, Roberto? Te has puesto pálido, te encuentro algo raro; me ibas a hablar de algo importante, estoy segura, y de repente has enmudecido.

Roberto no sabía qué contestar. Lo que había visto sobre la cabeza de Silvia le tenía hipnotizado; quiso hablar y no pudo articular palabra. Recordó que su amigo le había dicho que Silvia era una mujer peligrosa, pero él no había hecho caso y desobedeció el consejo de su amigo. Ahora era la ciudad la que hablaba, porque sobre la cabeza de Silvia aparecía un letrero con letras de gran tamaño escritas sobre la fachada de la casa que decía: «Peligro». ¿Sería aquello una alucinación, una fantasía? ¿Estaría obsesionado con lo que su amigo reiteradamente le había dicho? Pero, no: el letrero era auténtico, era una tangible realidad. Debajo de la palabra «Peligro» se leía: «Calle en obras».

Sin embargo, aquella era la voz de la ciudad, la advertencia de la ciudad, pues éstas tienen también su idioma: nos hablan con la trepidación de los trenes, con los «claxons» de los coches, con el traqueteo de los tranvías, con el verdor de sus árboles, con el color indefinible de las fachadas, con sus letreros... Y la ciudad le decía a Roberto que la mujer demasiado guapa tiene un gran poder en la vida mundana, pero es un peligro para el matrimonio.



*Elegantes
confecciones
para hombre
en el 2º piso.*

Prestigio de

**Galerías
Preciados**

MADRID

LABOR PORTUARIA

Por **Gregorio PEREZ CONESA**
Director General de Puertos y
Señales Marítimas

LOS puertos españoles forman un conjunto que, dentro de su variedad, presenta una unidad expresiva de las características geográficas y económicas de la nación. En su conjunto podemos considerar dos agrupaciones: puertos de carácter insular y puertos peninsulares. Los primeros, situados en Baleares, Canarias, Fernando Poo y la costa de Africa española, son puertos esencialmente marítimos, con una zona de influencias o hinterland muy reducido o de escaso valor económico y una activa vida marítima, representada por la escala y avituallamiento de buques y la exportación de los productos del país. La escala de buques de líneas de navegación internacional tiene una ventaja económica que valoriza la producción local, ya que pasan por el puerto buques muy numerosos con los destinos más variados, para los cuales ofrecen espacio disponible y flete ventajoso en muchas ocasiones, lo que permite exportar con facilidad los productos del país y acerca económicamente a los mercados internacionales con ventaja sobre otras zonas de producción quizá más próximas, pero peor comunicadas, creando una fuente de obtención de divisas cuya importancia para la nación no se puede ignorar. La escala, el avituallamiento y el transbordo de mercancías son fuentes de riquezas y de producción de divisas, que deben ser fomentadas cada día más en los puertos españoles.

Los puertos peninsulares ofrecen la especial característica de tener que atender a un tráfico distribuido con relativa uniformidad a lo largo de la costa, circunstancia más destacada en lo que afecta a la carga general.

Otras naciones tienen el tráfico portuario localizado en la desembocadura de grandes estuarios. Rotterdam. Amberes. El Havre. Burdeos, o en puntos próximos a zonas económicamente ricas, a veces pertenecientes a diversas naciones, como Trieste, Génova, Marsella. En estos casos, los restantes puertos del país tienen importancia mucho menor.

En la Península Ibérica la situación es distinta por su forma aproximadamente cuadrada y por estar agrupada la población en el litoral, zona poblada o industrializada, a diferencia de las altas mesetas centrales, condición que provoca una distribución del tráfico de muy difícil desvío por la dificultad y coste del transporte terrestre a lo largo de la costa y por la necesidad económica de servir al tráfico en el lugar de su producción, principalmente los productos destinados a la exportación que tienen que salir al mar con un coste mínimo de transporte desde el lugar de su origen.

Otra característica de la Península es la dificultad de acceso marítimo a sus costas, impedido por lo escarpado del litoral o por acumulaciones de arena que forman barra en la desembocadura

de los ríos y alejan de las costas los fondeaderos. Si exceptuamos Pasajes, Avilés, las rías gallegas y Lisboa, los demás puertos tienen que ser unos abrigados con diques y otros conservados su acceso y calado con dragado, y algunos ambas cosas.

Hoy estas dificultades de acceso marítimo a la costa son menos aparentes debido a la labor realizada por las generaciones pasadas, sobre todo desde la promulgación de la ley de Puertos de 7 de mayo de 1880 y de la constitución de las Juntas de Obras y Servicios de Puertos, que han organizado las obras y la administración de los puertos; mejor dicho, que han creado un puerto eficaz en cada punto de la costa donde desde muy antiguo existe tráfico marítimo, y que posiblemente con el transcurso de los siglos habían perdido sus favorables condiciones antiguas, sobre todo frente a los buques de la época moderna.

La ley de Puertos dicha ha sido un remedio acertadísimo para la eficacia de nuestros puertos y es, ante todo, una ley muy española, adaptada en la época de su promulgación a la realidad portuaria nacional, que no ha perdido actualidad. Esta ley, con criterio y ánimo españoles, se enfrentó con un problema ingente y lo abordó a largo plazo, único modo de resolverlo. El esfuerzo y el tesón durante tres cuartos de siglo de trabajo, los recursos invertidos y los prestigiosos ingenieros que estudiaron los proyectos y realizaron las obras no ha legado en el momento presente una realidad, base de la resolución total del problema. Llamamos momento presente a la situación del año 1946, en que, vencidas las dificultades originadas por nuestra Cruzada y la guerra mundial, se inició una etapa, la más intensa en construcción, que ha transformado nuestros puertos y continúa su labor de mejora.

El Gobierno, bajo la acertada dirección del Caudillo y con alteza de miras, ha ido dotando a cada Junta de recursos propios y localizados en forma que asegura su inmediata y eficaz intervención, iniciando una etapa de actividad muy superior a lo intentado hasta la fecha.

Esta gran actividad alcanza a los puertos pesqueros y a todos los pequeños o rudimentarios dependientes de la Comisión Administrativa de Puertos, a cargo directo del Estado, como también a las Señales Marítimas, en cuyo campo realiza una labor renovadora y de modernización, que era muy necesaria por el atraso en que estábamos a causa del abandono de más de medio siglo y las destrucciones de la guerra.

Es, pues, justificado el optimismo de estimar que, continuando la labor portuaria hoy en marcha, conseguir en plazo breve alcanzar la meta de regenerar nuestros servicios hasta acomodarlos a las necesidades que ellos deben atender y estar preparados para las ampliaciones y mejoras que demanden los progresos de la técnica y el desarrollo del tráfico marítimo.

PAIS DE LA ESPERANZA, por *Rafael Montesinos*
SONETOS DE LA VERDAD, por *Antonio Murciano*
CANTO DEL CAMINAR, por *Claudio Rodríguez*

Son tres títulos de composiciones que publica POESIA ESPAÑOLA en su número 24

Todos los meses aparece

POESIA ESPAÑOLA

Precio: DIEZ PESETAS



CON LOS INDIOS CUNAS en las islas de San Blas

CRUZAR el «charco» y media América, desde Canadá hasta Panamá, «puente del mundo», brindaba muchas sensaciones. Pero acaso ninguna como la oportunidad de presenciar la más extraña ceremonia que he podido contemplar en mi vida, y, sobre todo, convivir unos días con los indios cunas del archipiélago de San Blas.

Ceremonias pintorescas de esta índole no se presentan a menudo al turista ni al viajero. Fuimos en la lancha «Pescadora» varios periodistas, representantes de la United Press y del *New York Times*; una linda periodista panameña, Manolita de la Guardia, dos gentiles fotógrafos norteamericanos y el cronista. Con el banquero suizo Mr. Georges Barbey. Setenta años bien llevados, una imponente barba blanca, rizada, y un talonario de cheques. Filantropía y curiosidad unidas a un fino sentido del humor.

EL FAMOSO CACIQUE NELE KANTULE

El señor Barbey había estado dos años atrás en Panamá. Una excursión al archipiélago de Las Mulatas le hizo quedar allí varado unos meses, en medio de una civilización desconocida. Le hablaron los indios del famoso cacique Nele Kantule, fallecido algún tiempo atrás. Conoció sus costumbres, sus trabajos, y para corresponder a la confianza de los indios se llevó una fotografía del cacique Cuna, prometiendo llevarles una buena ampliación.

Al cabo regresó con un busto de Nele Kantule. La realidad había superado lo prometido. La entrega iba a tener una solemnidad inusitada en el archipiélago.

El banquero nos contaba su

EN EL ARCHIPIÉLAGO DE LAS MULATAS

Una civilización anterior al descubrimiento de América

aventura. Cuando hizo amistad con los caciques y cuando ellos le informaron sobre su inolvidable Nele Kantule. Había sido un gran propulsor de la civilización indígena. Con el cacique Iña Patifia participó en la sublevación patrocinada por Marsh para implantar en el archipiélago de Las Mulatas la pintoresca y efímera República de Tule, en febrero de 1925.

Eran las nueve y media de la noche cuando salíamos del puerto de Colón. Las palmeras se despeinaban en las sombras de la noche estrellada. La lancha costea a lo largo del litoral de la comarca de San Blas, rumorosa de seiva y de misterios. Las cimas de la serranía del Darién alzaban sus crestas, mientras quedaban atrás los nombres que hicieran gloriosos el Descubrimiento y la colonización. Nombres y pueblos que devora la selva. Poblados que se hundieron entre lianas y árboles gigantes para guardar, más celosos de su gloria, las páginas de la gesta. Allí quedaron con las piedras sillares y con



De la visita del banquero suizo mister Barbey a la isla de San Blas quedaron estas fotografías. Arriba le vemos rodeado de niños que le ofrecen sus collares. Abajo, con un grupo de indios cunas, junto al busto de Nele Kantule

los bronceos de sus campanas y sus cañones. ¿Dónde están Acla y Santa María la Antigua? Sólo sabemos de sus nombres y acontecimientos por las páginas de la Historia.

EL PIRATA DRAKE, EN EL FONDO DE LA BAHIA

Aquella noche no pude dormir. Brotaban de repente todas las lecturas de mis años mozos. Se agolpaban de pronto cuando el piloto señalaba lugares que fueron hitos incommovibles. El fuerte de San Lorenzo, en la desembocadura del río Chagres Portobelo, sembrado de castillos, y con la tradición de ser el punto de



La isla Ustupu

partida de los galeones. En el remanso de sus aguas el pirata Drake, en su atad de plomo, mantiene su impotencia por unos fuertes que no pudo arrebatar a los españoles. Allí está, en el fondo de la bahía, junto a la isleta, que es centinela de una ambición frustrada.

Nombre de Dios, donde Lope de Olano encontró a Vinuesa... La luna se alzaba entre los valladares ribereños de bambúes, por donde en otro tiempo se agrupaban las naves corsarias para sorprender a los galeones españoles. Allí se calcinaron huesos de piratas y conquistadores, entre nombres de ríos y ensenadas, que pusieron escalofríos en los libros de a bordo.

Cuando al amanecer se comenzó a divisar el archipiélago de Las Mulatas, pasados la península y el golfo de San Blas pareció levantarse de repente un telón de leyenda oriental. Grupos de palmeras y cocoteros surgían de las aguas. El horizonte se llenaba de palmeras que parecían brotar del agua como un presente del mar. No se veía tierra por parte alguna; sólo manchas verdes, que se confundían con el azul del Océano. Pero, ¿y las islas? El piloto explicaba: «Las islas son coralíferas. Están a flor de agua. Muchas no sobrepasan veinte centímetros el nivel del mar. Nadie sabe siquiera cuántas islas hay. Quién asegura que su número se eleva a trescientas sesenta y cinco. Y quién asegura que pasan de quinientas.»

Paralelas a la costa, a lo largo del espinazo de la cordillera del Darién, llegan hasta Colombia. Un rosario con cuentas de penachos verdes para rezar en el Mar de los Descubridores la oración del trópico sorprendente.

FRENTE A LA ISLA PORVENIR

Por todas las escotillas asomaban los pasajeros. Nos hallábamos frente a la isla Porvenir. Cerca se veían algunas islas, como bancos de arena, sin vegetación, pero con chozas de palma y nipa, como si se hubieran construido sobre las aguas. Nos cercaban los «cayucos», embarcacio-

nes construidas con el tronco de un árbol. Los indios movían los remos a compás, manteniéndose a una prudente distancia.

De cada isla recogeríamos los «sháguilas», jefes de tribu. Islas pequeñísimas, de nombres extraños: Narganá, Akuan-Tupú, Nalú-Negá, Aligandí...

Y en cada una de ellas toda la población volcada en la orilla misma del agua. Las indias, con sus telas de colores chillones, sus grandes discos de oro por pendientes, su anilla de oro en la nariz; grandes chorros de monedas que se desbordan a lo largo de su cuerpo, entre collares de semillas, de caracolas y de colmillos de animales feroces. Brazaletes enormes que oprimen sus músculos, deformando sus brazos y piernas. Sobre las cabezas, unas tocas con flecos y greas de colorines; los pies, descalzos. Los indios, con calzones y guayaberas. Todos llevan los pies desnudos, pero, eso sí, el sombrero calado, por debajo del que se desfleca su largo cabello aceitoso. Y niños, muchos niños. Todos vestidos de fiesta. Y entre el bronce caliente de las multitudes de niños la suavidad blanca de los albinos, con sus pupilas incoloras y su expresión blanda. Gritos suaves, palabras llenas de armonía en un idioma de párrafos largos e incomprensibles.

De los embarcaderos de bambú saltan en tropel los «cayucos». Daban la impresión de formar con sus tripulantes una pieza, tallados en la misma madera. Como no es posible adivinarlas la edad. De pequeña estatura, parecen haberse estabilizado en el desarrollo. Todos tienen la cabeza muy grande y los hombros muy anchos.

En cada isla tienen un «parlamento», donde se reúnen cada noche los hombres casados. Nadie puede visitar la isla sin el permiso del «sháguila», y mucho menos pernoctar. En sus islas no hay agua, que transportan en sus «cayucos» de la desembocadura de los ríos próximos; la caza y la pesca son sus principales ocupaciones. Los cultivos, el plátano y la caña de azúcar. Lo demás lo da la selva próxima. Si enferman atribuyen su dolencia a los malos espíritus; los ídolos—«muchus», dirigidos por el Nele, apresan a estos ladrones de la salud y hacen que le sea devuelta a los pacientes.

«LA REINA DE CASTILLA NOS CEDIO ESTAS TIERRAS SOLO PARA NOSOTROS»

Quieren a la arena lo mismo que a su independencia. «Aquel que ha hecho la arena la creó



Llegada de la lancha «Pescadora» a una de las islas del archipiélago de las Mulatas

para los indios que antes existían, para los que ahora existen y para los que luego existirán.»

Me referían que no quisieron vender la arena de sus playas para las obras de construcción del canal de Panamá, alegando que «la Reina de Castilla les cedió esas tierras solo para ellos».

Los pequeños «cayucos» nos precedían, se acercaban por las bandas o nos seguían, ágiles y marineros. A las seis de la tarde llegaba nuestro barco a Ustupú, donde se iban a desarrollar los acontecimientos. Antes llegaron indios de las islas cercanas. El señor Barbey, a proa, saludaba a la multitud, que, agrupada en la orilla, entonaba sus cantos de bienvenida.

Pronto se formó una singular comitiva. Los «sháguilas», empenachados de plumas; los indios, con sus blancas guayaberas, en contraste con las ropas abigarradas de colorines de las nativas; la multitud de chiquillos de todas edades que rodeaban al banquero llamándole algo así como «tadolosicaspú», que viene a significar «abuelito de las barbas blancas». Mientras caminábamos la lindísima Patt, una de las dos fotografías norteamericanas, se obstinaba en contar las monedas de oro que en su pecho llevaba una india en sus collares. Se cansó después de haber contado monedas por un valor de más de ochocientos dólares.

En el «parlamento», choza con techo de paja, como todas las demás, había algunas sillas y muchos chinchorros (hamacas) colgados del techo. Allí esperaba el «sháguila» general de todas las islas, Olotebiliguíña, gran cacique de San Blas. En un poste, el retrato de Nele Kantule; junto al mismo, otro retrato del general Pershing, de uniforme de gala. Y al saber que se encontraba allí su foto por lo «vistoso» que resultaba, lamenté no haber llevado conmigo un retrato de Luis Miguel en traje de luces.

Dejamos el lugar de los discursos para conocer el poblado y observar a las indias. Son curiosas, pero no preguntan nada. Todo lo miran atentamente, sin dejar de sonreír. Junto a cada choza, donde vive la familia, hay otra más pequeña, también con techo de nipa, que hace las veces de cocina. Grandes caparazones de tortuga por utensilios, y en las calles, estrechas y compactas, que llegan al filo del agua,

algún trapiche primitivo para moler la caña de azúcar.

Me llamó la atención la abundancia de niños albinos. Se asegura que es ley de herencia de la colonia escocesa que se había establecido en el Darién en tiempos de la conquista y que fue arrojada por nuestros colonizadores. Antes, los niños que nacían así eran ahogados... Después trataban de ocultarlos hasta que eran mayores. De todas formas tienen la triste suerte de ser postergados a todos para el matrimonio. El orgullo de raza no tolera los cruces, pero el problema subsiste, pues de indios de raza pura nacían albinos.

DIALOGO CON UN INDIO

Por una calle solitaria venía un indio, indiferente, masticando tabaco. Yo le conocía de verlo en veces anteriores con su «cayuco» en el puerto de Colón y sabía que conocía el español. Al hacerme el encontradizo no tuvo otro remedio que aceptar el diálogo. Me condujo, ceremonioso, a su cabaña, y en la puerta me presentó dos huevos de tortuga. Puso uno en cada una de mis manos, hizo que las cerrara y musitó así: «Iti al ga sai». («Esto te doy para que seamos amigos».)

Me informó sobre la manera de ser amigos. La amistad puede hacerse comiendo los dos de un mismo plato o cambiando la comida uno con otro cuando ya han empezado a comer.

—Y esta amistad, ¿qué derechos da?

—Yo ya puedo ir a tu casa cuando quiera; tú has de hacerme un regalo.

No vacilé en hacerle el obsequio del único objeto que llevaba encima. Una pipa adquirida en Nueva Escocia. Aceptó complacido, repitiendo:

—Tú eres mi «anal». Mi amigo. Y cuando se invoca la amistad hay que recordar lo que se ha comido juntos.

Sabía leer y escribir en castellano. Me di cuenta en seguida. Al preguntarle sobre sus conocimientos, me contó que había viajado mucho. Se dedicaba al comercio de la copra.

—¿Dónde te educaste?

—En la isla Corazón de Jesús, con los misioneros.

—¿Y no te gusta más vivir en Colón, en Cristóbal o en Panamá?

—No. Prefiero mis islas. Nos-

otros cambiamos de isla cuando queremos, sin consultar a nadie. Nuestros amigos nos ayudan a construir nuestras casas y nuestros «cayucos». Lo mismo que todos nos ayudamos en nuestras faenas.

—¿Cómo vivís en las islas tan cerca de la costa, sin agua, en lugar de habitar allá?

—Vivimos en las islas huyendo de los mosquitos. Aquí sólo está nuestra habitación, pero en la selva próxima está nuestro trabajo...

Llegaban, corriendo, los niños alrededor del señor Barbey. Sacaban collares de sus casas. Junto al suizo, dos mujeres en las que los años se habían parado. Parecían anteriores a las pirámides. Eran las hijas de Nele Kantule. Al lado de ellas, un indio alto con gafas y aire de intelectual. Mi nuevo amigo hizo la presentación:

—El doctor Alcibiades Iglesias, graduado en los Estados Unidos.

Tras el apretón de manos, en un aparte me contó la vida de Iglesias. Estudió en el Norte, donde había sido llevado por unos misioneros. Al acabar sus estudios se casó con una norteamericana y ambos regresaron a sus islas, donde viven. El matrimonio ha echado sobre sus hombros la tarea de introducir la civilización occidental entre los indios cunas.

—Es muy difícil—decía mi amigo—. Están muy apegados a la tradición. Ya la sublevación fué para fundar la República de Tule. Nuestros caciques saben que nuestra civilización es más antigua que la vuestra. Y no olvides que fueron antepasados nuestros los que enseñaron a Balboa la ruta del Mar del Sur.

Se hacía de noche y habíamos de volver a la lancha. A la mañana siguiente sería el descubrimiento del busto. Y Pat, la bellísima e infatigable Pat, no ceaba de rodar kilómetros de película. Era una estampa de la juventud de un pueblo sano y vigoroso en medio de una civilización anquilosada en su aislamiento. Choque violento el dinamismo de la americana del Norte con la taciturna seriedad de las cunas, cargadas de collares, de las pesadas «molas» (las blusas de colorines) y de aros y discos de oro.

Ya a bordo los comentarios sobre las costumbres de San Blas. Así como de su vecina provincia

Bella perspectiva desde el mar de una de las islas



Primitivo procedimiento para moler el maíz, utilizado por los indios cunas



del Darién, donde los indios se niegan a admitir los usos de la civilización y aun el paso de los blancos. Recientemente, arrojaron de su territorio a una misión científica que llevaba remedios y medicamentos para combatir una epidemia.

La noche se presenta propicia a recordar historias. La noche tropical, con todo su color y primitivismo en los bohíos de las islas. Un mundo dormido, donde se detuvo el reloj del tiempo en los albores de una civilización.

UNA TUMBA EN LA ISLA DESIERTA

Con la mañana volvieron las ceremonias. La visita a la tumba de Nele Kantule, en una isla desierta. Un islote a flor de agua entre la isla Usttupuy y la costa. En el centro, la tumba, sencilla;

cuatro postes con una cúpula cuadrangular de cinc, materia estimadísima por los cunas. En el suelo, una capa de cemento, donde en un recuadro tosco se lee, grabado en letras de nuestro alfabeto: «Aquí descansan los restos del Gran Cacique Nele Kantule (Q. E. P. D.), nacido en Pustugandí en los años de 1860. Murió en Ustupo el día 3 de 1944.» Sin duda, como vacilaban en el mes al hacer la inscripción agregaron más tarde, con una raya: «Septiembre.» No tienen calendario ni noción del tiempo. Realmente es que no tienen que ir a la oficina.

Las dos hijas de Nele Kantule, Vagadevievilili y Kattoliwa, se sentaron junto al banquero. Curioso contraste de atuendos. A las diez de la mañana, y con el ceremonial de costumbre entre occidentales, se descubría en la pla-

za principal el busto del famoso cacique. Hubo los discursos de rigor por parte del banquero, del diputado del distrito y de un nieto de Nele Kantule. Al acabar las ceremonias empezaron las despedidas. A la lancha llevaron los familiares del cacique y los notables de las islas varios presentes para el señor Barbey. Idolillos de madera, toscos collares de conchas y huesos, amuletos para preservarle de toda suerte de males...

Al regreso nos deteníamos en las islas para dejar a los caciques y personalidades cunas que habíamos llevado a la ida.

A proa, junto al mástil del gallardete de la «Pescadora». Pat, la gentilísima Pat, era un bello mascarón en aguas de leyenda.

José DEL CASTILLO

DOS HOMENAJES A "AZORIN"

POESIA ESPAÑOLA incluye en el sumario del número 24, que acaba de ponerse a la venta, cinco sonetos de Francisco Javier Martín Abril, bajo el título de «POEMA DE AZORIN EN CINCO TIEMPOS». A continuación se publica «ALMA ESPAÑOLA», adhesión del poeta Raimundo de los Reyes al homenaje que

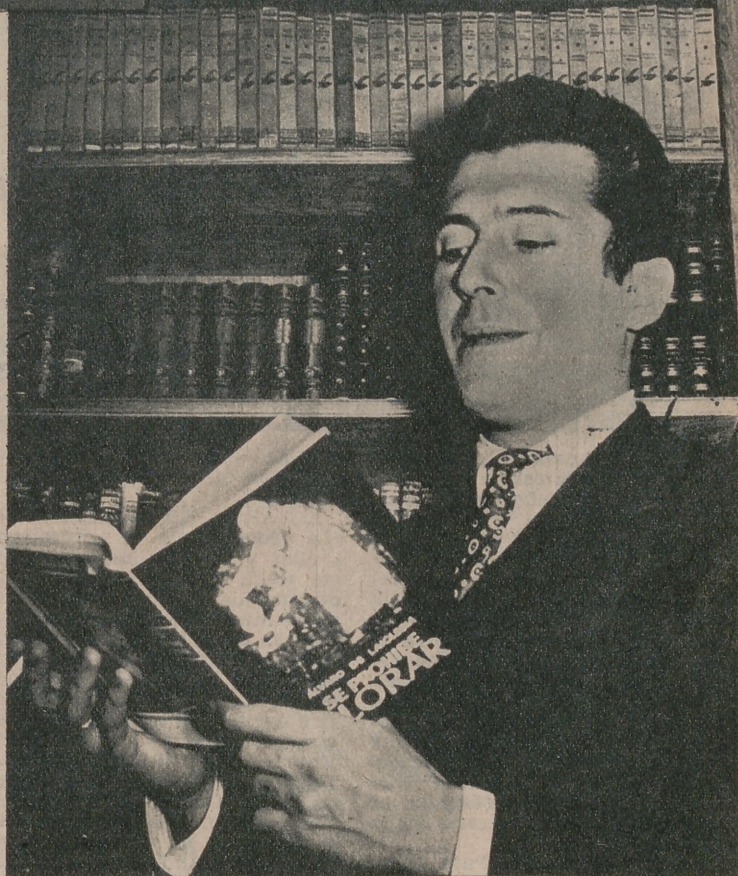
Siela ha tributado al autor de «Los Pueblos»

POESIA ESPAÑOLA

se publica todos los meses y se vende a DIEZ PESETAS

UNA ENTREVISTA SIN CARCAJADAS

“SOY EL MEJOR HUMORISTA DE MI EDAD EN ESPAÑA Y SUS COLONIAS”



El humor de Alvaro de Laiglesia hay que buscarlo en sus libros y en "La Codorniz"

CALLE de Claudio Coello, larga y silenciosa, con tímidas pretensiones de aristocracia. En el número 86, el portero de librería es un hombre de normal apariencia, no uno de esos entes que han popularizado los lápices de Herrerros y de Mingote. Hasta este momento, nada «codornicesco» en el ambiente. El ascensor sube con toda seguridad al piso cuarto. Faustino de Lima exhibe una Parker 21, como para dar a entender que lleva preparada su arma contra el director de «La Codorniz». Torremocha acaricia la máquina fotográfica. María Josefa Sanz Beneded se convence ante el espejo de que el «rouge» de los labios continúa en su sitio.

Doncella con cofia y delantal blanco. A la izquierda del vestíbulo, una habitación amplia, dividida en dos cuerpos. Atmósfera caldeada. Un sofá rojo de cuero, un alegre cuadro de Picó encima de la chimenea; en el panel, un angelito bonachón, con grandes mejillas sonrosadas, que duerme bajo las miradas de las majas de Picó.

Sobre la mesita baja, las copas y botellas, clásicas ya en estas entrevistas.

Se abre una puerta de corre-

dera con espejos y entra en escena Alvaro de Laiglesia. Su aparición no tiene nada de espectacular. Presentaciones, café, jergonzos de «flash» y un ambiente ligeramente gélido, a pesar de la calefacción. Tomamos asiento. Alvaro de Laiglesia tiene voz de doblaje de película, voz pausada y honda, a lo Tyrone Power.

Rompemos el fuego, después de unas primeras frases en las que hay, por ambas partes, una acusada timidez.

RUIZ CATARINEU.—¿Cuánto tiempo ha tardado en escribir «Se prohíbe llorar»?

ALVARO DE LAIGLESIA.—Cuatro meses.

RUIZ CATARINEU.—¿Le ha costado mucho trabajo encontrar editor para la novela?

ALVARO DE LAIGLESIA.—Lo tenía ya antes de empezar a escribirla. Yo sólo trabajo por encargo.

SANZ BENEDED.—¿Qué autores han influido principalmente en su formación literaria?

ALVARO DE LAIGLESIA.—Ninguno. Yo he leído muy poco y, por consiguiente, no puedo considerarme influido por nadie. Noten ustedes que digo influido y no influenciado.

Va rompiéndose el hielo después de estas primeras preguntas. María Josefa, sin pedir permiso, sirve más café a todos.

LIMA.—¿Cuántos humoristas ha sacado usted del anónimo en «La Codorniz»?

ALVARO DE LAIGLESIA.—Casi todos los que colaboran actualmente en ella. Muchos tienen ya fama internacional. Mingote, Chumy, Munoa...

RUIZ CATARINEU.—Una gran parte de su novela «Se prohíbe llorar» está hecha con artículos publicados anteriormente en «La Codorniz». Es decir, que hay en ella «refritos».

ALVARO DE LAIGLESIA. (Interrumpiendo.)—No son «refritos». El haber colocado en la novela trabajos míos de «La Codorniz» ha obedecido, sencillamente, al deseo de que aquella fuera más gorda.

LIMA.—¿Es cierto que hay muchos escritores que solicitan como una distinción ingresar en la «Cárcel de Papel»?

ALVARO DE LAIGLESIA.—Sí. Tenga en cuenta que en la «Cárcel de Papel» no hay bills. Se trata simplemente de una broma inocente que tiene por objeto resal-



«Quizá esperaban verme aparecer con un bigote postizo y dando saltos mortales; pero yo soy un humorista, no un payaso»

tar una personalidad notable. El slogan de la «Cárcel de Papel» es fustigar los pequeños defectos de las grandes figuras, y el ingreso en ella no tiene por qué tomarse como una ofensa. Concretamente, sí, me han pedido muchas veces el ingreso en la «Cárcel de Papel», pero no admito recomendaciones para ello, sólo entra el que lo merece. Recientemente fué encarcelado alguien que lo había solicitado con insistencia, pero sólo porque había surgido un motivo para ello. Lo bueno es que se indignó mucho. Hay quien lo toma muy a mal e incluso hace cartas circulares y octavillas en multicopista para protestar y justificarse.

SANZ BENEDED.—Para hacer la parodia de EL ESPAÑOL en «La Codorniz», ¿lo leyó usted?

ALVARO DE LAIGLESIA.—Desde luego. Lo leo muchas veces.

RUIZ CATARINEU.—¿Y qué opinión le merece?

ALVARO DE LAIGLESIA.—Me parece una revista muy simpática y muy barata.

Más café, más copas, más fotografías. Alvaro de Laiglesia habla mucho. No es fácil hacerle preguntas, porque sus respuestas se parecen mucho a un discurso doctoral, y si no se le corta no hay manera de meter baza.

SANZ BENEDED.—A usted le gusta mucho hablar, ¿verdad?

(Más que una pregunta ha sido una afirmación, un comentario.)

Alvaro de Laiglesia se queda perplejo, y, al fin, responde:

ALVARO DE LAIGLESIA.—Nunca me había parado a meditar sobre eso, pero ahora que usted lo dice... Puede que tenga razón. Hablo demasiado, ¿no?

(Habla, sí, y, además, da la sensación de que se escucha a sí mismo.)

LIMA.—¿Atribuye usted gran parte del éxito de «La Codorniz» a su contenido de crítica de la vida y a sus ataques contra los errores de nuestro viejo y querido Ayuntamiento?

ALVARO DE LAIGLESIA.—El éxito de «La Codorniz» está en su forma de adaptarse al gusto de los lectores y en su variedad de contenido.

LIMA.—¿Le ha perjudicado la aparición de otras publicaciones humorísticas?

ALVARO DE LAIGLESIA.—No. «La Codorniz» las ha perjudicado a ellas y las ha hundido. A mí me gusta que haya otras publicaciones de humor, para que pueda contrastarse el valor de la mía. Es como cuando se tiene un hermoso brillante al que no se aprecia su brillo si no se le compara con otro. «La Codorniz» no es apreciada en todo su valor más que cuando surge la competencia. Entonces los lectores piensan: «Qué malo es esto.» Y que buena es «La Codorniz». Hay un hecho positivo y es que mi revista es la única de este género, que sigue publicándose a los trece años de su aparición.

SANZ BENEDED.—¿Sería usted igualmente conocido como humorista si no fuese director de «La Codorniz»?

ALVARO DE LAIGLESIA.—Exactamente igual.

RUIZ CATARINEU.—Entonces usted cree valer más como escritor que como director.

ALVARO DE LAIGLESIA.—Yo soy escritor. La Dirección de «La Codorniz» es una actividad que desarrollo en mis ratos libres. Tenga presente que no sólo de «La Codorniz» vive el hombre. Soy el mejor humorista de mi edad en España y sus colonias y creo que no hay buena literatura de humor, aparte de la mía.

LIMA.—¿Qué opina de los premios literarios? El «Nadal» por ejemplo, que ahora está de moda.

ALVARO DE LAIGLESIA.—Un premio muy simpático, creado para concedérselo a muchachas de familia modesta que se ganan penosamente la vida trabajando. Ya hace tiempo dije que debían cambiarle el nombre y llamarle, en lugar de Premio «Nadal», «Premio Dedal».

RUIZ CATARINEU.—¿Cree usted en la influencia formativa de los clásicos en literatura?

ALVARO DE LAIGLESIA.—No lo sé. No conozco a los clásicos, gracias a Dios.

LIMA.—¿Escribió usted en serio alguna vez?

ALVARO DE LAIGLESIA.—Una. Pero me dió tanta vergüen-

za que rompí lo escrito en seguida.

Maria Josefa Sanz Beneded pide un vaso de agua. Luego busca un cenicero, porque le da pena que tiremos la ceniza de los cigarrillos en el suelo, perfectamente encerado. El director de «La Codorniz» comenta:

ALVARO DE LAIGLESIA.—Ustedes son muy simpáticos. No formulan preguntas impertinentes y traen una compañera muy guapa, que, además, hace los honores de la casa mejor que yo.

RUIZ CATARINEU.—¿Esperaba acaso que esta entrevista se desarrollase de otro modo?

ALVARO DE LAIGLESIA.—Tal vez. Yo comprendo que la gente está siempre esperando de mí que diga cosas divertidas. Por eso temo defraudarles. Quizá esperaban verme aparecer con un bigote postizo y dando saltos mortales, pero yo soy un humorista, no un payaso.

SANZ BENEDED.—Creo que eso nos hubiera defraudado más.

ALVARO DE LAIGLESIA.—Me hago cargo de que esta entrevista sería mucho más sensacional si yo dijera, por ejemplo, que don Pío Baroja es un pobre imbécil. Bonito titular, ¿verdad? Pero no puedo decir eso, porque don Pío me parece un viejecito encantador y un novelista genial.

RUIZ CATARINEU.—En general, todos los entrevistados tienen miedo de citar nombres. Supongo que usted...

ALVARO DE LAIGLESIA.—Yo, no. Estoy deseando que me hagan preguntas difíciles. Adelante.

RUIZ CATARINEU.—Cíteme entonces los tres mejores escritores contemporáneos.

ALVARO DE LAIGLESIA. *(Sin vacilar.)*—Wenceslao Fernández Flórez, un escritor universal y el mejor humorista español de muchos siglos. Después, José María Gironella y Camilo José Cela.

SANZ BENEDED.—Díganos ahora los nombres de los mejores autores teatrales.

ALVARO DE LAIGLESIA.—Mihura y Edgar Neville. Y puede usted agregar que hay muchos, porque en realidad hay muy poquitos.

LIMA.—Tres periodistas.
ALVARO DE LAIGLESIA.—Ci-

taré cuatro. Francisco de Cossío, González-Ruano, Agustín de Foxá y Víctor de la Serna.

(Aparece en escena la esposa de Alvaro de Laiglesia. Es amable y sonriente. Lleva en la mano las llaves del coche y pregunta a su marido si va a ir a buscarla. El dice que no, que la espera en casa. Y cuando se marcha, aclara):

—Ya ven. Hoy es el décimo aniversario de mi boda. Pero no me importa celebrarlo con ustedes. Sirvanse más café.

RUIZ CATARINEU. — ¿Cuántos libros ha publicado?

ALVARO DE LAIGLESIA. — Cuatro. «Un naufrago en la soppa», «El baúl de los cadáveres», «La gallina de los huevos de plomo» y «Se prohíbe llorar».

LIMA. — ¿Qué prepara actualmente?

ALVARO DE LAIGLESIA. — Una novela, la mejor de todas, que se titulará «Sólo se mueren los tontos».

SANZ BENEDED. — Se le acusa a usted de ser un hombre endiosado. ¿Es cierto eso?

ALVARO DE LAIGLESIA. — Tengo motivos para serlo. A los veintidós años publiqué mi primer libro, y fué un éxito. A los treinta y uno soy director de «La Codorniz», con diez de antigüedad, que se cumplirán en el mes de marzo, y he publicado cuatro libros, algunos de los cuales han alcanzado la sexta edición; gano más dinero de lo que muchos quisieran para sí. ¿Qué más quiere usted?

RUIZ CATARINEU. — Para ser humorista, ¿es preferible tener buen genio o mal genio?

ALVARO DE LAIGLESIA. — Da lo mismo. El humorismo es fundamentalmente cerebral.

LIMA. — Volviendo al tema de «Se prohíbe llorar». En esa novela cae usted en el manido tema de los locos que se creen Napoleón y en otros asuntos de humor ya muy gastados. ¿Intentaba usted un alarde de superación del tópico o es que los temas de humor se agotan?

ALVARO DE LAIGLESIA. — Los temas de humor son inagotables. En cuanto a lo otro, estimo que es interesante plantear cualquier asunto, por manido que sea, enfocándolo de un modo personal.

SANZ BENEDED. — En el terreno de la novelística, tan de actualidad ahora, ¿qué le parece más fácil, la novela corta o la novela larga?

ALVARO DE LAIGLESIA. — La novela corta es mucho más difícil. El libro compuesto por novelas cortas es una generosidad del novelista que regala al público lo que podían ser materias para varias novelas. En realidad, hay más literatura en un volumen de esos que en toda la vida literaria de algunos escritores de novelas largas. ¿Han leído ustedes «Historia de un perro hinchado», de Juan Aparicio? Pues ese es el secreto de la novela larga. La novela larga no es más que una novela corta bien hinchada, embutida de páginas de relleno. Ha habido grandes literatos que se han especializado en novelas cortas; concretamente, Somerset Maughan.

RUIZ CATARINEU. — ¿Considera usted la novela como lo más importante de la labor literaria?

ALVARO DE LAIGLESIA. — Sí. El libro es la máxima indepen-



«No, no. Eso no vale—dijo Alvaro de Laiglesia cuando le pidieron unas cuartillas de su esposa opinando sobre el humorista—. Mi mujer diría siempre que yo soy un tío estupendo»

dencia del escritor. Con un solo libro se puede ser mundialmente conocido. Cervantes hubiera sido universalmente famoso sólo con el «Quijote». El teatro, en cambio, que da más facilidades de estudiar y escribir con gracia sobre los dramas humanos, exige una labor continuada. Toda la obra maravillosa de Lope de Vega, que nadie sabe en qué consiste, no ha conseguido alcanzar la trascendencia del «Quijote».

LIMA. — ¿Su mayor éxito teatral?

ALVARO DE LAIGLESIA. — «El caso de la mujer asesinadita», en colaboración con Mihura, que es uno de los mejores escritores de humor.

RUIZ CATARINEU. — ¿Ha escrito alguna vez para el cine?

ALVARO DE LAIGLESIA. — No; el cine es un terreno que me reservo para meterme con él.

SANZ BENEDED. — ¿Cree usted en el humor español?

ALVARO DE LAIGLESIA. — Hay un magnífico humor español. Humor español es el que yo hago.

LIMA. — ¿Qué opina del lector español?

ALVARO DE LAIGLESIA. — Me gusta, sobre todo porque me lee a mí y porque es capaz de leer en estos tiempos en que tan caro resulta hacerlo.

RUIZ CATARINEU. — ¿Qué humor le parece equivalente al nuestro en Europa?

ALVARO DE LAIGLESIA. — El italiano. El francés atraviesa una crisis tremenda; puede decirse que sólo se mantiene Peynée. Del alemán no puedo juzgar, supongo que estará reducido a lo local.

SANZ BENEDED. — ¿Y del inglés? Wodehouse, por ejemplo.

ALVARO DE LAIGLESIA. — Wodehouse se repite mucho, todas sus novelas son iguales. Era más interesante Bernard Shaw.

RUIZ CATARINEU. — ¿Se ha presentado alguna vez a uno de esos premios gordísimos?

ALVARO DE LAIGLESIA. — Nunca. No lo necesito, y creo que, incluso, me perjudicaría. Gano más dinero con cualquiera de mis libros.

SANZ BENEDED. — ¿De cuál de sus artículos de humor está más satisfecho?

ALVARO DE LAIGLESIA. —



«En la «Cárcel de Papel» no hay bilis. Se trata solamente de una broma inocente para resaltar una personalidad notable»

Del titulado «Riase usted de la trepanación».

LIMA. — ¿Ha ganado mucho dinero?

ALVARO DE LAIGLESIA. — Bastante. Tengo un Fiat 1.400 y vivo bien, aunque al día; al día de mañana, claro.

Ya en pie se cruzan las últimas frases. El gesto duro y malgeniado de Alvaro de Laiglesia se suaviza un poco. Nos enseña el «Pepe de Barro», que guarda amorosamente bajo una campana de cristal.

RUIZ CATARINEU. — Necesitamos, para colofón de la entrevista, que su esposa nos escriba unas cuartillas diciéndonos lo que opina de usted.

ALVARO DE LAIGLESIA. — No, no. Eso no vale. Mi esposa diría siempre que yo soy un tío estupendo. Háganlo ustedes mismos.

Todavía nos sirve otra taza de café y otra copa. Escalera abajo y más tarde en la calle, comentamos.

SANZ BENEDED. — Es cierto que está un poco endiosado.

RUIZ CATARINEU. — Pero él no lo niega.

LIMA. — Debe tener mal genio. ¿No habéis notado que insistía mucho en afirmar lo contrario? Atendiéndonos a aquel refrán: «Dime de lo que alardeas».

SANZ BENEDED. — Las personas que triunfan pueden permitirse el lujo de tener mal genio.

LIMA. — No ha hecho ningún chiste.

RUIZ CATARINEU. — Pero ha sido interesante la charla.

CHICOTE

EL UNICO MUSEO UNIVERSAL DE BEBIDAS

**CATORCE MIL BOTELLAS
DE TODAS LAS FORMAS
Y TODOS LOS PAISES**

Al pasar de la antesala a las dos piezas que forman la ele del museo se encuentra uno rodeado de botellas por los cuatro costados. Por todas partes, excepto por dos: por el techo, aunque hay algún barrillito colgado, y por el suelo, aunque en algún rincón florecen también, como extrañas y puntiagudas setas de cristal, algunas botellas.

Todas las paredes, en toda su extensión, son estanterías de botellas. De todos los tamaños: desde las miniaturas que pueden encerrarse en una mano, y que aparecen reunidas en vitrinas, hasta las de tipo gigante, que contienen casi 30 litros de coñac Courvoisier o de whisky Four Roses. De todas las formas imaginables: desde las policromadas porcelanas que representan un turco, o un pope persa, o un libro, o la torre Eiffel, hasta las vasijas de cristal que se ajustan a las líneas de una gacela estilizada, de un brazo que mantiene un puñal, de una pantorrilla que se apoya en un tacón Luis XV; desde un perro «bull-dog» hasta un coche popular alemán. De todos los colores. De todos los países: aun los más pequeños, como el Principado de Mónaco; aun los más recientes, como el Estado de Israel; aun los más exóticos, como Hawaii, cuyas botellas, ¡cómo no!, llevan al cuello los típicos collares de flores.

De todas las bebidas que hayan envasado los hombres: los mezcales mejicanos, el vodka ruso de 40 grados, el tokay húngaro, el pernod francés de 68 grados, el kirsch suizo, el whisky escocés, el licor de coco de la Isla de Trinidad, las ginebras de Holanda. Y ¡qué sé yo! Incluso un licor de pinos, destilado para enfermos del pecho, y una botella de agua de Tehuacán. Son 14.000 botellas. Y ninguna



El príncipe Feisal, de la Arabia Saudita, con el creador del museo

La planta del museo forma una *e* mayúscula: dos piezas rectangulares ensambladas en ángulo recto. La que corresponde al trazo vertical de la letra es la más larga de las dos. Y la más estrecha. La otra se aproxima mucho a un cuadrado. Si imaginamos esta *e* mayúscula colocada en su posición normal, en la posición en que la dibujaría cualquiera, el trazo más corto, el horizontal, se une, por la derecha, a través de una puerta pequeña, con otra pieza, también rectangular, que viene a resultar algo así como la antesala del museo.

Tiene las cuatro paredes cubiertas, del suelo al techo, por estanterías de madera llenas de botellas. Pero estas botellas son todas de vinos y licores de consumo normal. Y están allí precisamente para el consumo. Porque ni Perico Chicote ha regateado jamás una copa a ninguno de los visitantes de su museo ni sería caritativo negar a los paladares y a las gargantas de

éstos un placer moderado en el mismo sitio donde pueden «beber», sin moderación, sus ojos. Y esto añade al museo una nota excepcional. Esa a la que se refirió el descubridor de la penicilina, sir Alexander Fleming, al resumir sus impresiones después de visitarlo: «Este es el mejor museo de todos los que yo conozco. Todos los demás son muy grandes. Se cansa uno al recorrerlos, y al final nos despiden un señor muy correcto sin darnos nada. En éste, en cambio, no me he cansado y, además, me han invitado a whisky.»

En el centro de la antesala, en una mesa grande cubierta por un sencillo y limpio mantel blanco, dos camareros preparan las bebidas y las «tapas» que van a morir todos los días en la primera sala del museo, rodeadas de otras bebidas que viven desde hace mucho tiempo y seguirán viviendo, quién sabe cuánto, encerradas en la colección de botellas más numerosa, multiforme y completa del mundo.



Arriba: En el centro del estante puede verse la botella china de licor, cuyas propiedades están expresadas en escritura del país. Derecha: Chicote muestra a nuestro redactor, Diego Jalón la botella de Paraty, que inició la colección

vacia. Todas llenas. Todas con su espíritu. Todas vivas. Que esta circunstancia es decisiva a la hora de valorar este museo. Un museo de bebidas que comenzó una noche en la que un ayudante de «barman» no quiso descorchar una botella.

LA HISTORIA SENCILLA DE UN MUSEO EXCEPCIONAL

Yo no sé, ni sabría decir, hasta qué punto los hombres son hijos de sus obras y en qué medida, a modo de padres, están en ellas su personalidad, su carácter, su estilo individual. Y por ello no sé decidir si el autor del museo fué Perico Chicote o si Perico es un fruto de su museo.

Hace treinta y siete años, una tarde cualquiera de 1917, un embajador brasileño dió en Madrid una fiesta. El servicio se contrató con el bar del Hotel Palace. Entre el equipo de camareros había un joven, hijo de una familia humilde, que, después de una breve etapa de botones de Telégrafos, vestía, al fin, la blanca chaqueta, la pechera almidonada y la negra corbata de lazo de los «barman». Entonces era solamente un simple ayudante, pero había empezado su carrera en el oficio predilecto. En «su» oficio. Tan suyo, tan identificado con él, tan de acuerdo con sus gustos y con sus aficiones, que aun ahora, después de media vida entre las cocteleras, conserva intacta la primera ilusión. «¿Qué me gustaría haber sido de no ser «barman»? Muy sencillo: «barman».

El embajador brasileño, al terminar la fiesta, regaló a los camareros unas botellas de Paraty, aguardiente de caña. Se re-



partieron. Al joven ayudante le tocaron dos. Hay que imaginar que quizá entonces, camino de su casa, pensó abrir las botellas e ir las vaciando poco a poco con su familia. Pero, ¿quién sabe por qué?, no lo hizo. Las guardó. Al menos, una. Y comenzó su colección.

Después, treinta y siete años, día por día, viaje tras viaje, coleccionando botellas. Al principio, en su casa. Luego, establecido por su cuenta, en la Gran Vía madrileña, desde 1930, encuentra para su museo el lugar que ocupa hoy: los sótanos de Chicote, un bar que no necesita descripción.

No suele ser la constancia una de las virtudes atribuidas a los hombres de España. Ni tampoco la minuciosidad y la paciencia de los coleccionistas. Y, sin embargo, existen entre nosotros tipos así, capaces de saltarse a la torera los tópicos, de pensar cualquier día, con una botella en la mano, «voy a coleccionar botellas», y lo que es más difícil, de persistir en el propósito toda la vida. De poder decir, al cabo de treinta y siete años: «Aquí está el único Museo Universal de Be-

bidas. Porque aparte éste, no hay sino colecciones de botellas en miniatura y de creerse, por eso y al mismo tiempo una personalidad. O de marcar con el sello de la suya a su museo. Que esto es lo que yo no sabría decidir.

LA ABEJA, LA FLOR «XTA-BENTUN», NAPOLEON 1811 Y MAXIM'S

Cualquiera pensará que contemplar 14.000 botellas distintas, en la forma, en el tamaño y en el color, reunidas en un museo que ocupa un espacio reducido, debe producir una sensación de mareo. De caos. Y no es así. Reina en el museo una atmósfera de rara paz, de especial orden, que aquietta el ánimo.

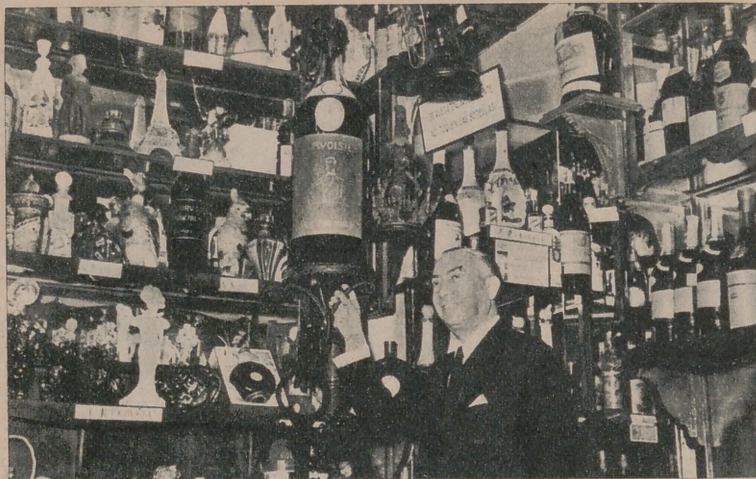
Perico Chicote se sabe de memoria todas las piezas de su colección.

—Si le hablara de todas —dice, sin jactancia—, tendríamos, por lo menos, para dos horas.

No me atrevo a contradecirle. Pero serían muchas más. Más del triple.

De una botella francesa, con música, salen los compases de «Dominique». Chicote invita:

LOS CUENTOS CHINOS Y LA LEY SECA



Perico Chicote junto a una monumental botella de coñac Courvoisier, que lleva su caricatura

—Señáleme una botella cualquiera.

Lo hago.

—Es de xtabentun, una bebida mejicana muy curiosa. El nombre viene de una flor que se llama así. Las abejas hacen de ella una miel especial, y de la destilación de esta miel se obtiene el licor, el xtabentun.

Y sigue, de estante a estante, de rincón a rincón:

—Esta es la más antigua de todas. Mire la etiqueta: La Francoise, 1494. Un coñac preparado en un castillo de Coñac. Pero no crea que vale en proporción a su edad. Hicieron muchas y existen muchísimas todavía. Vale más esta otra. Es un coñac Napoleón de 1811. La casa Courvoisier hizo únicamente doscientos. Y las numeró. Hoy sólo quedan diecisiete, incluida ésta. Es quizá la mejor pieza de la colección. Tiene sus «títulos de nobleza», sus certificados. Si la vendiera, tendría que entregarla con su documentación. Y todos los años tengo que enviar un parte a la casa productora: si la conservo, si existe todavía. Imagine cómo estará el coñac. ¡Para resucitar a los granaderos de la vieja guardia!... Esta otra, Madame Fru-Frú en porcelana blanca, la he traído de París en mi último viaje. Está fabricada para conmemorar el centenario de Maxim's.

La vuelve a colocar en el estante, junto a un Cyrano de Bergerac y un monaguillo lleno de licor de ciruelas. Justamente detrás de un rótulo en el que, sobre fondo blanco, destacan los colores de la bandera francesa y aparece el nombre de la nación en letras negras. Porque las botellas de cada país están agrupadas detrás de la bandera y el nombre de la nación correspondiente.

—Esto es una de las principales dificultades. Como las guerras cambian todos los días la geografía política, tengo que andar siempre corrigiendo los letreros. Mire, sin ir más lejos, este grupo: botellas de Java, de Sumatra, puestas todavía como de colonias holandesas. Ahora son independientes. Tengo que cambiarlo. Con otros países, pese a sus vicisitudes, tengo más suerte. Por ejemplo, con Filipinas. No tuve que cambiar nada. Sólo añadir. Mire, botellas de cuatro épocas: de cuando las Filipinas eran de España, de la dominación norteamericana, de la independencia y hasta de la invasión japonesa.

Y hace un gesto con el brazo que abarca los cuatro estantes, y hasta se diría que las cuatro épocas. La historia también repercute y se refleja en este museo singular.



Empieza a sonar una radio. La música parece brotar de entre las botellas. Instintivamente miramos hacia el estante buscando el invisible receptor. Pero no hay que buscar aquí nada que no sea una botella. Se trata de una «radio-botella». De una botella con radio; el mando en el tapón. Y suena muy nítida. Muy bien.

Casi todas las piezas de la colección las ha adquirido Chicote personalmente en sus viajes por todo el mundo. El placer de la búsqueda, la alegría del hallazgo, forman también una parte muy considerable de la psicología del coleccionista.

Saca de un estante una especie de cilindro de papel amarillento, precintado por ambos extremos, con una gran etiqueta llena de caracteres chinos. Dentro hay una botella alargada.

—La compré en un bar infernal del puerto de Shanghai. Me la vendió un viejo de ojos melancólicos. Un amigo intérprete entre ambos, me explicó que según el viejo contenía un licor elaborado con cien clases de raíces y refinado con huesos de tigre. En aquel ambiente cree uno todo lo que le cuenten. La compré y me la traje. Estando ya aquí, dudé mucho antes de incluirla en la colección. Todo aquello de las cien raíces y los huesos de tigre me sonaba a cuento chino.

Sonríe. Y sigue:

—Un día visitó el Museo un diplomático chino. Le mostré la botella. Leyó la etiqueta y confirmó la historia del viejo de Shanghai. Me añadió un dato más: la bebida tiene un nombre poético «Noche de Amor».

Mientras localiza otra pieza, explica:

—Los chinos hacen licores de flores, de peces, de raíces, de arroz y de té. Los de mejor sabor son los de flores: dulces, parecidos a un vino moscatel. Los de arroz son los más desagradables. Saben agrio...

Coge una botella aplastada, de las que se pueden llevar en un bolsillo. De whisky.

—La compré en Chicago, en los tiempos de la ley seca. Al salir me la descubrieron, oculta entre la ropa sucia, en la Aduana. Antes de que me preguntaran nada expliqué que la tenía no para beber, sino para un museo de bebidas, para una colección. Me miraron muy serios. Uno me preguntó: «¿Está usted muy seguro de que la quiere para una colección?» Yo estaba muy seguro. No he pensado nunca que me creyeran. Pero me la dejaron pasar, hicieron la vista gorda. Hasta me parece recordar que alguno de ellos me guiñó un ojo con gesto de complicidad. Y no de coleccionista, precisamente...

A Chicote, al empezar sus compras en el extranjero, se le planteó un problema que, a primera vista parece de fácil solución, pero que en algunos momentos pue-

Una visitante, guana y simpática, señala la botella más valiosa: un coñac Napoleón de 1811

de llegar a ser envejecido: cómo embalar las botellas adquiridas para que viajaran con seguridad. Chicote, hombre ingenioso, lo resolvió pronto. Y perfectamente: con dos maletines especiales y envolviéndolas en su ropa sucia.

—Dos o tres días antes de salir de un sitio ya no entrego la ropa para que la laven. Entre la ropa sucia es donde más seguras y mejor van.

NO TIENE PRECIO

Algunos de sus amigos, él tiene muchos y muy buenos, han contribuido también a su museo.

—Los que fueron a la excursión de caza de osos blancos al Polo Norte, me trajeron esta botella de licor esquimal. Mac Arthur me regaló una de ginebra y otra de whisky. Y así muchos otros. Pero la mayor parte las he adquirido yo. Por ejemplo, esta botella de 1839, de un licor que fabrican los frailes de las montañas alpinas, los de los perros de San Bernardo, me costó 5.000 pesetas hace bastantes años.

—¿Qué vale un museo?

—No sé. No pienso venderlo. Me han hecho ofertas algunos americanos. Pero como vieron que no quería venderlo, no insistieron. No llegaron a concretar ninguna cifra.

Nos sentamos en torno a una mesa y rodeados de tanto licor extraño, bebemos un vino español sencillo y bueno: un rioja tinto del marqués del Riscal.

En un letrero, colocado en un ángulo discreto, se advierte: «Se ruega encarecidamente no toquen las botellas.» En un ángulo la muerte es una porcelana negra llena de «curasao».

DESPUES...

—¿Qué será del museo cuando falte Chicote?

—Si me caso y tengo hijos, pasará a ellos. Si no, he previsto la fundación de un Patronato que lo cuide y lo siga aumentando con los fondos que se recauden con las entradas de visita. España seguirá teniendo el único Museo Universal de Bebidas.

Lo ha dicho sin afectación y sin hipocresía. Con la naturalidad que es la clave de su éxito. Después de tener invitados en su Museo, sentados en esta misma mesa, a tantos hombres y mujeres de esos cuyos nombres componen parte de la historia política, artística, científica e incluso frívola, de este medio siglo—desde Humberto de Saboya o Pedro de Yugoslavia o el Rey Abdullah, hasta Gary Cooper, Ava Gardner y Rita Hayworth, pasando por el doctor Fleming, Benavente, Henry Ford II y el Litri—él saborea tranquilo una copa de vino tinto y profesa una filosofía sencilla:

—Ser amable, correcto, simpático y trabajador.

Enciende un pitillo y pasea la vista por sus estanterías de botellas. Que hay treinta y siete años de su vida entre la de Paraty, del embajador brasileño y una botella con reloj que acaban de regalarle.

Diego JALON

La moderna emigración marcha por el aire. Este es un grupo de pastores vascos con destino a los Estados Unidos



ESPAÑA HA CEDIDO A AMERICA, GRATUITAMENTE, 700 MIL MILLONES DE PESETAS

CUATRO MILLONES DE EMIGRANTES DESDE 1492 HASTA NUESTROS DIAS



ESPAÑA ha sido la fuente en la que América—la del Norte, la del Sur y la del Centro—ha bebido para llegar a su actual situación agrícola, ganadera e industrial. Si el Descubrimiento del cuarto continente no se hubiera realizado, los aborígenes de aquellas tierras habrían seguido su ritmo natural de evolución y tal vez se encontrarían hoy en el mismo estado que cualquier tribu perdida del Perú, del Brasil o de Colombia.

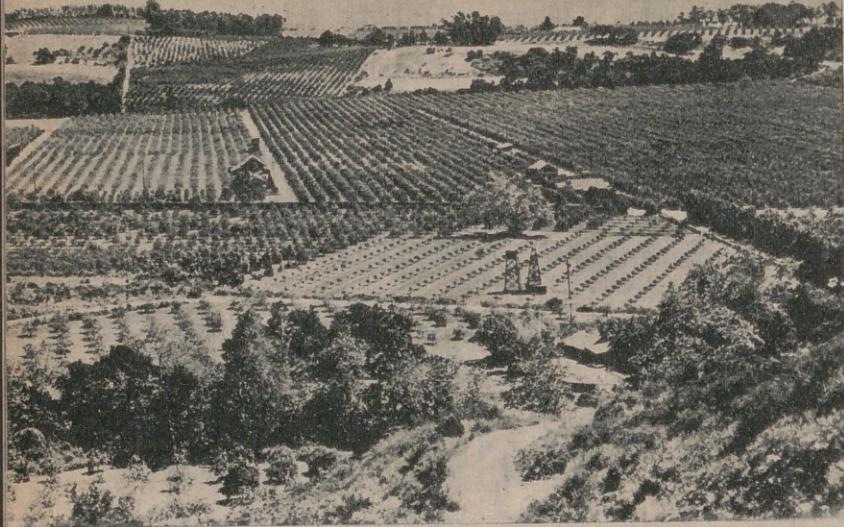
Este esfuerzo colonizador, esta marcha de hombres de España hacia las tierras recién descubiertas representa el más grandioso sacrificio que nación alguna haya podido realizar.

Todo hombre tiene un valor económico actual, real y medible. Hay en este valor dos aspectos, el valor actual del hombre—lo que vale, en suma, merced a sus conocimientos actuales y debido a su profesión, oficio o inteligencia—y aquel valor que se deriva en lo que pudiera llamarse *renta total* a lo largo de su vida, es decir, suma del valor de todo lo que produciría a lo largo de su existencia en la tierra sobre la que vive él y su familia.

El primer valor es una medida personal y singular en cada caso, aunque, como veremos, pueden establecerse, para definirlo, grandes grupos profesionales, de análogas características, con el fin primordial de simplificar los cálculos.

El segundo valor interesa, más que nada, al país en el que trabaja el individuo. Si el valor total de lo producido por el individuo a lo largo de su vida es alto, elevado y cuantioso, la prosperidad económica de la nación—supuesta una cierta igualdad entre todos sus habitantes—será, conjuntamente, alta, elevada y cuantiosa.

Si una nación se halla en relativa buena posición económica—tal es el caso de España en los tiempos siguientes al Descubrimiento de América—y por determinadas causas va prescindiendo o cediendo de estos individuos, que le reportaban en beneficio inmediato y tangible, la economía de la nación forzosamente puede resentirse y acaba quizá por sufrir un colapso. La intensidad de este fenómeno estará en razón directa con la potencialidad económica y nivel de



Las naranjas fueron llevadas a América por los españoles. He aquí una vista de un naranjal californiano

tas de auténticas expediciones—de tipo comercial la mayoría—, se ha hecho una estimación y un recuento sobre tales papeletas y pueden darse como aceptables las cifras de 600.000 personas emigradas a América desde el año 1500 hasta el año 1800.

A medida que se perfeccionan las comunicaciones la marcha de españoles a las tierras americanas aumentan velozmente. Basándonos sobre las consideraciones antes expuestas, puede cifrarse en cerca de un millón las personas que marcharon a América y no volvieron, y en dos millones el total de emigrantes en el siglo XIX, contando con los que se fueron y volvieron al cabo de un cierto tiempo, no uniforme, como puede suponerse, en todos los viajeros.

La estadística de emigración a América en el presente siglo arroja la cifra de 2.300.000—aproximadamente—, de los cuales regresaron, casi al final de sus vidas, cerca de un millón y medio y se perdieron para siempre quinientos mil emigrantes, que trabajaron y murieron en las tierras del otro lado del Océano.

Si establecemos, pues, unas cifras redondas como estimación del volumen total de la emigración española a América hasta el presente momento y admitimos un coeficiente de reducción prudencial para las mujeres y los niños—que fuesen improductivos—y no tuviesen una parte tan activa en la colonización como los hombres que iban exclusivamente a aquello, podremos suponer:

Población activa emigrada a América, siglos XVI, XVII y XVIII, 520.000 individuos activos; siglo XIX, 1.750.000; siglo XX, 1.500.000. Total, 3.770.000 individuos activos.

Lo que hace un total de cerca de cuatro millones de españoles en condiciones de trabajar, que emplearon sus energías, con mejor o peor fortuna monetaria personal, durante gran parte de su vida en América.

Esta cifra no es, desde luego, rigurosamente exacta, ya que para ello se necesitaría rastrear en los árboles genealógicos de casi todas las familias españolas. Rara es la familia de España que no ha tenido en sus predecesores ningún emigrante. Sin embargo, estas cifras de emigración pueden considerarse como buenas

vida que, en relación con el tiempo, haya alcanzado el país.

La emigración española a América constituye así un caudal inmenso de energías puesto al servicio de otros pueblos—en período éstos de gestación como naciones—y una enorme pérdida de potencialidad de trabajo y de producción para la nación que los facilitó. Aunque las causas de este tránsito de España hacia América sean muy complejas, en ellas ha de incluirse en primer lugar la evangelización de hombres desconocedores de la fe, y en otros aspectos, las simplemente humanas, en el puro orden crematístico. Lo cierto es que esta pérdida de potencial humano tiene una medida monetaria, y ello es lo que sucintamente va a exponerse a continuación.

CUATRO MILLONES DE ESPAÑOLES HAN EMIGRADO A AMÉRICA

Lo más importante es, sin duda, conocer la cuantía numérica de la emigración española a América desde los inmediatos tiempos en que Cristóbal Colón desembarcó en La Española.

Una estadística oficial de emigración no existe, como es lógico, desde aquellos tiempos. La primera estadística oficial a este respecto es la que publicó el Instituto Geográfico y Catastral referida como año de partida a 1882.

Ha de recurrirse por fuerza a estimar mediante el contenido de los archivos, legajos u otra clase de documentos históricos la cuantía de la emigración española a América durante los siglos XVI, XVII, XVIII y parte del XIX.

Mas como ya desde los primeros momentos existía un interés en todos los aspectos que hemos mencionado antes por la marcha a América, los Reyes Católicos decidieron crear en Sevilla una Casa para la Contratación de las Indias, promulgando el 10 de enero de 1503 las primeras Ordenanzas para su funcionamiento. Instalada en la capital andaluza, en el Departamento de los Almirantes del sevillano Alcázar, perma-

neó allí hasta el año 1717, en que se trasladó a Cádiz.

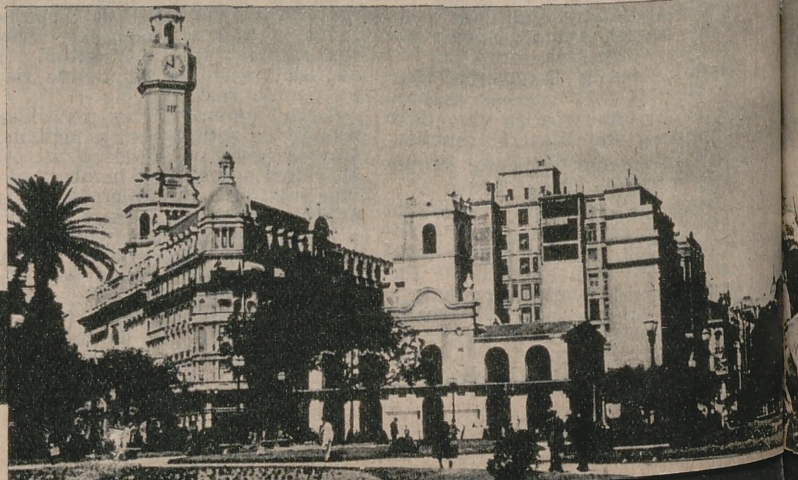
La Casa de Contratación, no obstante su dependencia del Consejo de Indias, dirigió durante siglos el descubrimiento, colonización y comercio del Nuevo Mundo, y fué, además, un centro mercantil de primer orden.

De la documentación de la Casa de Contratación se conservan 5.873 legajos, de los cuales 412 corresponden a pasajeros por mar. La periodicidad cronológica de estos 412 legajos termina en 1790, y queda, por tanto, un período de casi un siglo que hay que recomponer a base de textos históricos o, como medio matemático auxiliar, interpolación lineal, teniendo, desde luego, en cuenta que el siglo XIX marca el máximo de la emigración española a América, sin contar los cincuenta años de este siglo presente.

Corresponden a los títulos de libros de asiento, desde el año 1509 al 1701, cinco legajos—del 5.536 al 5.540—, y de informaciones y licencias de pasajeros, desde el año de 1534 hasta el de 1570, 319 legajos—del 5.217 al 5.535.

Teniendo en cuenta que de parte de esta documentación se han confeccionado hasta ahora 150.000 papeletas en las que se consignan, dentro de un cierto período de tiempo, los viajeros que partieron legalmente a América, por medio de la Casa de Contratación de Indias, y observando que dichas papeletas no son todas individuales, sino que muchas de ellas constituyen lis-

En la plaza de Mayo de Buenos Aires puede contemplarse el pequeño edificio blanco del antiguo Cabildo de la ciudad



Panorámica de la ciudad de Los Angeles, colonizada en sus primeros tiempos por los españoles

dentro de un intervalo de confianza.

(Este intervalo está tomado, desde luego, más grande de lo que, atendiendo a los testimonios históricos, puede ser en la realidad.)

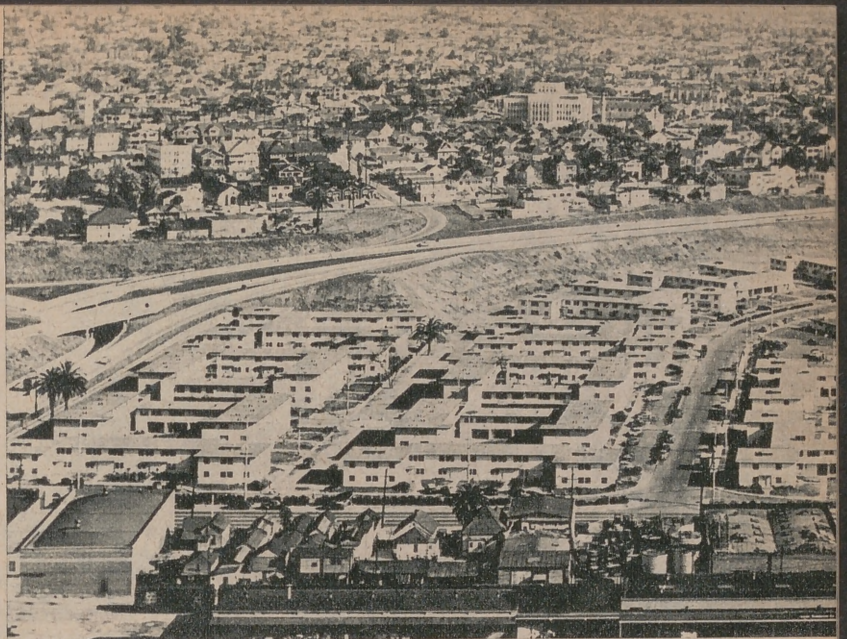
Otro de los grandes problemas a determinar en la emigración española a América es la composición profesional de la población emigrante. No hay, a este respecto, igual que antes, nada más que los testimonios oficiales expresados. Sin embargo, leyendo el catálogo de viajeros de Indias—del Archivo de Indias—y los legajos anteriormente citados puede considerarse la composición de la población activa quedada en las tierras trasoceánicas de la siguiente manera:

El 75 por 100 aproximadamente de los emigrantes varones españoles activos estaba constituido por individuos del tipo de obreros agrícolas, es decir, hombres que, en aquellas tierras, se dedicarían a la agricultura, a la ganadería o, por defecto, al comercio; el 20 por 100 eran hombres dotados de un oficio, artesanos en una palabra, tales como herreros, carpinteros, etc., o bien comerciantes específicamente dichos; el 4 por 100 poseía una profesión de tipo liberal, tales como escribanos, licenciados en Leyes, médicos, ingenieros (en la medida de aquellos tiempos), etcétera, y el 1 por 100 restante estaba constituido por los que hoy pudiéramos llamar hombre de capital fuerte.

Esta discriminación porcentual ha sido estimada; es decir, si se poseyesen los datos exactos de todas las profesiones y de todos los oficios tal vez variarían algo los porcentajes, mas la clasificación que damos en cuanto oficios sirve igualmente, dentro de un límite apreciable de confianza, toda vez que ha sido estimada teniendo en cuenta testimonios y escritos de la época.

EL EMIGRANTE SUELE TENER VEINTE AÑOS

Otro aspecto que interesa no olvidarse de él es la edad, por término medio, en que llegan a América los emigrantes. Generalmente, la gente, en todos los siglos, marcha joven a América. No obstante se dan algunos casos en que, pasados los cuarenta y los cincuenta años también, algunos españoles toman el barco y se embarcan a las antiguas



Indias. Pero son los menos, según puede comprobarse en las estadísticas oficiales y en los diferentes legajos de la Casa de Contratación. Estableciendo, pues, un promedio de edad, nos resultan los veintidós o veintitrés años como la edad en que, por lo general, se suele marchar el emigrante de España. Hay, desde luego, igual que en los casos de edad avanzada, casos de edad precoz, pero en éstos no cuentan en la gran masa de individuos de veintidós años que hemos estimado.

Respecto a las personales condiciones del emigrante no nos queda ya más que referirnos a la vida probable o probabilidad de vida y a la vida media activa. La probabilidad de vida o vida probable es un número que varía con los tiempos. Así, la edad en que se van muriendo los individuos suele ser mayor con el tiempo. Hoy la gente se muere de una edad mucho más avanzada, según puede comprobarse en las estadísticas de mortalidad, que la de antes. Si en el siglo XVII la vida probable de un individuo terminaba en los cincuenta y cinco años, hoy esa edad se aumenta hasta casi los setenta y cinco e, igualmente, la vida media activa. Hoy la vida media activa es mucho mayor. Si en el mismo anterior siglo citado la vida media activa del hombre era de veinticinco años, hoy ha aumentado, por ejemplo, diez años más. Con lo cual, el rendimiento personal no es lo mismo en unas épocas que en otras.

Estableciendo, para el grupo de los cuatro millones de habitantes, como cifras más probables, veinte años de vida media activa—haciendo caso de los que no la emplean toda ella en trabajar y de los que se mueren antes de llegar a esta edad, además de los que alargan por gusto este período de trabajo—y sesenta años como edad de muerte, aunque esta última cifra tenga menor valor para nuestros cálculos, puede llegarse a los siguientes resultados:

Dos son los métodos de valoración de todo este capital humano, regalado generosamente por España al Continente que descubrió.

Uno es el valor económico del hombre, como valoración personal del porvenir, como expresión numérica de lo que este hombre representa de capital en potencia. Vamos a exponer, pues, en pesetas actuales, cuál es la cantidad que valen la masa de emigrantes, clasificados porcentualmente, como antes dijimos, y a la edad media de veinte años que hemos supuesto.

El valor de un individuo en estas condiciones varía conforme al individuo, al tiempo en que vive y a las condiciones económicas de aquél. Como el presente estudio es, más que nada, una síntesis y una especie de avance informativo del problema, puede hallarse una cantidad tal que, en pesetas, represente la media del valor del individuo, en esa edad de los veinte años, a lo largo de los cuatro siglos y medio, teniendo en cuenta las fluctuaciones de la moneda y las distintas situaciones económicas por las que ha pasado España.

Considerando esto puede decirse:

Valor medio económico del hombre, en pesetas actuales, a la edad de veinte años, durante el período que va desde 1500 hasta 1952:

Obrero agrícola ...	10.000 ptas.
Obrero industrial o pequeño artesano	22.200 »
Funcionario del Estado	53.000 »
Profesión liberal ...	162.500 »

Momento de la fundación de Buenos Aires, según un cuadro de Moreno Carbonero





La catedral de Méjico es la más vallosa joya arquitectónica del país. De la época colonial, puede apreciarse en su construcción el espíritu religioso que España llevó con sus hombres

Multiplicando estos valores por los grupos porcentuales de individuos tenemos un valor aproximado de lo que representa, en pesetas actuales, el capital que pudiéramos llamar humano de la emigración española a América.

EL VALOR ECONOMICO, LA RENTA PRODUCIDA Y EL COSTE DE VIDA DE UN EMIGRANTE

Hechas las operaciones se obtiene:

1.º Los labradores o emigrantes de tipo agrícola que hemos considerado poseen un valor económico de 28.275.000.000 de pesetas (veintiocho mil doscientos setenta y cinco millones de pesetas).

2.º Los obreros especializados, o pequeños artesanos, suponen un valor de 50.216.400.000 pesetas (cincuenta mil doscientos dieciséis millones cuatrocientas mil pesetas).

3.º El pequeño 4 por 100 de profesiones liberales representa un capital humano equivalente a 18.378.750.000 pesetas (dieciocho mil trescientos setenta y ocho millones setecientos cincuenta mil pesetas).

4.º Si sumamos los tres anteriores conceptos veremos por resultado 96.870.150.000 pesetas, y teniendo en cuenta la valoración de los funcionarios del Estado y los posibles capitales de ese uno por ciento de personas que aparecen al final de la clasificación, muy bien puede estimarse en *cien mil millones* de pesetas el valor económico de los cuatro millones de emigrantes. Son estos cien mil millones de pesetas un capital humano y activo, que, al llegar, e inmediatamente, comenzaría a producir. Una equivalencia aproximada de dos mil millones de dólares actuales, dis-

puestos a levantar económica-mente a un Nuevo Mundo.

La segunda valoración que de esta estimación puede hacerse es el valor que representaría la riqueza que estos individuos hubieran producido en España caso de haberse quedado, y que han dejado de producir. Este aspecto tiene, por tanto, un paralelismo con la riqueza producida en aquellos lugares en los que llegaron en calidad de emigrantes.

Se nos presenta, otra vez, el análogo problema de la no igualdad de los individuos en cuanto a condiciones intelectivas, laborales y capacidad de producción. Para soslayar estos inconvenientes consideremos a todos los individuos con igual capacidad y las posibles diferencias en favor o en contra quedarán de esta manera muy atenuadas al establecerse, automáticamente, unas compensaciones bastante igualitarias.

El procedimiento que empleamos aquí consistirá en multiplicar la renta media por individuo activo de cada siglo —en una primera aproximación— por el número de individuos emigrados en cada año y por la vida media activa de estos individuos.

Una gran dificultad está en el señalamiento de la renta media que corresponde por individuo activo, a partir, en sentido cronológico descendente, de 1900, toda vez que las estadísticas oficiales de la Renta Nacional sólo alcanzan hasta principios del presente siglo. Mas teniendo en cuenta que para averiguar la Renta Nacional de los cinco primeros años ha habido necesidad de ajustar una recta y extrapolar para obtener estos valores aproximados, si observamos la marcha general de la economía española durante los siglos que nos ocupan, y tenemos en cuenta que el incremento positivo de renta por individuo activo en los cinco primeros años del siglo ha sido de 20 pesetas, haciendo una simple interpolación lineal, multiplicando ordenadamente y sumando, se obtiene un valor aproximado de riqueza producida por dichos individuos, referido al nivel de vida

de España, de 150.800.000.000 de pesetas. Añadiendo la parte proporcional, correspondiente a la producción, de las mujeres en determinados casos, y la de los niños en su aspecto singular, y la correspondiente a los capitales, puede estimarse el valor total de la producción que dichos emigrantes hubieran realizado en España como de *doscientos mil millones de pesetas actuales*, cantidad equivalente a cuatro mil millones de dólares aproximadamente.

Como complemento de estas dos anteriores valoraciones, cabe añadir la que se refiere a lo que «cuesta criar un nombre», que diría, en términos populares, cualquier madre campesina de cualquier región de la Península.

Siguiendo los mismos razonamientos anteriores y estableciendo un promedio de coste de alimentación fijado en dos mil quinientas pesetas por individuo y año, englobando ya en esta cifra todas las variaciones alimenticias por clases profesionales y por edades, y proponiendo otra cantidad análoga en razón a gastos de educación, vivienda, vestido, etc., puede estimarse que los gastos de consumo —lo que «cuesta criar a un hijo»— de ese cerca de cuatro millones de emigrantes, importan la cifra de *cuatrocientos mil millones de pesetas*, equivalentes a ocho mil millones de dólares en una primera aproximación. ¿Qué quiere esto decir? Pues que si considerásemos exclusivamente al emigrante como una máquina destinada a producir riqueza —naturalmente esta hipótesis está complementada en la realidad con todo el valor espiritual del hombre, faceta mucho más importante y señera que la puramente materialista— indica que el emigrante español ha sido destinado, como si dijéramos, a instalar en América una gigantesca factoría. América, de esta manera, no ha pagado nada por la instalación; ha recibido, gratis enteramente, el capital necesario para emprender su gran empresa, para llegar a poseer el nivel de vida que actualmente disfruta.

En resumen, y de esta manera, *España ha cedido gratuitamente a América, desde el descubrimiento hasta nuestros días, la estupenda cantidad resultante de setecientos mil millones de pesetas actuales*, para que América naciese, creciese y prosperase. Fué, así, un regalo del capital inicial; después, sus hijos, mezclados con los españoles, hicieron, con su esfuerzo, lo demás.

Volvemos a hacer hincapié en que la obtención de estas cifras ha sido hecha a base de estimaciones, fundadas en los textos históricos, ya que la falta absoluta de datos oficiales a lo largo de los cuatro siglos así lo ha impuesto, y que estas cantidades, por tanto, han de servir únicamente como señal, muestra aproximada o idea de lo que España ha cedido a América —la del Norte, la del Centro y la del Sur— en el período de tiempo que va desde el 12 de Octubre de 1492 hasta el 31 de diciembre de 1953.



Estos bailes populares argentinos señalan la influencia que dejaron las danzas de los emigrantes canarios

EL LIBRO QUE ES MENESTER LEER

“EL ESPIRITU DE LA LIBERTAD”

EL 20 DE JULIO DE 1944

Por Eberhard ZELLER

EBERHARD ZELLER

GEIST DER FREIHEIT

DER
ZWANZIGSTE
JULI 1944

PROBABLEMENTE, en su enfoque histórico, la Alemania nacionalsocialista habrá sido mera consecuencia de la primera guerra mundial. Según muchos e importantes tratadistas—no alemanes precisamente—más que el pueblo alemán, a Hitler le llevó hasta la Cancillería del Reich el Tratado de Versalles.

El libro que hoy presentamos a los lectores de **EL ESPAÑOL**—«El espíritu de la libertad»—nos cuenta la historia de la conspiración que condujo a los dramáticos acontecimientos del 20 de julio de 1944: al atentado fallido contra Hitler.

Los hechos posteriores, la derrota, la ruina y la destrucción de Alemania dan algo de razón a las víctimas de aquel fracaso, a unos hombres que ofrendaron su vida en un desesperado esfuerzo por salvar a su país—e indirectamente al mundo—de la catástrofe final que preveían inevitable si seguía en el Poder la pasión ciega encarnada en Hitler.

No cabe duda de que ha sido trágica su obstinación en la resistencia a ultranza contra toda esperanza lógica. Pero una historia objetiva y completa habrá de tener también en cuenta que el Führer no se le ofreció nada similar a los 14 puntos de Wilson y que, de un lado las hordas asiáticas del comunismo, y del otro las perspectivas de un futuro basado, por ejemplo, en el plan Morgenthau, que suponía la destrucción metódica y científica de todo el pueblo alemán pudieron empujarle, en medida no pequeña, hacia su pirunería del «bunker» de la Cancillería berlinesa.

Es interesante conocer con detalle a los protagonistas de aquella tragedia. Eberhard Zeller los retrata con estilo escueto y sencillo.

El autor se limita a decirnos cómo fueron los protagonistas y a contarnos los hechos. Sabe que resulta excesivamente aventurada la valoración histórica de acontecimientos tan recientes que perduran sus efectos aun, son un cortejo de sufrimientos humanos que entorpecen el juicio sereno.

No tuvieron suerte los conjurados aquel 20 de julio de 1944. Hitler siguió su carrera hacia la más terrible derrota.

A veces, la línea imperceptible entre el genio y la locura es lo único que separa a los héroes de los grandes fracasados.

«Geist der Freiheit. Der zwanzigste Juli 1944». Por Eberhard Zeller. Editado por Hermann Rinn, Munich; 395 págs. Precio 15,80 DM.

EL JEFE DEL ESTADO MAYOR ALEMAN LUCHA CONTRA LA GUERRA

«Están en juego decisiones definitivas sobre la situación de la nación. La Historia pedirá cuentas a esos dirigentes de la sangre que se derrame si no actúa usted de acuerdo con su conciencia y con su saber y entender profesional y político. Ahí tiene usted el límite de su obediencia de soldado, cuando su saber y entender, su conciencia y responsabilidad les impiden el cumplimiento de una

orden. Si no son escuchados los consejos y las advertencias de usted en una situación semejante, entonces tiene el derecho y el deber de expulsarlos de sus cargos. Si no existe más que una sola voluntad, es imposible realizar una guerra. La propia conciencia vuestra puede salvar a la Patria de la peor de las caídas. Es falta de grandeza y desconocimiento de su misión que un soldado en el puesto más elevado cumpla con sus deberes únicamente en el marco limitado de su obediencia militar, sin tener en cuenta su responsabilidad suprema por todo el pueblo.

EL 20 DE JULIO

Poco después de las seis de la mañana del 20 de julio salió Stauffenberg con el coche y el chófer, de la casa de Wannsee. En la ciudad se reunió con él Haefften. Se dirigieron a Rangsdorf, donde les esperaba un avión. Después de varias horas de vuelo llegaron a Rastenburg, en Prusia Oriental y encargaron al piloto que les esperase a mediodía con el avión listo para emprender el vuelo de regreso a Berlín. En media hora, otro coche les condujo al cuartel general del Führer. Desde la puerta primera, que se abría en un cinturón de fortificaciones, hasta el centro del recinto había una distancia de unos tres kilómetros. La segunda puerta se abría sobre una cerca de tela metálica cargada con corriente de alta tensión. Desde allí había unos 800 metros hasta el puesto de guardia de oficiales, y desde éste unos doscientos metros hasta la entrada del edificio principal en el que Hitler vivía y trabajaba.

Después de haberse presentado Stauffenberg al comandante del campamento, fué a desayunar con el ayudante de éste, Von Möllendorf y con Haefften en la cafetería y más tarde tuvo una breve conversación en el bunker de transmisiones con el general Fellgiebel. Llevaba su correa y su gorra, y bajo el brazo izquierdo una cartera de cuero claro. Hasta mediodía estuvo con el general de artillería Buhle, con el que tenía que tratar algunos asuntos de servicio. Juntamente con él se dirigió, a eso de las doce, a ver al mariscal de campo Keitel. Le dió cuenta brevemente de varias cosas de las que le tenía que informar y se entretuvo charlando con él. Como a las dos y media de la tarde era esperada la visita de Mussolini, se había previsto la reunión para las doce y media, advirtiendo a todos los citados que los asuntos tendrían que ser despachados de prisa. Después de haber mirado Keitel varias veces con impaciencia a su reloj se dispusieron poco antes de las doce y media a acudir a la reunión para «discutir la situación». Keitel, Buhle y el ayudante de Keitel, teniente coronel Von John, esperaban a la puerta del barracón a que saliese Stauffenberg que se había quedado atrás en el hall, con el pretexto de recoger su correa y su gorra. Tardeaba en salir—acababan de dar las doce y media—y el general le metió prisa desde fuera. Poco después apareció Stauffenberg. Había aprovechado el momento en que se quedó solo para oprimir la espoleta de la bomba que llevaba en su cartera. Con este fin había puesto en ella unas tenazas de forma especial que podían ser manejados con los tres únicos dedos que le quedaban en una mano, ya que la otra, la derecha, la había perdido juntamente con el ojo izquierdo en una reciente herida

de guerra. Ya no podía dar marcha atrás. Diez minutos después habría de producirse la explosión.

Durante el camino hasta el barracón donde se iba a celebrar la reunión, que tardaron unos tres minutos en recorrer, el ayudante de Keitel quiso llevar la cartera al mutilado. Stauffenberg rehusó dando las gracias con amabilidad, al tiempo que entraba en el edificio.

A la puerta de la sala, los oficiales que iban a tomar parte en la conferencia estuvieron breves momentos de charla hasta que el ayudante militar de Hitler, coronel Von Below, les rogó que pasasen dentro. Poco después aparecía Hitler y empezaba la conferencia. En ella participaban, en representación del Ejército de Tierra, el general de brigada *Fromm*; el general de brigada *Brandt*; el general de brigada *Korten*; su jefe de Estado Mayor, el general de brigada *Korten*; en representación de la Marina de Guerra, los vicealmirantes *Voss* y *Von Puttkamer*, con el capitán de Marina *Asmann*. *Himmler* se hizo representar por el general de las S. S. *Fegelein*, *Göring*, se hizo representar por el general *Bodenschatz*. Como jefe de los ayudantes de Hitler figuraba el general *Schmundt* y como jefe del Servicio Histórico de Guerra el general *Scherff*. Junto con Hitler entró su ayudante personal el comandante de las S. S. *Günsh*. También se quedó en la conferencia el ayudante militar de Hitler, coronel Von Below. En representación del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, estaban presentes el general *Warlimont* y el coronel *Weizenegger*, el general de división *Jodi*, que era el de más categoría después de Keitel y que hizo su entrada cuando ya habían empezado las discusiones. Hacía de taquígrafo el doctor *Berger*. En total se confeccionó después una lista en la que figuraban 25 participantes en la Conferencia.

La sala de la reunión estaba situada a un extremo del barracón. Para llegar allí, desde la entrada lateral, había que pasar delante del guardarropa y de la sala del servicio telefónico. Luego había que avanzar unos ocho pasos hacia la derecha y se entraba por una puerta de dos hojas. La sala tenía unos cinco metros de ancho por diez de largo, según unos, y según otras versiones las medidas eran cinco y doce metros. Tenía tres ventan-

nas que daban al campo y que en aquella época, a causa del calor, permanecían abiertas. Las paredes y el techo estaban guardados. En el centro de la habitación había una mesa de roble de unos seis metros de longitud y metro y medio de anchura. El tablero tenía más de diez centímetros de espesor y en los bordes estaban talladas unas hojas de encina. El asiento de Hitler estaba en el centro de la mesa, por el lado más largo. Ante cada una de las sillas se encontraban las tarjetas con los nombres de los participantes que tenían que ocuparlas.

Al entrar, Stauffenberg llamó al brigada del servicio telefónico: le dijo, delante de todos, que le pudiese una conferencia urgente con Berlín, que le avisase cuando tuviese línea, pues la información que le iban a dar le era necesaria para la conferencia.

Pocos momentos después, con este pretexto, Stauffenberg abandonó la sala. Al notar su ausencia, Keitel salió también a buscarle. No había hecho más que cruzar la puerta cuando sonó una terrible explosión en el extremo derecho de la mesa, y todo se llenó de humo y llamas. Eran las 12,42.

Stauffenberg se encontraba en este momento a unos cien metros de distancia montado en su coche. Unos segundos más tarde era detenido a la salida de la «Guardia de Oficiales», que le exigían el permiso de salida. La guardia se había alarmado por la explosión y se negaba a dejarle pasar. Sin decir una palabra, Stauffenberg bajó del auto, se dirigió al oficial de servicio y pidió que le dejaran telefonar. El mismo marcó el número, hizo como que hablaba, colgó y dijo: «Teniente, tengo permiso para salir». La barrera fué abierta. El centinela anotó la salida: «a las 12,44 pasa el coronel Stauffenberg». En la puerta exterior se encontró con que habían dado también la voz de alarma. El brigada *Kolbe*, del batallón de la guardia, se negó en absoluto a dejarle pasar. Entonces llamó por teléfono al ayudante del comandante del campamento y le dijo: «Habla el coronel conde Stauffenberg desde la puerta del Este. Ya recordará que estuvimos desayunando juntos esta mañana... La guardia no me deja salir a causa de la explosión. Tengo un servicio urgente. En el aeródromo me espera el general *Fromm*». Colgó el auricular: «Brigada, tengo permiso para salir». El brigada quiso escuchar personalmente el orden y volvió a llamar por teléfono. El ayudante del comandante respondió: «Tiene permiso para salir». Las puertas se abrieron. Stauffenberg ordenó al chófer que se diese prisa. Poco después volaba camino de Berlín, camino que duró más de dos horas interminables. Respecto al resultado de la explosión nada podía saber con certeza, aunque la llamarada que había visto le hacía suponer que ninguno de los presentes escaparía con vida. En Berlín nada hacía suponer lo que estaba ocurriendo. A las cuatro y media de la tarde Stauffenberg llegaba con *Haefen* a la *Bendersstrasse*. El plan previsto se ponía lentamente en marcha. Mediante la instalación de los teletipos los conjurados empezaron a dar órdenes: Hitler había muerto en un atentado y el Ejército tomaba el mando en todas partes. El comandante jefe del Ejército de reserva, que no estaba al corriente de la conspiración, se negaba a creer la noticia del atentado y no se atrevía a declarar el estado de alarma y hacer que el Ejército se hiciese cargo de todos los resortes del Poder. Comprendió lo que pasaba cuando en su despacho los conjurados insistieron para que firmase la orden. «Quedan ustedes detenidos», exclamó. En aquel momento se abrió una puerta y entraron dos jóvenes oficiales del servicio cartográfico, que le apuntaban con sus pistolas. Fué, pues, él quien quedó inmediatamente detenido y encerrado en una de las habitaciones del mismo edificio. Pocas horas después, antes de medianoche, la radio había dado la noticia de que Hitler había salido prácticamente ileso de la explosión y que iba a hablar a todo el pueblo alemán. La conjura se vino abajo. El general *Fromm* volvió a hacerse cargo del mando con ayuda de un batallón de las S. S. y ordenó el inmediato fusilamiento, en el patio, de cuatro de los conjurados, entre ellos Stauffenberg. El general *Von Beck* no quiso dejarse detener y su antiguo subordinado accedió a sus deseos: le dejó que se sentara tranquilamente en un sillón para suicidarse. Pero tuvo que dispararse dos veces en la cabeza, con un intervalo de más de un cuarto de hora, sin conseguir quitarse la vida. Por orden del general *Fromm*, un sargento le dió el tiro de gracia.

APRENDA INGLÉS

¡El idioma del nuevo mundo!

COMODAMENTE...



DESDE SU PROPIO HOGAR!



A TRAVÉS DE 3.000 IMÁGENES!!

Ahora puede aprender este idioma estudiando desde su propio hogar, "con las zapatillas puestas y en mangas de camisa", con un profesor siempre a su disposición, por poco dinero y con la seguridad de aprovechar sus horas libres.

AFHA le ofrece un Curso con más de 3.000 grabados

En nuestras lecciones todo se explica con imágenes, en una maravillosa sucesión de hechos, formando un verdadero argumento ilustrado en el que usted es el principal protagonista. Usted recibirá, además, nuestros famosos "Memory Books", una verdadera novedad que le permitirá estudiar en la calle, en el tranvía, en cualquier parte donde pueda usted disponer de unos minutos libres.

Infórmese hoy mismo sobre los nuevos sistemas de enseñanza ideados y patentados por AFHA, para el estudio desde el hogar. Envíe hoy mismo, sin ningún compromiso, el cupón del pie, a

AFHA

INSTITUTO INTERNACIONAL DE ENSEÑANZA
POR CORRESPONDENCIA

Ruego me envíen su revista "EL IDIOMA DEL NUEVO MUNDO" EL ESP. 1

NOMBRE _____

PROFESIÓN _____ AÑOS _____

CALLE _____ N.º _____

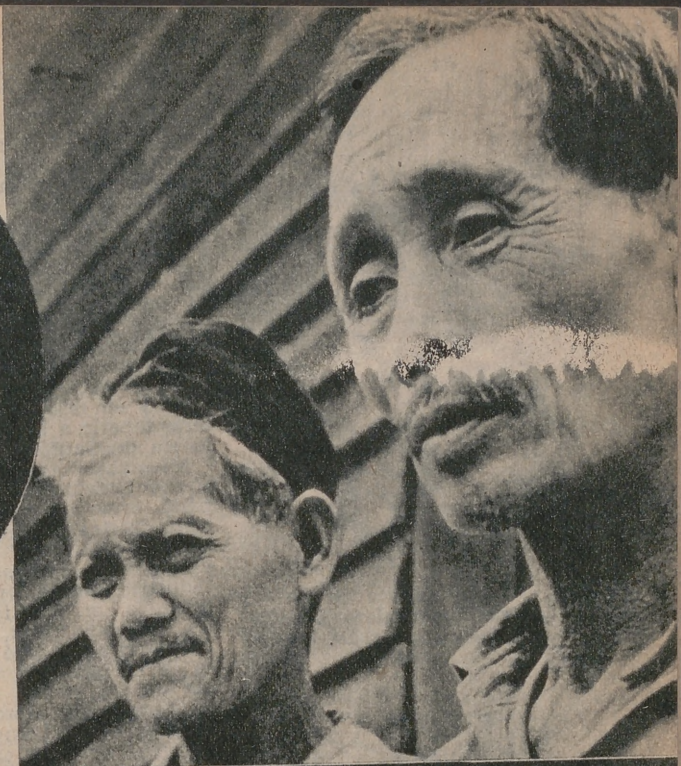
POBLACION _____

MTR. NICOLAU, 9-11 • BARCELONA

EL OPIO, AZOTE DEL MUNDO

UNA BATALLA INTERNACIONAL CONTRA EL MERCADO DE ESTUPEFACIENTES

POR OCTAVIO APARICIO



120 MILLONES DE CHINOS INTOXICADOS

EN los últimos días del pasado mes de enero se remitió a las Cortes Españolas el texto del Protocolo y Acta final de la Conferencia de las Naciones Unidas, para que los Procuradores formulen las observaciones que estimen pertinentes, con el fin de que en su día se hagan al secretario general de las Naciones Unidas las oportunas objeciones.

Con anterioridad, en la primavera pasada, el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas invitó a España para asistir a la Conferencia de la O. N. U. sobre el opio, que inició sus sesiones el 11 de mayo de 1953. En esta Conferencia, a propuesta del representante de los Estados Unidos, secundado por el de Santo Domingo, España fué elegida entre las once naciones que formaban el Comité de Redacción de la referida Conferencia. Durante sus sesiones, el jefe de la Delegación española, don Ramón de la Presilla, explicó cómo durante los últimos años el comercio ilegal de estupefacientes ha disminuído en España gracias a la eficacia de los servicios de restricción encomendados a la Inspección General de Farmacia.

El Protocolo que acaba de ser enviado a las Cortes para su estudio y aprobación, pone al día cuanto se adoptó y aprobó en las conversaciones de 1925 y 1931, modificadas por el Protocolo de 11 de diciembre de 1946.

La primera potencia occidental que comprendió e hizo frente a los peligros del uso y abuso del opio fué España, que, según Lewin, en 1844 trató de combatir la manía del opio en Filipinas, importada por los chinos fugitivos y los aventureros europeos.

Mencionar a aquella China y pensar inmediatamente en el opio y en los fumadores, en donde los seres humanos se embrutecen con las abominaciones de los paraísos artificiales, es un reflejo en el

que incurren todas las personas de una mediana cultura. Para todo el mundo allí gobernaba el demonio amarillo del opio. Pero esto no siempre fué así. Cómo y cuándo llegaron los chinos a adquirir este degradante vicio es una historia muy larga.

En el año 1594 se fundan las Compañías de las Indias Orientales, Holandesa e Inglesa. Cinco años más tarde se establece en Asia la inglesa, la East India Company, y en 1602 se reorganizan ambas Compañías, las que, apenas toman contacto con la realidad mercantil del Oriente, se dan cuenta de las inmensas ganancias que se pueden obtener con el comercio del opio, si se sabe aprovechar la opiomanía, ese terrible vicio que endemoniaba y torturaba a los asiáticos.

Los ingleses de la Compañía de las Indias son hombres de acción y no pierden el tiempo. Así, en 1613 establecen en Sural, en la costa este de la India, la primera factoría de opio, y aunque en 1621 el Sha de Persia prohíbe en sus dominios el cultivo de la adormidera, no se arredran. Saben que es puro formulismo.

LOS PASTELILLOS DE OPIO SE CONVIERTEN EN PIPAS DE «CHANDOO»

Mientras que los ingleses van extendiendo el cultivo de la adormidera y sus mercados de opio, las cosas empiezan a ponerse cada vez peor a China, en donde el consumo del opio se va incrementando con motivo de la prohibición imperial de fumar tabaco, dada en 1640. Los pastelillos de opio, a los que eran aficionados los chinos, se transforman en pipas de bambú, y todos los fumadores de tabaco se convierten en fumadores de «chandoo», que es opio preparado.

Años más tarde aparecen los primeros fumadores en China, y el vicio se extiende escandalosa-



Las barcas de los habitantes de Shanghai, al do de un moderno trasatlántico

mente por todo el Celeste Imperio, que pide opio y más opio. Para atajar el mal, el Emperador Yong Tschí (1723-1736), prohíbe, en un severo decreto (1729) la venta de opio y el fumarlo, castigando a los infractores hasta con la muerte. Pero la droga está ya tan metida en las costumbres de sus súbditos, que no consigue nada. La prohibición exacerba a los chinos, de cuyo espíritu de resistencia pasiva se aprovechan los ingleses. Así, mientras que en el mismo año de la prohibición (1729) entran en China doscientas cajas de opio llevadas por los ingleses, holandeses y otros, en 1760 se introducen cuatro mil, casi todas introducidas por los británicos; en 1796, 6.564 cajas; y en



Grupo de jóvenes nativos de Calcuta en los que ya empieza a notarse los terribles efectos del opio

1800, 9.746; aunque los británicos sólo reconocen unas 3.947.

HASTING FUNDA EL MONOPOLIO DEL OPIO

El verdadero propagador del opio en el Celeste Imperio y en toda Asia es el marqués Warren Hasting, que, desde modesto empleado en la Compañía Inglesa de las Indias, se convierte en gobernador general de todas las posesiones británicas en la India. En 1757, la East India Company se apodera del monopolio del opio en la India, y diez años más tarde, en 1767, consigue en China ciertas ventajas para este comercio. Fundamentado en estas bases, Warren Hasting declara que el opio es «un pernicioso artículo de lujo, que no debe ser permitido más que para el comercio extranjero» (Palmir). Tras esta declaración funda en 1775 el monopolio del comercio exterior angloindio del opio, cuya explotación concede regular y legalmente a la Compañía del Gobierno de Su Majestad Británica.

Desde este momento, el cultivo de la adormidera, hábilmente dirigido por los agentes del nuevo monopolio, alcanza una extensión considerable en el Imperio angloindio, que se convierte en el más vasto centro de producción, consumición y exportación del opio del mundo (Bensusan).

Cinco años más tarde de la fundación del monopolio, o sea en 1780, los ingleses establecen un depósito de opio en la bahía de Lark's, al sur de Macao, y el tráfico aumenta rápidamente, muy movido por agentes ingleses en Macao, Whampoa y Cantón. En 1796, repetimos, 6.564 cajas de opio de Bengala son enviadas al Celeste Imperio, ya por caravanas a través de Birmania, ya por vía marítima, desde Calcuta a Cantón.

Para defenderse de esta creciente, desbordante y funesta invasión, los Emperadores chinos reaccionan, decretando prohibiciones. En 1796 y en 1800 se promulgan los edictos prohibiendo la importación de opio y condenando a los fumadores, que nunca fueron cumplidos, porque los funcionarios, muchos de ellos opiomanos y todos corrompidos,

se dejaban sobornar por los agentes de la Compañía.

OPIO POR SEDA

Iniciados los chinos en los paraísos de la droga, la opiomanía se apodera de todas las voluntades en el Celeste Imperio y se propaga vertiginosamente a las más apartadas provincias. Toda cortapisa, toda prohibición, es inútil. Así quedan sin efecto el edicto del Emperador Yong-Tschí y los que posteriormente promulga Kia-King (1796-1821), que en 1796 renueva el anterior decreto. En 1800 veda importar y fumar opio, y en 1820 prohíbe a los veleros tenerlo a bordo al entrar en la ría de Cantón.

Mientras que la demanda inglesa de artículos del Celeste Imperio, como té, seda, porcelana y otros objetos, era muy grande, los chinos no necesitaban apenas ninguno de los productos que la industrializada Gran Bretaña producía en cantidades colosales. Entonces ésta, para saldar sus deudas, empezó a sacar plata de la India. Pero la plata india no era eterna. Sin embargo, la perspicacia mercantil de los agentes de la Compañía les hace darse perfecta cuenta de que la plata que ellos pueden dar a cambio de los géneros chinos es el opio. Hay que vender el opio al Celeste Imperio, y cuanto más, mejor. Son muchos los que antes y después de sir John Strichey advierten que China consume infinitamente más opio que la India, y que este país cultivaba infinitamente mucho más opio que China. Así, pues, se presenta una buena ocasión para aplicar una vez más (con el mayor beneficio para la East India Company y el virreynato) la liberalísima ley de la oferta y la demanda, por la que se proponen endosar al Celeste Imperio. Pero siempre se llega a la consueta, de su seda y de su plata.

LA ECONOMIA CHINA, EN LA RUINA

Aunque las autoridades y los aventureros chinos están sobornados y el pueblo vendido a la pasión por la droga, hay, sin embargo, en el Imperio del Medio Oriente hombres íntegros y sanos que protestan al ver que la raza degenera con el abuso del opio, que además arruina al país hasta el punto de afectar a la estabilidad de los precios.

Durante el reinado de Tao-Kueng (1821-1850), el malestar general va creciendo. Algunos comerciantes extranjeros, contrabandistas de opio, son expulsados de China en 1830, y unos cuantos chinos, decapitados o estrangulados.

Al otro extremo del mundo, durante los años 1831 y 1832, también se produce un movimiento de protesta por tan vil negocio, que promueve un informe del Comité del Parlamento británico sobre los ingresos producidos por el opio. El problema de la droga se plantea en varios debates, cada vez más frecuentes y con mayor urgencia, al Parlamento. Pero siempre se llega a la conclusión de que la cosa es un mal pero un mal inevitable y necesario (Palmir).

LA OPIOMANIA INUTILIZA A LOS SOLDADOS

En vista de que en la Gran

Bretaña no se resuelve nada, Tao-Kueng, en sus propios dominios, decreta en 1833 un nuevo edicto volviendo a prohibir la producción, el comercio y el consumo de opio, y, acentuando la parte represiva de los anteriores, condena al exilio a los negociantes europeos convictos de contrabando. Cuatro años más tarde, en 1837, al expirar la patente de la Compañía de las Indias Orientales para exportar opio a China, el Gobierno del Celeste Imperio renueva la prohibición, pero sin conseguir nada, ya que en 1838 los ingleses introducen en China 37.000 cajas de opio por valor de 67.000.000 de francos.

La situación de China es grave. En un informe presentado al Trono de Pekín en ese mismo año (1838) se proclama que: «Desde que existe, jamás ha corrido el Imperio del Medio un peligro mayor. La opiomanía es peor que un diluvio universal, y que una invasión de bestias feroces».

LIN TIRA AL AGUA 20.000 CAJAS DE OPIO

En marzo de 1839, el comisario imperial, Lin, ordena a los comerciantes extranjeros de Cantón, ingleses en su mayoría, que entreguen en el plazo de tres días todas sus existencias en opio, prometiendo formalmente, además, que no efectuarían nuevas importaciones. Como advertencia anuncia que si no se le entrega la droga prohibiría toda clase de comercio.

Aunque la verdadera clave del conflicto es el descarado contrabando del opio, los ingleses ponen el grito en el cielo, desviando la atención del mundo hacia la actitud del Celeste Imperio con los honrados mercaderes de todos los países.

Mientras que la propaganda cumple su cometido en el sector de la opinión y de las conveniencias internacionales, en el centro del verdadero conflicto, en la bahía de Cantón, el capitán Charlet Elliot, de la Armada británica, cumple el suyo no menos concienzudamente. En respuesta a las disposiciones de Lin ordena a todos los buques mercantes que se reúnan en el siguiente ancladero de Hong-Kong, una isla hasta entonces deshabitada y situada en la parte baja de la bahía, y que, desde aquel momento (1839), adquiere gran importancia en el dominio y comercio británico del Extremo Oriente. Al mismo tiempo, el único buque de guerra inglés que se halla en aguas chinas recibe la orden de proteger la flotilla del opio.

Entonces el comisario Lin contesta con el bloqueo del río, y el día 27 de marzo, el capitán Elliot se da por vencido. Más de 20.000 cajas de opio se entregan a Lin, que las destruye. El edicto imperial que ordena «cegar todo el comercio con los bárbaros ingleses» ha dado resultado. Pero los chinos aun no pueden calcular victoria.

EL ERARIO BRITANICO NO PUEDE PRESCINDIR DE LAS GANANCIAS DE LA DROGA

Mientras los mercaderes, atentos a la subida del valor del opio motivada por la acción de Lin, refuerzan sus «clippers» y sus

partidas de contrabandistas para resarcirse de sus pérdidas con la nueva cosecha. Y el capitán Elliot acucia al liberal Palmerston, entonces ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra, a que «intervenga energicamente».

Elliot quiere ganar a toda costa. Decidido a ello, el 21 de agosto reúne a todos los ingleses que vivían en aquellas latitudes en Hong-Kong, donde puede protegerlos contra cualquier ataque. El delegado imperial, Lin Tse Hsu, responde prohibiendo a los chinos vender o dar agua a los ingleses. Con estos motivos hay incidentes y algunos muertos. Los chinos se niegan a dar viveres a Elliot, que está bloqueado por tres champanes de guerra del Emperador. Entonces, el inglés ordenó abrir fuego contra los navios enemigos. Es el 5 de septiembre de 1839. Así comienza la primera guerra del opio, cuya declaración hace Inglaterra «para obtener reparaciones de los ultrajes efectuados contra el superintendente Elliot y los súbditos de Su Graciosa Majestad». Por lo menos, ésta es la justificación de lord Russel.

LA PRIMERA GUERRA DEL OPIO

La guerra no se hace larga, pues Palmerston actuó decidida y audazmente. Por cuenta propia ordenó al gobernador de la India que envíe a China a cuatro mil soldados en diecinueve navios de guerra y cuatro vapores armados, que se encargan de bloquear a Cantón y las desembocaduras de los ríos Yangtsé y Amarillo.

Finalmente, en julio de 1842 los ingleses capturan a Chin-Kiang, ocupando una zona muy estratégica donde el gran canal se cruza con el río Yangtsé y en donde se corta a la vez un nudo importantísimo de comunicaciones que enlazaba el sur del Celeste Imperio con Pekín. Esto es un terrible golpe para los Ejércitos del Emperador, ya desmoralizado por el opio. Basta entonces la amenaza de un asalto a Nankín para que los chinos cedan. En esta última ciudad, el 29 de agosto de 1842 se firma un tratado de paz, que autoriza al Emperador Tao Kuang con su firma, y en 1843 se firma otro tratado complementario. Por el de Nankín, los chinos se comprometen:

- 1.º Apertura de cinco puertos (Cantón, Amoy, Fuchow, Ningpo y Shanghai) para la residencia y comercio de los ciudadanos británicos.
- 2.º Cesión de la isla de Hong-Kong a la Gran Bretaña para base naval y comercial.
- 3.º Relaciones entre funcionarios británicos y chinos sobre una base de igualdad.
- 4.º Establecimiento y publicación por los chinos de una tarifa «justa y regular» sobre exportaciones e importaciones.
- 5.º Pago, por parte de China, de una indemnización que compense el opio destruido por Lin.

LOS FRANCESES FOMENTAN LOS FUMADEROS CONCEDIENDO LICENCIAS GRATUITAS

Según Jeanselme, los franceses reglamentan en Indochina el comercio del opio y crean un monopolio de compra, fabricación y



Un chino encendiendo su gran pipa de opio en uno de los ocultos fumaderos

venta de «chando». Para fomentar la apertura de fumaderos y el consumo de la droga, se da una orden a los gobernadores residentes para que estimulen la apertura de nuevos establecimientos, concediendo gratuitamente la licencia. Según Legrain, el comisario Sarraut dirige a los representantes franceses de Indochina el siguiente escrito: «Señor residente: Conforme a las instrucciones del señor director general de Administración tengo el honor de solicitarle que secunde los hechos de mis servicios en el establecimiento de nuevos despachos de opio y alcohol al menudo. A este efecto me permito dirigirle una lista de los despachos que había que instalar en las diversas localidades mencionadas, de las que la mayor parte están totalmente desprovistas de alcohol y opio. Por intermedio de los gobernadores, camboyes y «messoges» sin influencia preponderante podría felizmente hacer comprender a ciertos mercaderes indígenas las ventajas que tendrían en realizar un comercio suplementario, pues las licencias para alcohol y opio son gratuitas». Sarraut termina así: «sólo por una penetración completa entre su administración y la mía, obtendremos el mayor resultado para el mayor beneficio del Tesoro». En Indochina, en 1950, de cada mil habitantes, uno es opiómano gracias al buen Sarraut.

En el país vecino, los traficantes de opio realizan una labor similar, cuyas consecuencias son que haya en Siam 1.399 fumaderos patentados en 1937 y 49 despachos del Gobierno. En cuanto a fumadores, en 1930 suman 88.921, y en 1937, 62.345.

EL COMERCIO DEL OPIO ES INCOMPATIBLE CON UN REINO CRISTIANO

En 1843, inmediatamente que el Imperio británico fuerza las puertas de China y una vez que quedan asegurados seis millones de dólares de indemnización por el opio cogido y destruido por Lin en nombre del Gobierno chino, lord Ashley ofrece en el Parlamento británico una resolución en que se demuestra cómo la continuación del monopolio y comercio del opio «es completamente incompatible con el honor y deberes de un reino cristiano» (Pal-



Una calle de Bangkok, principal centro, entre otros, del comercio internacional del opio

min). Pero esta opinión, aunque muy respetable, es individualísima y no posee la fuerza suficiente para paralizar el activísimo tráfico de opio que abiertamente se desarrolla entre la India, Hong-Kong y China. Como ha podido verse, no se hace en el tratado ninguna mención a este comercio. Todavía sigue vigente la pena de muerte para los contrabandistas y adeptos a la droga, pero utilizando los cinco puertos abiertos se pueden introducir en el Celeste Imperio cuanto opio sea la India capaz de producir. Así, mientras que en 1838 los contrabandistas venden en China 37.000 cajas de opio, en 1850 introducen en el Imperio del Medio 52.000 cajas, y en 1858, 70.000.

En el viaje del padre Huc a China, que se realizó por esta época, el Celeste Imperio compra a los ingleses por valor de 70 millones de francos. El tráfico se realiza por medio de contrabando a lo largo de las costas del Imperio, pero principalmente en

las proximidades de los cinco puertos citados.

SE TRATA DE LEGALIZAR EL COMERCIO DE LOS ESTUPEFICIENTES

El tráfico no sólo se realiza por mar, pues refiere el padre Huc haber visto bandidos contrabandistas de opio que van en grandes grupos, formando partidas, a la provincia de Yun-Nan y hasta Birmania, a recoger el opio que se les envían desde la India por tierra. Luego regresan a cuerpo descubierto y armados hasta los dientes con su alijo de opio, que es muy apreciado y, por lo tanto, muy disputado. Aunque el Emperador Tao-Kuang decreta en 1846 que no se puede despachar opio si no es por prescripción facultativa para uso terapéutico, son muchos los aficionados a la droga.

Pero esto no era todavía suficiente. Gran Bretaña, al amparo de la cláusula de la nación más favorecida en el tratado suplementario de 1853, pide en 1854, reinando Hien-Fong (1850-1861), que sea revisado el convenio de 1842, reclamando el acceso a las ciudades, la legalización del comercio del opio y la residencia de enviados occidentales en Pekín.

Según William C. Bullit, esta absurda y soberbia pretensión causa tanta impresión en el pueblo chino que, sintiéndose humillado y ofendido, se alza contra la dinastía manchú, que permite tales excesos. Esta es una de las causas de la rebelión de Tauping, que empieza en 1848 y no termina hasta 1865. La guerra civil cuesta 20 millones de vidas y la destrucción de Nankín y las más ricas zonas del valle del Yangtsé. Entonces empieza la «segunda guerra del opio».

LAS DOS ÚLTIMAS GUERRAS DEL OPIO

En octubre de 1856 la lancha «Arrow», propiedad de chinos y tripulada por chinos, pero matriculada en Hong-Kong, con capitán británico y bajo bandera británica, es abordada por funcionarios celestes en Cantón. La mayoría de su tripulación, acusada de piratería, es detenida y la bandera inglesa arriada. En el estallido de esta segunda guerra interviene como factor importante la sorda rivalidad que existe entre el cónsul británico, Harry Parkes, y el virrey de Cantón, Yeh Ming Shen, ambos opuestos a toda transacción. A fines de octubre los ingleses inician las hostilidades captrando los fuertes que dominaban Cantón y bombardeando el Yamen del virrey. Esta ciudad cae un año después. Yeh es enviado prisionero a Calcuta. Meses más tarde, ingleses y franceses, en acción combinada, se apoderan de los fuertes de Takú, con lo que quedan abiertos los accesos a Tientsin. En 1858 termina la guerra con el tratado de Tientsin, firmado por Gran Bretaña y Francia, Estados Unidos y Rusia, que vuelven a intervenir en China para que Inglaterra no sea la única que acapare el privilegio de comerciar con el país vencido, que no está tan vencido, puesto que un año después vuelve a reanudarse la lucha, y en 1860 ingleses y franceses se apoderan de Takú y Tientsin, entran en Pekín y destruyen el palacio

de verano del Emperador. Acaba la tercera y última guerra del opio.

Por los tratados de Tientsin (1858) y de Pekín (1860) quedan abiertos nuevos puertos, que son: Nevchwan, Teng-Chow (sustituido por Chefoo en 1862), Chin-Kian, Hankow y Nankín, en el Yangtsé; otro en Hainán, dos en Formosa, y Chao-Chow y Tientsin. Al mismo tiempo se le exige a China una faja continental en la península de Kowloon, enfrente de Hong-Kong, y se legaliza el comercio del opio estableciendo un derecho sobre la droga. Los contrabandistas pueden estar contentos.

CIENTO VEINTE MILLONES DE CHINOS INTOXICADOS

Una vez legalizado el comercio del opio y obtenido el apoyo incondicional de la dinastía manchú, la que después de la rebelión de Tauping permanece en el trono celeste setenta años más, exclusivamente gracias al opio y a los cañoneros británicos, los que se cobran el servicio inundando el Imperio del Medio de «chando». Las ventas y ganancias crecen de año en año de una manera mágica y prodigiosa. De 70.000 cajas que entran en 1858 se asciende a 93.839 en 1880. De 67.000.000 de francos ganados en 1838, los ingleses obtienen en 1894 380.000.000, de los que son 200.000.000 para el Tesoro británico. En igual proporción crecen los fumadores opiomanos, que de dos millones en 1858 llegan a 120 millones en 1878.

EL CLUB DE LOS HASCHICHINOS

Por estos años está de moda en París y en algunas capitales europeas el uso de los estupeficientes, sobre todo del opio, de la morfina y del haschis o marihuana, para gozar de los «paraísos artificiales», que popularizan los escritores y artistas decadentes, los funcionarios que regresan del Lejano Oriente y el invento de la aguja hipodérmica por Wood. Fernando Boissieres, en 1850, constituye en París, en su hotel de Pimodan, el Club de los Haschichinos, para discutir sobre literatura, arte y filosofía y embriagarse con drogas mágicas.

Entre los morfínomanos de esta época destacan Ricardo Wágner, que en una de sus obras, *Tristán e Isolda*, se refleja un estado de abstinencia de la droga. También era un toxicómano Dámala, el esposo de Sarah Bernhardt, que murió a consecuencia del morfínismo, y pertenecía a una secta de morfínomanos. Tenía todo el cuerpo acribillado de pinchazos.

A fines del siglo XIX empieza Francia a sentir los efectos del opio. Los puertos de Tolón, Rochefort, Brest, Cherbourg, Niza, Marsella y El Havre son el punto de cita de los fumadores (antiguos coloniales, marinos y «cottes») que disfrutaban de la «confiture», como llaman al chando. En 1906 acontece el incidente del navío «Ullmo» y se inicia en el país vecino la lucha contra el opio.

EL OPIO ES LA DOTE DE UNA NOVIA CHINA

No existe ningún país que haya

llegado a tal grado de intoxicación opiácea semejante a la que alcanzó China en la segunda mitad del siglo XIX. Según el turco Cemal Kiper, durante el período 1877 a 1886 el uso y la difusión del opio en el Celeste Imperio crea costumbres monstruosas e inauditas. Es corriente a la sazón en China reunirse para conversar y discutir sobre el opio, sus clases y calidades. Toda la vida gira en torno a la droga; hasta las propuestas de matrimonio se efectúan a base de valorar los «stocks» de opio de las familias interesadas. Los miembros de las familias chinas, para demostrar a sus invitados su aprecio y estimación, preparan y encienden por sí mismos las pipas de opio, en lugar de dejar que lo efectúen los sirvientes. Para juzgar y valorar la posición social de un individuo se tiene en cuenta el número y calidad de pipas de opio que posee. Tan extraordinario consumo cuesta a los chinos de 800 a 1.200 millones de francos. Pero ya que se dejan enviciar, sin que Chung Kwei, su legendario domador de demonios, pueda liberarlos del blanco, no son tan cándidos como para no intentar el cultivo del «Kin Min» o «barro de oro», como llaman a la adormidera. No tardan en multiplicarlo los campos destinados a este cultivo, no dudando los campesinos en transformar extensos arrozales en productivas plantaciones de amapolas hipnóticas.

«OPIO NACIONAL»

A principios del siglo XX China ya produce opio propio. Según datos de la Industrie Suisse Interesse, produce 44 millones de libras por año. Pero consume 50 millones de libras, también por año. La importación inglesa de opio de la India todavía es de 7.250.000 libras. En esa época las tres o cuatro décimas partes de la población adulta china es opiomana. Según el Nguyen-Ted-Duc-Luat, China puede suministrar en 1909 opio nacional a la totalidad de sus consumidores. Estamos en un momento crucial y crítico. El Imperio Celeste es autárquico en lo que se refiere a producción y consumo de opio. La Gran Bretaña ha perdido uno, el más importante, de sus mercados. La dinastía manchú no tarda en caer derribada por la revolución china. Sin embargo, los Emperadores manchúes, antes de caer, tienen un noble gesto. En 1906 la Emperatriz decreta una orden restrictiva. Reconoce que el opio es un azote, que debe prohibirse para bien de la raza amarilla. Por eso la Emperatriz demanda a la raza blanca, la más civilizada, y a la Gran Bretaña en primer lugar, la ayuda en esta cruzada higiénica. El 20 de septiembre de 1906 la diplomacia china obtiene la prohibición de los cultivos de la adormidera y del consumo del opio, estableciéndose un plazo de diez años para realizar paulatinamente esta prohibición y ponerse de acuerdo con la Gran Bretaña. Las negociaciones iniciadas con este país conducen en 1907 a un acuerdo, en el que se da satisfacción a China. La India británica se compromete a reducir progresivamente sus exportaciones de opio a China en un 10 por 100 cada año. Pero exige que la producción china de-

Rialto

EXITO DE CLAMOR

11^a

SEMANA



ANA MARISCAL
RAFAEL DURAN en

Jeromin

Según la novela del Padre Coloma, S. J.

PROTAGONIZADA POR EL NIÑO Un film que bate todos los
JAIME BLANCH records del éxito por su emo-
ción y simpatía

Director: LUIS LUCIA



AUTORIZADA PARA
TODOS LOS PUBLICOS

be decrecer de un modo análogo. Si al cabo de tres años se ha demostrado que China ha ejecutado estos acuerdos, la Convención sería reconocida por un nuevo período de siete años, a cuyo fin las importaciones de opio hindú cesarían completamente.

Pero no deben de estar los chinos muy seguros cuando en 1910 las autoridades y notables del Celeste Imperio forman una asociación con el fin de librar a China del tratado de Tientsin, que obliga a los chinos a aceptar opio inglés. Se envían protestas a Pekín y a Jorge V pretendiendo que cese el comercio antes de que concluya el tiempo convenido. Pero sólo se consigue que Gran Bretaña nombre un delegado para que vigile en la India inglesa la exportación del opio. Por otra parte, se registra la caída del Imperio del Medio en la vorágine de la revolución de 1912.

Ahora es también Norteamérica la que exige que se abandone el negocio del opio, pues la toxicomanía constituye para ella un grave peligro una vez que ocupa las Filipinas y que la emigración amarilla llega en crecientes oleadas a sus costas del Pacífico.

AUMENTAN LAS VENTAS DE OPIO

Entre 1912 y 1915, la campaña antiopio adquiere grandes proporciones en China, y la asamblea ejecutiva de la asociación fundada en 1910 es seguida por el pueblo. En esa época desaparecen en China muchos campos de adormidera. Pero tales hechos no conducen a ningún resultado práctico, en cuanto que el opio chino es sustituido por el inglés. En 1914 el opio importado de la India inglesa tuvo un incremento en sus ventas de 12 millones de libras esterlinas.

En 1916, después de una inteli-

gencia entre ingleses y chinos, se decide reducir progresivamente, como está convenido, el cultivo de la adormidera en diez años. Las importaciones inglesas cesan oficialmente, y, por lo que se refiere a la parte china, la reducción del cultivo de adormidera da ya en 1917 tan aparentes resultados que la Comisión anglochinhindú encargada de estudiar la situación certifica que China ha cumplido sus obligaciones. Por lo que se refiere a los puertos británicos o mediatizados por los ingleses del Extremo Oriente, como Shanghai, Hong-Kong y Macao, disponían de opio por valor de millones de dólares, que contrabandean por las costas y ríos chinos.

EN 1950 CONTINUA EL CONTRABANDO DE LA DROGA EN HONG-KONG

Hoy en día continúa Hong-Kong monopolizando el contrabando del opio. En octubre de 1950, según H. J. Amslinger, la Prensa de Hong-Kong informa que 100 cajas de opio en bruto han sido embarcadas en Kuming hacia Cantón, para ser vendidas en Hong-Kong y Macao. Otras 16 toneladas de opio son transportadas en avión a Hong-Kong en diciembre de 1949, en cuatro lotes de cuatro toneladas cada uno. Hoy día en Hong-Kong los contrabandistas ofrecen a los vendedores varias marcas de opio, tales como «Camel», «Golden Chicken» y «Bee». Según el documento O. G. 1758, de 15 de abril de 1939, de la Sociedad de las Naciones, había en esa fecha en Hong-Kong 24.000 heroínómanos, que consumían al día 240.000 píldoras.

COMERCIO CON LOS COMUNISTAS CHINOS

Pero aunque los ingleses no son

capaces de renunciar definitivamente al comercio de una de las mercancías más productivas de su historia mercantil, el opio ha pasado para la Gran Bretaña a ocupar un lugar muy secundario. Según William C. Bullitt, ex embajador de los Estados Unidos en la Unión Soviética y en Francia, el principal comercio de hoy día de los ingleses de Hong-Kong es la venta de armas a los comunistas chinos, después de haberse apropiado durante los años 1948-1949 de todo el oro y las joyas chinas a cambio de artículos de lujo. Cuando los comunistas de Mao-Tse-Tung avanzan hacia la colonia inglesa y los británicos temen que se apoderen de ella, los banqueros y mercaderes de Hong-Kong deciden ponerse al servicio de los rojos de Mao. Algunos se oponen a esta idea arguyendo que a la larga el interés de Hong-Kong está en apoyar a los nacionalistas chinos. Pero la mayoría de banqueros y mercaderes defiende la tesis de que se pueden hacer grandes negocios con los comunistas de Mao. Esta mayoría, según Bullitt, persuade al Gobierno británico a que adopte su punto de vista. La Gran Bretaña reconoce al Gobierno comunista chino y Hong-Kong comienza a suministrar a los rojos cuantos materiales sean capaces de pagar, incluso materias primas estratégicas y armas de guerra. En 1950, después de estallar la guerra de Corea, Hong-Kong gana más dinero que en ningún período similar de su turbio comercio del opio. Hoy día los ingleses de Hong-Kong siguen comerciando con los comunistas todo lo que puede ser vendible a un ventajosísimo precio, sea opio, sea heroína o materiales bélicos de capital importancia estratégica.

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

**EL OPIO,
AZOTE
DEL MUNDO**



**CIENTO VEINTE MILLONES
DE CHINOS INTOXICADOS**

**UNA BATALLA INTERNACIONAL CONTRA
EL MERCADO DE ESTUPEFACIENTES**

